

LOS CINCO OTRA VEZ EN LA ISLA DE KIRRIN
Enid Blyton

Todo comenzó cuando tía Fanny escribió una carta a Jorge para darle una mala noticia: Tío Quintín se había instalado en la Isla de Kirrin ya que estaba realizando un experimento y era de vital importancia que fuese realizado en un lugar completamente rodeado de agua.

Así pues, una vez que Jorge se resignó a que su isla fuera ocupada por su padre, decidieron todos ir a la isla de Kirrin para comer con el tío Quintín. Sin embargo, una vez llegaron a la isla no encontraron al tío por ningún lado: ni en la torre de investigación, ni en las mazmorras, ni en la cueva que les sirvió de escondite…

Entonces, ¿dónde se había escondido? ¿Acaso conocía algún otro escondite que ni Jorge ni sus primos sabían?



Enid Blyton

Los cinco otra vez en la Isla de Kirrin

Los cinco - 06

ePub r1.0
Annatar 13.06.13

Título original: *Five on Kirrin Island again*
Enid Blyton, 1947
Traducción: Federico Ulsamer
Ilustraciones: José Correas
Diseño: José Correas

Editor digital: Annatar
ePub base r1.0



Enid Blyton



Capítulo 1

Una carta para Jorge

Ana estaba haciendo sus deberes en un rincón de la salita de estudio, cuando entro Jorge en la estancia como un bólido.

Jorge no era un muchacho, como pudiera hacer suponer su nombre, sino una niña llamada Jorgina. Mas, como siempre había deseado ser un chico, insistía en que la trataran como a tal. De este modo, le quedo el apelativo de Jorge. Llevaba corto y bien recogido su rizado pelo. En tanto se acercaba a su prima, sus hermosos ojos azules expresaban irritación:

—¡Ana! Acabo de recibir carta de mi familia. ¡Figúrate! Mi padre pretende irse a vivir en mi isla para realizar sus trabajos e, incluso, montar una torre o algo parecido en medio del castillo.

El resto de sus compañeras levantaron la cabeza, divertidas ante la indignación de Jorge, mientras Ana alargaba el brazo para coger la carta que aquella le tendía.

Todas conocían la existencia del islote en la bahía de Kirrin. Le llamaban la isla de Kirrin y era propiedad de Jorge. Un lugar solitario, con las ruinas de un castillo en su centro y punto de reunión de cuervos, cornejas y gaviotas.

En dicho castillo existían pasadizos subterráneos, en cuyo interior Jorge y sus primos habían corrido ya algunas emocionantes aventuras. Había pertenecido a la madre de Jorge, la cual se la había regalado a su hija. Esta se mostraba en extremo celosa de todo aquello que se refiriese a su estupenda isla de Kirrin. Era suya, exclusivamente suya. Nadie mas tenía derecho a vivir allí, ni aun a desembarcar sin su permiso.

Y ahora, ¡Santo Dios!, su padre se proponía ir a su isla y, encima, construir allí una especie de laboratorio. Jorge estaba roja de indignación.

—Así son los mayores. Van, te regalan cosas y luego se portan como si esas cosas fuesen suyas. No quiero que papá viva en mi isla, ni que construya en ella cobertizos desagradables o cosas por el estilo —decidió la niña.

—Pero, Jorge… Sabes muy bien que tu padre es un científico famoso y que necesita trabajar en paz —objeto Ana cogiendo la carta—. ¿No te parece que podrías prestarle tu isla por una temporada?

—Hay cincuenta mil lugares en donde puede encontrar silencio y paz —contestó Jorge—. ¡Que mala pata! ¡Me hacia tanta ilusión pasar allí nuestras vacaciones de Pascua, con nuestro bote, comida y todo lo necesario, igual que hicimos otras veces! No podremos hacer nada de eso si papa se instala de verdad allí.

Entre tanto, Ana se disponía a leer la carta. Era de la madre de Jorge:

Mi querida Jorgina:

Debo darte una noticia que sé que te gustará. Tu padre se propone vivir en la isla de Kirrin por una corta temporada, a fin de terminar un experimento que tiene en estudio. Tendrá que construir allí un edificio, una especie de torre, me parece. Por lo visto, necesita un lugar aislado, pacifico y tranquilo. Y también, por alguna razón científica que desconozco, que este rodeado de agua. Al parecer, es una cuestión vital para su experimento.

Ahora bien, querida, te suplico que no te enfades por ello. Sé que consideras la isla de Kirrin como de tu exclusiva propiedad, pero debes permitir a tu familia disponer de ella, en especial si se trata de algo tan importante como los trabajos científicos de tu padre.

Papá cree que no tendrás ningún inconveniente en prestarle tu isla. Sin embargo, yo conozco tus extrañas reacciones y he creído mejor notificártelo antes de que llegues a casa y le veas instalado allí, con su torre ya levantada.

La carta continuaba hablando de cosas sin importancia, así que Ana dejo sin leer el resto. Se quedo mirando a Jorge:

—¡Caramba, Jorge! Parece mentira que te pueda molestar el que tu padre pase una pequeña temporada en tu isla. Yo no tendría inconveniente y estaría encantada con la presencia de mi padre. Te aseguro que se la prestaría con mil amores si tuviera la suerte de poseer una.

—Tu padre empezaría por hablar contigo, te pediría permiso y se aseguraría de que no iba a molestarte —contestó Jorge, enojada—. En cambio, el mío nunca se conduce así. Hace lo que le da la gana, sin consultar a nadie. Debió ser el mismo quien me escribiese. ¡Me hace perder los estribos!

—Es que tú tienes unos estribos siempre a punto de dispararse —observo Ana riéndose—. No te enfades y no pongas esa mala cara, que, por mi parte, no pienso utilizar tu famosa isla sin tu real permiso.

Pero Jorge no quiso aceptar la broma. Sin sonreír, recogió la carta y volvió a leerla con rostro tétrico:

—¡Y pensar que se han estropeado todos mis estupendos planes de vacaciones! —dijo—. ¿Tú sabes lo super que esta la isla Kirrin en los días de Pascua? Llena de prímulas, retama y conejitos recién nacidos… Y ya os había invitado a ti y tus hermanos. No hemos estado allí desde el verano pasado, cuando fuimos de camping.

—Ya lo sé. ¡Tenemos más mala pata! —se lamento Ana—. ¡Hubiera sido magnífico pasar en la isla estas vacaciones! Bueno, de todas maneras, yo creo que podremos ir igual. A tu padre no le importara tenernos allí. No le molestaremos.

—Como si vivir en la isla estando papá fuera igual que si estuviéramos solos —comentó Jorge en tono desdeñoso—. Sabes muy bien que nos haría la vida imposible.

Bien, tenía razón. Ana no creía en absoluto que la estancia en la isla les resultara divertida con la continua presencia del tío Quintín. El padre de Jorge era un hombre impaciente e irritable, sobre todo cuando se hallaba ocupado en sus experimentos. Entonces se volvía insufrible. El menor ruido le sacaba de sus casillas.

—¡Figúrate como gritará a los cuervos para que se callen y perseguirá a las alborotadoras golondrinas! —se chanceó Ana—.

Seguro que la isla no le parecerá tan pacifica como se imagina.

Esta vez Jorge se digno sonreír. Dobló la carta y se volvió, dispuesta a marcharse.

—Está bien, pero esto pasa de la raya. Confieso que no me habría enfadado tanto si papá se hubiera dignado pedirme permiso.

—Nunca haría una cosa así —sentenció Ana—. No creo que se le haya pasado siquiera por la cabeza. Y ahora, Jorge, por lo que más quieras, no te pases el día meditando sobre tus males. Baja a la perrera y recoge a Tim. Esto te pondrá de buen humor.

Timoteo, o Tim, era el perro de Jorge. Ésta lo quería con todo su corazón. Un perro grandote, de color castaño mezclado, con una cola ridículamente larga y un hocico ancho, con el que parecía sonreír. Los cuatro primos le querían mucho. Era tan amable y servicial, tan animado y divertido, que se lo llevaban consigo en todas sus aventuras.

Entre los cinco habían pasado ratos muy felices.

Jorge se dirigió, pues, en busca de Tim. La escuela permitía a las internas llevar consigo sus animales preferidos. Si el reglamento lo hubiera prohibido, es seguro que Jorge se hubiese negado a permanecer en el colegio. No había consentido en separarse de Tim ni un solo día.

Tim prorrumpió en entusiastas ladridos tan pronto como la vio acercarse. Jorge perdió en el acto su adusta expresión y sonrió. Su fiel y querido Tim valía mas que una persona. Siempre se mantenía a su lado, siempre se comportaba como un amigo, hiciera lo que hiciese. Y, para el perro, Jorge significaba lo más admirable del mundo.

Pronto se encontraron caminando los dos juntos por los campos. Jorge habló con Tim como acostumbraba hacerlo. Le contó todo: como su padre se había apoderado de la isla de Kirrin, la indignación que le había causado el hecho, etc. Tim aprobaba todas sus palabras. Escuchaba con la mayor atención, como interesándose por cada detalle y ni siquiera cuando un conejo se cruzó en su camino aparto la mirada de su amita. Tim advertía en seguida si Jorge tenía algún disgusto. Comenzó a lamer su mano. De regreso a la escuela, Jorge se sentía mucho mejor.

En secreto, introdujo al perro en el edificio escolar. ¡Pobre de

ella si lo descubrían! No se permitía a las niñas llevar los perros al interior de la escuela. Estos debían quedarse en la perrera, cuando no estaban de paseo con sus amas. Pero Jorge, que se parecía mucho a su padre, solía hacer a menudo lo que le daba la gana, importándole un comino el reglamento.

De modo furtivo, penetraron ambos en su dormitorio. El perro se escondió de inmediato debajo de la cama. Su rabo golpeaba con suavidad el suelo. Sabía lo que aquello significaba. Su ama deseaba tenerlo junto a ella aquella noche. En cuanto se apagasen las luces, podría saltar sobre su cama y acurrucarse junto a sus rodillas. Sus ojos pardos brillaban de alegría.

—Ahora, estate quieto —susurro Jorge.

Y salió de la habitación para reunirse con sus compañeras. Encontró a su prima entretenida en escribir una carta a sus hermanos Julián y Dick, que también estaban internos.

—Les explico lo de la isla de Kirrin —dijo— y que tu padre la ha requisado para él ¿Te gustaría pasar estas vacaciones con nosotros, Jorge? Total, no podemos ir a Kirrin… Te sentaría bien y no te sentirías tan fastidiada porque tu padre se quede en la isla.

—No, gracias —contestó Jorge—. Prefiero ir a casa. Tengo que vigilar a mi padre. No quiero que haga volar la isla Kirrin con uno de sus experimentos. ¿Sabías que trabajaba con explosivos?

—¿Bombas atómicas o cosas así? —exclamó admirada Ana.

—No lo sé —respondió su prima—. De todos modos, aparte de vigilar a mi padre y a mi isla, es necesario que esté yo en casa para hacer compañía a mamá. Estará completamente sola en la finca, si papa se va a la isla. Supongo que él se llevara víveres y todo lo necesario.

—Bueno… ¡Por lo menos es una ventaja! No nos veremos obligados a andar de puntillas ni a hablar en voz baja si tu padre no esta en casa —manifestó Ana—. Podremos armar tanto alboroto como nos apetezca. ¡Hala, anímate, Jorge!

Sin embargo, hubo de pasar mucho tiempo todavía antes de que a Jorge se le quitara el mal humor producido por la carta de su madre. Ni la compañía de Tim por las noches en su cama hasta que lo descubrió una maestra severa fue suficiente para disipar su disgusto.

El curso tocaba a su fin. Llegó abril, con sus días de sol alternando con otros lluviosos. Las vacaciones se iban aproximando cada vez más. Ana pensaba con alegría en Kirrin, en su suave playa arenosa, su mar azul, sus barquitas de pesca y sus agradables paseos a orillas del mar.

Julián y Dick opinaban de la misma forma. Los muchachos empezaban las vacaciones en igual fecha que las niñas. Así que podrían incluso encontrarse en Londres y efectuar juntos el viaje hasta Kirrin. ¡Hurra!

Llegó por fin la anhelada fecha. Las maletas se amontonaban en el vestíbulo. Coches particulares acudían a recoger a las niñas cuyas familias habitaban cerca. Los autocares del colegio se encargaban de transportar a las demás a la estación. Reinaba un alboroto terrible de gritos y risas por doquier. Las profesoras se las veían y se las deseaban para imponer orden y hacerse entender en medio del jaleo.

—Cualquiera creería que todas las niñas se han vuelto locas de repente —comentó una profesora con otra—. Gracias a Dios que ya las tenemos a casi todas en los autocares. ¡Jorge! Debes de estar corriendo a cien por hora, con tu Tim pegado a las faldas, a juzgar por el ruido que armas por el pasillo.

—Es verdad. ¡Pero no me puedo contener! —gritó Jorge—. Ana, ¿dónde estás? ¡Ven! Sube al coche conmigo. He recogido a Tim. Se ha dado cuenta de que empiezan las vacaciones. ¡Ven, Tim!

Los autocares, con la barahúnda de cantos en su interior, se encaminaban a la estación. No bien hubieron llegado las niñas, se fueron montando de modo atropellado en el tren. Se oía gritar por todas partes:

—¡La maleta sobre este asiento!

—¿Quién ha cogido mi bolso?

—No te sientes ahí, Hetty. No puedes poner a tu perro al lado del mío. ¡No pararían de ladrar un momento!

—¡Viva! El jefe de estación ya toca el pito.

—¡Nos vamos!

La locomotora salió poco a poco de la estación, arrastrando tras si los vagones, llenos a rebosar de niñas que iniciaban sus vacaciones. El tren fue atravesando la tranquila campiña, pequeñas

ciudades y pueblos. Por ultimo, llego a los humeantes suburbios de Londres.

—El tren de los chicos tiene señalada la llegada para dos minutos antes que el nuestro —dijo Ana asomándose a la ventanilla, mientras penetraban en la estación de Londres—. Si ha sido puntual, mis hermanos estarán ya esperándonos en el andén. ¡Mira, Jorge, mira! ¡Allí están!

Jorge se asomó a su vez a la ventanilla.

—¡Eh, Julián! —gritó—. ¡Hola, Dick, hola! Estamos aquí. ¡Hola, Julián!

Capítulo 2

De regreso en «Villa Kirrin»

Julián, Dick, Ana, Jorge y Tim se dirigieron en el acto al bar de la estación para comer unos bocadillos y tomarse unas bebidas. ¡Era estupendo volver a estar reunidos! Tim pareció volverse loco de alegría al ver a los dos muchachos y brincaba alrededor de sus piernas.

—Calma, Tim, mi viejo amigo. Te quiero mucho y estoy muy contento de volverte a ver —exclamaba Dick—, pero, por favor, no me tires el jarabe por encima con tus caricias. ¿Se ha portado bien esta vez, Jorge?

—Bueno…, bastante bien —contestó Jorge después de meditarlo un poco—. ¿Verdad, Ana? Quiero decir que sólo una vez hizo una pequeña travesura. Metió el hocico en el armario de la ropa blanca y mordisqueo una almohada. Porque si las chicas se dejan las zapatillas en cualquier parte, es natural que Tim sienta ganas de jugar con ellas.

—Lo que supondría el fin de las zapatillas, ¿no es así? —comentó riendo Julián—. En total, Tim, tu nota en conducta parece ser muy baja. Me temo que tío Quintín no te entregue la media corona que acostumbra regalar por las buenas calificaciones.

Al oír mencionar a su padre, Jorge frunció el ceño.

—¡Vaya! Jorge no ha perdido su característica manera de demostrar su enfado —comentó Dick con voz burlona—. Querida Jorge, deberías fruncir el ceño media docena de veces más para que te reconozcamos.

—No te creas —comentó Ana, acudiendo en defensa de Jorge—.

Esta mucho más amable que antes.

En realidad a Jorge se le había pasado casi por completo el enfado y Ana temía que los comentarios de los chicos acerca de la usurpación de la isla de Kirrin por parte de su padre provocara en ella antes de tiempo una nueva irritación.

Julián echo una mirada a su prima y le dijo:

—Mira, chata, no debes tomarte tan a pecho la cuestión de la isla. Has de tener en cuenta que tu padre es un hombre muy inteligente, uno de los mejores científicos que tenemos en el país. Yo pienso que a esta clase de sabios hay que darles toda la libertad que necesiten para sus trabajos. Quiero decir que, si el tío Quintín desea trabajar en la isla de Kirrin, por alguna razón particular, lo que tu debes hacer es decirle con alegría: «¡Adelante, papa!»

Jorge aparentaba estar algo mosca por el largo discurso. No obstante, tenía en gran concepto a su primo y, por regla general, aceptaba sus razones. Julián era el mayor de todos ellos. Un muchacho alto y bien parecido, con ojos enérgicos y una barbilla prominente.

Por fin, Jorge acarició la cabeza de Tim y acepto con voz suave:

—Muy bien, prometo no protestar más. Pero has de reconocer que es una pena después de haber planeado allí nuestras vacaciones, saber que nos han estropeado el proyecto.

—Bueno, todos estamos disgustados, esa es la verdad —contestó Julián—. Acabad, acabad pronto los bocadillos, porque tenemos que atravesar todo Londres para tomar el tren de Kirrin. Lo perderemos si no nos damos prisa.

Pronto estuvieron aposentados en el vagón del tren que les trasladaría a Kirrin. Julián se mostraba muy hábil para tratar con los mozos de equipaje y los taxistas. Ana contemplo admirada a su hermano mayor al ver que había sabido encontrar para todos los mejores asientos cerca de la ventanilla. ¡Julián sabía manejarse muy bien!

—¿Tú crees que he crecido? —le preguntó—. Yo esperaba alcanzar a Jorge durante este curso, pero ella no se ha dejado. ¿No te parece que también ha crecido, Julián?

—Si quieres que te diga la verdad, me parece que solo has crecido cuatro o cinco milímetros más que el curso pasado-contestó

Julián. —No nos podrás alcanzar nunca. Siempre serás la pequeñaja de la casa, pero no te preocupes. Nos gustas a todos así.

—¡Mirad a Tim! Ya esta sacando el hocico por la ventanilla como siempre —señalo Dick—. Tim, se te meterá una mota de polvo en los ojos. Y luego Jorge se echará a llorar de pena, imaginando que puedes quedarte ciego.

—¡Guau! —respondió Tim moviendo el rabo. Este era el aspecto más simpático de Tim. Siempre se daba cuenta de cuando le hablaban, aunque no dijeran su nombre, y se daba por aludido, contestando alegremente.

Tía Fanny los aguardaba en la estación, para recogerlos en el cochecito tirado por un pony. Las niñas se arrojaron sobre ella. Sus sobrinos la querían tanto como su propia hija. Era amable y gentil con los muchachos. Y hacía cuanto estaba en su mano para suavizar el genio de su marido, al que impacientaba bastante la gente menuda.

—¿Cómo esta el tío Quintín? —preguntó Julián con cortesía mientras montaban en el cochecito.

—Está muy bien —contestó su tía—, pero muy excitado. Nunca le había visto tan obsesionado por su trabajo como ahora. Sus experimentos parece que adelantan con mucho éxito.

—Supongo que no sabrás en que consiste su ultima investigación… —se interesó Dick.

—¡Claro que no! Nunca me cuenta una sola palabra —repuso la tía Fanny—. Jamás habla con nadie de sus trabajos, excepto con sus colaboradores. Sin embargo, sospecho que ahora se trata de algo muy importante. Desde luego, se que la ultima parte del experimento ha de realizarse en un lugar rodeado por todas partes de agua profunda. No me preguntéis por qué. Lo ignoro por completo.

—¡Mirad, ya se ve la isla de Kirrin! —exclamó Ana de repente.

En efecto, tras la revuelta del camino, apareció ante sus ojos la bahía. A la entrada de la misma se perfilaba el curioso islote, coronado por las ruinas de un castillo. El sol iluminaba el mar azul y transformaba a la isla en un paisaje de cuento de hadas.

Jorge lanzó en su dirección una seria mirada. Trataba de vislumbrar el edificio, o en lo que consistiera aquello que su padre

afirmo necesitar para sus trabajos. Todos miraban hacia la isla con la misma intención.

Pronto lo descubrieron. Sobresaliendo del centro del castillo —debía de estar situada en su patio— podía verse una alta y esbelta torre, semejante a un faro. Tenía un remate de vidrio, que brillaba al sol.

—¡Oh, mamá, es espantoso! No me gusta. Estropea la silueta de la isla —comentó Jorge, disgustada.

—Pero, nena, no te preocupes. Puede derribarse en cuanto tu padre termine su experimento. Se trata de algo provisional y ligero. Se desmontara con facilidad. Tu padre me prometió deshacerlo en cuanto concluyese su trabajo. Dice que puedes ir a verlo si te apetece. Es algo en verdad interesante.

—¡Estupendo! A mí me gustaría mucho verlo —interrumpió Ana—. ¡Parece tan original! ¿Esta solo en la isla el tío Quintín, tía Fanny?

—Sí, pese a que no me gusta dejarle solo —respondió tía Fanny—. Por una parte, estoy segura de que no toma sus comidas con regularidad y, por otra, temo que pueda hacerse daño con sus experimentos. Y si se queda allí solo, ¿como podré saberlo?

—Bueno, tía Fanny, podrías ponerte de acuerdo con él para que te hiciera señas convenidas cada mañana y cada noche-propuso Julián. —No presenta ninguna dificultad desde lo alto de la torre. Por las mañanas se serviría del sol para hacer señales con un espejo, como una especie de heliógrafo, diciendo que se encuentra bien. Y por la noche, podría utilizar una linterna.

—Si, ya le propuse yo algo parecido —contestó la tía—. Le dije que mañana iríamos todos a verle. A lo mejor, tú, Julián, consigues convencerle de que establezca de ese modo un contacto diario. A ti te hará caso.

—¡Pues si que tiene gracia…! ¿Quieres decir que papa desea que invadamos su refugio secreto? —pregunto Jorge, sorprendida—. Bueno, yo no pienso ir. No puedo olvidar que es mi isla. Me resultara insoportable ver que alguien ha tomado posesión de ella.

—¡Jorge, por lo que más quieras, no empieces de nuevo! —suplicó Ana suspirando—. ¡Tu y tu dichosa isla! ¿Es que no eres siquiera capaz de prestársela a tu propio padre? Tía Fanny, debieras

haber visto la cara de Jorge cuando recibió tu carta. Se puso tan furiosa que llego a asustarme.

Todos se echaron a reír, excepto Jorge y su madre. Esta parecía muy disgustada con su hija. ¡Seguía tan difícil como siempre! ¡Mira que enfadarse con su propio padre! Se enfrentaba con él una y otra vez. Pero, en cambio, ¡Santo Dios!, como se le parecía, con su ceño fruncido y sus explosiones temperamentales y aquel indomable orgullo. ¡Ojalá Jorge hubiera sido tan dulce y dócil como sus tres primos!

La muchacha observó la cara ensombrecida de su madre y se avergonzó de si misma. Poniendo la mano sobre su falda, le dijo con humildad:

—Está bien, mama. Te prometo no armar mas jaleo. Trataré de guardar mis sentimientos para mí misma. De verdad, lo intentaré. Comprendo que el trabajo de papá es importante. Mañana iré con vosotros a la isla.

Julián dio un golpecito cariñoso en la espalda de Jorge.

—¡Simpaticota Jorge! —exclamó—. No solo cede sino que está aprendiendo a ceder con amabilidad. Jorge, cuando te portas así pareces más un chico que una chica.

Jorge se puso muy oronda. Le gustaba que Julián le dijese que se parecía a un chico. No le gustaba mostrarse mimosa, ni coqueta, ni melindrosa como acostumbran ser las chicas. Pero Ana se molestó un poco:

—No son solo los chicos los que saben ceder con nobleza o hacer cosas por el estilo —dijo—. Hay muchas chicas que son tan capaces de ello, yo misma entre ellas.

—¡Santo Dios! Ya he encendido otra hoguera —comentó tía Fanny sonriendo—. ¡Basta ya de discusiones! Ya estamos en «Villa Kirrin». ¿No os parece preciosa, con el jardín lleno de prímulas, y los alhelíes y los narcisos brotando por todas partes?

En efecto, estaba preciosa. Los cuatro muchachos y Tim, con tía Fanny, se apearon frente a la verja, felices por hallarse de regreso. Penetraron en la casa y con gran regocijo encontraron a Juana, la vieja cocinera. Había venido para ayudar durante las vacaciones. Abrazó a los niños y acarició a Tim, que saltaba a su alrededor sin cesar de ladrar.

—Bien, bien, aquí os tenemos de nuevo. ¡Como habéis crecido! Y que mayor esta ya el señorito Julián. ¡Es más alto que yo! No hay duda. Y la pequeña Ana ha crecido también mucho.

Ana quedo muy satisfecha con el elogio. Julián se había dirigido a la entrada para ayudar a su tía a bajar los maletines del coche. Las maletas grandes llegarían mas tarde. Julián y Dick subieron todo el equipaje al piso. Ana se unió a ellos, deseosa de ver de nuevo su dormitorio.

—¡Que gusto da estar otra vez en Kirrin! —exclamo asomándose a las ventanas. Por una de ellas se veía el fangoso pantano y por la otra se divisaba el mar. Todo era magnífico.

Ana se puso a cantar, mientras desempaquetaba sus cosas:

—¿Sabes? —confió a Dick cuando este entraba con la maleta de Jorge—. ¿Sabes, Dick? Me alegro de que el tío Quintín se quede en la isla. Aunque eso no nos permita ir mucho por allí, me siento más libre en la casa cuando él no está. No se puede negar que es un hombre muy sabio y que, cuando quiere, sabe ser amable, pero confieso que me siento algo asustada en su presencia.

Dick se echo a reír:

—Yo no le tengo miedo, aunque reconozco que a veces hace el efecto de una ducha fría. No me explico cómo puede vivir solo ahora en la isla.

De pronto, una voz sonó al pie de la escalera:

—Bajad a tomar el té, niños. Hay bollos calientes, recién salidos del horno.

—¡Ya vamos, tía Fanny! —gritó Dick—. Corre, Ana, tengo un hambre de miedo. Julián, ¿oíste a tía Fanny llamándonos?

Jorge subía las escaleras en busca de Ana. Se sentía contenta de estar en casa. En cuanto a Tim, husmeaba lleno de alegría por todos los rincones de la finca.

—Siempre lo hace —comentó Jorge—. Como si esperara encontrar una silla o una mesa que no oliera igual que la última vez. Ven, Tim, es la hora del té ¿Mama, puesto que papa no esta en casa, puedo sentar al perro a mi lado? Ahora se porta muy bien.

—¡De acuerdo! —aceptó su madre. Y en seguida se pusieron a merendar.

¡Menuda merienda! Parecía un banquete para veinte invitados.

¡Que estupenda cocinera era la vieja Juana! Debió de necesitar todo el día para prepararla. Todo estaba exquisito. Podría jurarse que no iba a quedar gran cosa cuando terminaran de comer.

Capítulo 3

Hacia la Isla de Kirrin

El día siguiente amaneció esplendido, calido y despejado.

—¿Que os parece si vamos a la isla esta mañana? —propuso tía Fanny—. Tendremos que llevar la comida. Estoy segura de que vuestro tío ha olvidado nuestro propósito de ir a visitarle.

—¿Tiene allí algún bote? —preguntó Jorge. Luego, añadió llena de sospecha—: Mama, no se le habrá ocurrido llevarse el mío, ¿verdad que no?

—No, querida —contestó su madre—. Tiene una barquita. Yo temía que no fuese capaz de salvar los peligrosos escollos que rodean la isla. Me tranquilice al ver que hacía la travesía con un pescador. Este me ha dicho luego que le ha prestado su propia barca, con todo el material necesario.

—¿Y quien construyó la torre? —preguntó Julián.

—Pues él mismo la planeó y algunos hombres, enviados por el Instituto de Investigaciones, la construyeron según sus planos —explicó tía Fanny—. Todo se llevo a cabo con gran rapidez. La gente del lugar esta muerta de curiosidad, pero no creo que hayan conseguido enterarse de nada. Saben tan poco como yo misma. Nadie de la vecindad ayudo a la construcción. Solo los pescadores fueron movilizados con objeto de acarrear el material necesario hasta la isla y de transportar a los obreros especializados.

—Todo esto es muy misterioso —sentenció Julián—. La vida que lleva el tío Quintín es terriblemente emocionante. Me gustaría llegar a ser un celebre científico como él. Quisiera ser algo que merezca la pena cuando sea mayor. No pienso pasarme la vida en

alguna oficina. Deseo ser mi propio jefe.

—Pues yo pienso estudiar medicina —interrumpió Dick.

—Voy a sacar mi bote —dijo Jorge algo molesta por la charla de los chicos. Ella sabía muy bien lo que haría cuando fuera mayor. Viviría con Tim en la isla de Kirrin.

Tía Fanny había preparado montones de comida para llevarse a la isla. Se sentía muy ilusionada por el viaje. Hacia días que no veía a su marido y deseaba comprobar si todo seguía en orden.

Bajaron a la playa. Julián llevaba la bolsa de la comida. Jorge les esperaba allí, con el bote preparado. Jaime, el hijo de un pescador, que era amigo de Jorge, se había acercado a fin de ayudarles a empujar el bote mar adentro. Saludo sonriente al resto de los niños. Los conocía a todos de sobra. Se había encargado del cuidado de Tim cuando el padre de Jorge amenazó con echarlo de casa. La chiquilla no había olvidado el cariño con que Jaime había tratado a Tim, de manera que iba a verlo en cuanto llegaba a casa durante las vacaciones.

—¿Que? ¿Van ustedes a la isla? —preguntó Jaime—. ¡Que cosa más rara han levantado en el centro! ¿Verdad? Parece algo así como un faro. Cójase a mi mano, señorita. La ayudare a subir a la barca.

Ana asió la mano que se le tendía y saltó al bote. Jorge la siguió con Tim y pronto todos los demás estuvieron embarcados. Julián y Jorge tomaron los remos, en tanto que Jaime empujaba la barca hasta que estuvo en condiciones de ponerse en movimiento sobre el agua transparente. Se podía ver con toda claridad el fondo del mar.

Julián y Jorge remaban con energía, impulsando el bote hacia delante. De pronto, Jorge comenzó a cantar una canción de remeros. Los demás le hicieron coro. Era extraordinario encontrarse de nuevo en un bote sobre la superficie del mar. ¡Oh, vacaciones, transcurrid despacio! ¡No os escapéis tan de prisa!

—Jorge —dijo su madre, nerviosa, cuando se aproximaban ya a la isla de Kirrin—, debes de tener cuidado con estas rocas tan peligrosas, ¿me oyes? El agua esta tan clara, que puedes ver que algunas llegan a rozar la superficie.

—¡Pero mamá! Tu sabes que he venido centenares de veces en bote a la isla —se pavoneó Jorge—. Es imposible que choque con ninguna roca. Las conozco todas. Podría hacer la travesía con los

ojos cerrados.

Había solo un lugar seguro para atracar, una pequeña caleta, algo así como un puerto natural que penetraba en la arena. Aparecía rodeado de altas rocas por todos lados.

Jorge y Julián dirigieron la ligera embarcación hacia el lado oriental de la isla. Rodearon un promontorio de agudas rocas y se encontraron frente a la ensenada. Un estrecho canal de agua penetraba en la playa.

Ana se había dedicado a contemplar la isla, mientras los otros remaban. Ahí estaba, con la ruina del viejo castillo que se alzaba en su centro, en el mismo sitio de siempre. Sus derrumbadas torres se mostraban, como de costumbre, invadidas por los grajos, y la hiedra recubría las vetustas parcelas.

—¡Es un sitio encantador! —opino Ana con un suspiro. Entonces divisó la curiosa torre que ahora emergía del patio central del castillo. No había sido construída con ladrillos, sino con un material ligero y traslúcido montado en secciones, como las construcciones mecánicas de juguete.

Con toda evidencia la torre parecía haber sido preparada de antemano para montarla en un santiamén y desmontarla con la misma rapidez.

—¿No es chocante? Mirad el remate de vidrio. Parece un mirador. ¿Para que servirá? —comentó Dick. Luego, dirigiéndose a tía Fanny, preguntó—: ¿Puede subirse por el interior de la torre?

—¡Oh, ya lo creo! —contestó su tía—. Por dentro han levantado una escalera muy empinada. Es lo único que hay dentro de la torre, si se exceptúa la habitación de la cúspide. En esta hay unos extraños alambres, necesarios, al parecer, para los experimentos de vuestro tío. Creo que no tienen ninguna relación con la torre en si. Importa, sin embargo, que estén allí, pero su misión se realiza de modo automático e influye sobre las manipulaciones que el tío lleva a cabo.

Ana no podía entender nada de aquello. Le sonaba demasiado complicado.

—Me gustaría subir a la torre —dijo.

—Bien, espero que tu tío no tenga ningún inconveniente —le contestó su tía.

—¡Si no da la casualidad de que este de mal humor! —objetó Jorge.

—Jorge, no debes hablar así de tu padre —censuró tía Fanny.

El bote, entre tanto, había ya penetrado en el pequeño puerto y fue varado en la arena. Sobre la playa se divisaba otro bote. Era el de tío Quintín.

Jorge y Julián saltaron por la borda y arrastraron la barca tierra adentro, con objeto de que los demás pudieran desembarcar sin mojarse los pies. Tan pronto como bajaron a tierra, Tim empezó a brincar lleno de alegría, encaminándose hacia el interior de la isla.

—¡Alto, Tim! —ordenó Jorge. El perro regresó, con el asombro y la desesperación reflejados en sus ojos. ¿Es que su ama pensaba prohibirle que echara una mirada sobre los conejos? Solo una mirada. ¿Que mal había en ello?

¡Allí se veía un conejo! ¡Y luego otro! Y otro más. Se mantenían erguidos sobre las patas traseras, contemplando curiosos el grupo que acababa de llegar procedente del mar. Levantaban las orejas y movían los hociquillos, mientras sus cuerpos permanecían quietos y tiesos.

—¡Oh, son tan monos como yo los recordaba! —comentó Ana, encantada— tía Fanny, ¿no es maravilloso? Mira aquel conejito, ahí detrás. Es todavía un bebé y ya se está lavando la cara.

En verdad que resultaba divertido el espectáculo. Se detuvieron un instante a disfrutarlo. ¡Vaya! Eran en extremo mansos y atrevidos. Se debía, sin duda, a que en la isla vivían a sus anchas, sin gente que los molestara, reproduciéndose sin tregua y campando por sus respetos.

—¡Mirad aquel! —empezó Dick. En aquel momento, la paz se vio turbada por Tim, que, incapaz de contentarse con mirar, había perdido el control y había saltado encima de los pacíficos conejos. En un santiamén, desaparecieron todos. Solo quedo la visión de los blancos rabitos, moviéndose arriba y abajo en la carrera conejil hacia sus madrigueras.

—¡Tim! —riñó Jorge, enfadada.

El pobre Tim bajó su rabo, volviéndose en actitud humilde hacia su ama. «¿Que pasa? —parecía decir—. ¿Ni siquiera me esta permitida una carrerita en broma detrás de los conejos? ¡Que ama

mas severa tengo!»

—¿Dónde está tío Quintín? —preguntó Ana, en tanto caminaban hacia el arruinado arco a que había quedado reducida la entrada del viejo castillo. A partir del arco empezaban los escalones de piedra que conducían al patio del castillo. Ahora se hallaban casi derruidos. Tía Fanny subió con gran cuidado para no tropezar. Los niños, en cambio con sus suelas de goma, saltaban de dos en dos, sin preocuparse de las irregularidades de los peldaños.

Atravesaron el zaguán en ruinas y penetraron en lo que parecía haber sido el gran patio central. En épocas remotas debió de estar todo el cubierto con grandes losas. Ahora, la mayoría aparecían cubiertas de hierbajos y arena. El castillo había tenido dos torres. La una había desaparecido por completo. La otra aun se mantenía erguida. Los cuervos y los grajos daban vueltas a su alrededor, revoloteando por encima de las cabezas de los niños y emitiendo continuos graznidos.

—Supongo que tu padre vivirá en aquella pequeña cámara que tiene dos estrechos ventanucos, de los que servían para disparar desde adentro —dijo a Jorge—. Es el único sitio del castillo que puede servirle de cobijo. Todo lo demás esta destartalado, sin techo y en ruinas, excepto esa habitación. ¿Te acuerdas de que pasamos la noche en ella?

—Si —contestó Jorge—. Fue estupendo. ¡Cuanto nos divertimos! Me imagino que es allí donde se ha metido papa. No hay sitio mas resguardado a no ser en los sótanos.

—¡Bah! A nadie se le ocurriría vivir en los sótanos, si no le obligaban a ello. ¡Son tan oscuros y fríos! —exclamó Julián—. ¿Donde estará tu padre, Jorge? No sale ni se le ve por ninguna parte.

—Mamá, ¿dónde crees tú que puede estar papá? —preguntó a su vez Jorge—. ¿Dónde tiene el laboratorio? ¿Estará en ese viejo rincón? —añadió señalando la oscura habitación de muros y techo de piedra, la única que quedaba en pie del antiguo edificio, antaño orgulloso castillo y que estaba adosada a lo que antes había sido el muro exterior.

—Pues… Confieso que no lo se exactamente —respondió la madre—. Puede que sea ahí donde trabaje. Siempre que he venido,

nos hemos encontrado abajo, en la ensenada. Nos sentábamos en la arena para comer y charlar. Me parece que no le gusta que fisgonee por su lugar de trabajo.

—¿Por que no lo llamamos? —propuso Dick. Y todos comenzaron a gritar.

—¡Tío Quintín! ¡Tío Quintín!

Asustados, los grajos levantaron el vuelo. Un grupo de gaviotas que reposaba en uno de los muros se alboroto asimismo y revolotearon entre gritos:

—¡Eo! ¡Eo!

Y los conejos, que habían vuelto a hacer su aparición, se refugiaron de nuevo en sus madrigueras.

Pero tío Quintín no dio señales de vida. Volvieron a gritar:

—¡Tío Quintín! ¡Tío Quintín! ¿Dónde estás?

—¡Vaya alboroto que armáis! —comentó tía Fanny, tapándose los oídos—. Me figuro que hasta Juana lo habrá oído desde casa. ¡Santo Dios! Pero ¿dónde se habrá metido vuestro tío? Yo le advertí que hoy vendríamos todos a visitarle. ¿Por que no viene?

—No te preocupes, en alguna parte tiene que estar —le tranquilizó Julián, cariñoso—. «Si Mahoma no va a la montaña, la montaña tendrá que ir a Mahoma». Vamos, pues, en busca de él. Lo encontraremos enfrascado en algún libro.

—Mejor será buscar primero en esta habitación oscura —propuso Ana.

Pasaron la puerta de piedra y se hallaron en una pequeña cámara oscura, con la sola iluminación de las dos aspilleras. En una de las paredes se divisaba un hueco en el espeso muro, donde había estado situada antaño una chimenea.

—Pues aquí no está —murmuró Julián, sorprendido—. Y lo que es más raro, no hay nada de nada. Ni comida, ni ropas, ni libros, ni mobiliario de ninguna especie. Esto no puede ser un taller, ni tampoco un almacén.

—Bueno, entonces tiene que estar abajo, en los sótanos —apuntó Dick—. Puede que necesite hacer su trabajo en un subterráneo y rodeado de agua a la vez. Vayamos hacia la entrada. Ya sabemos donde está, no lejos del viejo pozo que se abre en el centro del patio.

—Si, tiene que estar a la fuerza en los sótanos, ¿verdad, tía Fanny? —preguntó Ana—. ¿Bajarás con nosotros?

—No, queridos, no puedo sufrir esos subterráneos —contestó su tía—. Me sentare aquí fuera al sol, en este rincón resguardado del aire, e iré preparando los bocadillos. Ya va siendo hora de comer.

—¡De acuerdo!

Los chiquillos se encaminaron hacia la entrada de la mazmorra. Esperaban que la gran losa que la cerraba estuviese separada, con lo que se limitarían a bajar con toda tranquilidad la escalera.

Pero la piedra estaba colocada justo encima de la abertura. Julián se disponía a coger la anilla de hierro para levantarla cuando advirtió algo extraño.

—Mirad —dijo—, la hierba crece entre las junturas de la piedra. Esto quiere decir que nadie la ha levantado hace tiempo. Por lo tanto, tío Quintín no puede estar abajo.

—Entonces, ¿donde está? —preguntó Dick.

Capítulo 4

Donde esta el Tio Quintín

Los cuatro, con Tim rondando alrededor de sus piernas quedaron estupefactos examinando la losa que cerraba el subterráneo. Julián tenía razón. La piedra no había sido levantada en el transcurso de muchos meses, porque la hierba había crecido en todo su contorno y había obturado las ranuras.

—Nadie ha bajado por aquí —afirmo Julián—. Es inútil que nos esforcemos en levantar la piedra ni que bajemos a inspeccionar. Si hubiera sido movida hace poco, toda esta hierba que hay alrededor estaría aplastada, arrancada, deshecha.

—De todos modos, sabemos que nadie puede salir de la mazmorra estando encajada la losa-observo Dick. —Es demasiado pesada. Tío Quintín no sería tan tonto como para encerrarse a sí mismo. Se habría preocupado de dejar la trampa abierta.

—Tienes razón —dijo Ana—. Por lo tanto, y puesto que no está aquí, ha de estar en cualquier otra parte.

—¡Pero, dónde! —exclamó Jorge—. Esto no es más que un islote y conocemos uno por uno todos sus rincones. ¿No se habrá metido en la cueva que nos sirvió de escondrijo aquella vez? Es el único refugio en toda la isla.

—Claro. Tiene que estar allí —aceptó Julián—. Aunque no acabo de convencerme. No me puedo imaginar a tío Quintín metiéndose por el agujero que hay en el techo de la cueva. Y es el único camino posible para penetrar en ella, a no ser que uno se descuelgue por las rocas resbaladizas de la orilla. Tampoco le creo capaz de semejante hazaña.

Caminaron alrededor del castillo hacia el otro lado de la isla.

En efecto, había allí una gruta que en ocasiones les había servido de cobijo. Podía llegarse a ella desde la orilla del mar, como había dicho Julián, o sea trepando por el exterior por el escurridizo acantilado. O bien se podía entrar, sirviéndose de una cuerda, a través de un boquete que se había formado en el techo.

Encontraron el agujero medio oculto por la maleza. Julián tanteo y se cercioro de que la cuerda aun estaba allí.

—Me deslizare para echar una mirada —decidió.

Y acto seguido bajo. La cuerda estaba anudada de trecho en trecho, de tal manera que los pies iban encontrando apoyo en el descenso. Así se evitaba resbalar con excesiva rapidez y despellejarse las manos.

Pronto llegó al fondo. Una luz tenue penetraba desde el mar. Julián echo una ojeada a su alrededor. Allí no había nada en absoluto, excepto una caja que se les habría quedado olvidada a ellos mismos la ultima vez que habían estado en la cueva. Trepó cuerda arriba y su cabeza asomó por encima del agujero. Dick le tendió la mano para ayudarle a salir.

—¿Que pasa? ¿No hay rastro de tío Quintín?

—No —contestó Julián—. Ni siquiera hay señales de que haya estado nunca aquí. ¡Es un misterio! ¿Donde se habrá metido? Y si es cierto que está haciendo algún trabajo importante, ¿en dónde guarda sus instrumentos? Sabemos que se trajo mucho material. Lo dijo tía Fanny.

—¿Y por qué no puede estar en la torre? —preguntó Ana de repente—. Es posible que este allá arriba, en la glorieta de cristal que hay en la cima.

—Si estuviera allí, ya nos habría visto —objetó Dick, molesto—. Por lo menos, hubiera oído nuestros gritos. Sin embargo, no estará de mas que echemos un vistazo.

Dicho y hecho. Regresaron al castillo y se encaminaron sin demora hacia la extraña torre. Su tía los descubrió al pasar y los llamó.

—La merienda esta lista, niños. No esperaremos más. Vuestro tío ya vendrá cuando le parezca oportuno.

—Muy bien, tía Fanny, pero… ¿dónde está? —preguntó Ana

muy intrigada—. Hemos mirado por todas partes.

Su tía no poseía un conocimiento tan perfecto de la isla como los chicos. Por ello, se imaginaba que existían muchos lugares en los cuales era posible encerrarse y trabajar con toda tranquilidad.

—No importa —replicó imperturbable—. Ya vendrá más tarde. Vosotros venid a merendar. Ya lo tengo todo preparado.

—Preferimos antes subir a la torre —insinuó Julián—. A lo mejor el tío está tan ocupado que no se ha enterado nuestra llegada.

Los cuatro niños se dirigieron al patio central del castillo. En él se alzaba la moderna torre de material traslúcido. Acariciaron los paneles, acoplados unos a otros en pulimentadas curvas.

—¿Qué material será este con el que han edificado la torre? —preguntó curioso Dick.

—Algún nuevo material plástico —aseguro Julián—. Parece muy ligero y, en cambio, muy resistente. Además es facilísimo de montar, como una construcción mecánica de juguete.

—Sin embargo, yo no estoy segura de que un vendaval no pueda volcarlo —opino Jorge con aire crítico.

—También yo me temo algo por el estilo —asintió Dick—. Mirad, aquí se ve la entrada.

La puerta era pequeña y curvada y la llave aparecía colocada en el cerrojo. Julián la hizo girar y tiró de la puerta. Ésta se abría hacia fuera, no hacia dentro. Metió la cabeza para echar una ojeada preliminar. No había mucho espacio disponible en la base de la torre. Una escalera de caracol, construida con el mismo material brillante del exterior, se extendía en espiral hacia arriba. En un lado descubrió una serie de curiosos objetos, que parecían de acero, unidos entre si por alambres.

—Será mejor no tocarlos —ordenó Julián, contemplándolos con curiosidad—. ¡Hay que ver! ¡Me recuerda las torres de los cuentos de hadas! Bueno, voy a subir hasta el mirador.

Comenzó a trepar por la escalera de caracol. Los peldaños eran muy empinados y pronto advirtió un ligero mareo, a causa de tantas vueltas como tenía que dar.

Los demás le siguieron. Unos ventanillos, estrechos como ranuras, dejaban penetrar alguna luz de trecho en trecho. Julián se detuvo a mirar por uno de ellos y gozó de una esplendida vista de

mar y tierra firme. Después, continuó subiendo.

Al finalizar el ascenso se encontró en una habitación redonda, cuyas paredes eran de vidrio grueso y pulimentado. Gran cantidad de alambres atravesaban el vidrio y se proyectaban hacia el exterior. Aquellos extraños hilos se agitaban con el viento que silbaba alrededor de la torre.

El centro del cuarto aparecía vacío. Y, desde luego, el tío Quintín no estaba allí. Se comprendía que el destino de la torre no era otro sino proteger los cables que subían por los extraños objetos hasta el fin del torreón y extender sus extremos al viento. ¿Para que? ¿Se trataría de antenas para enviar ondas hertzianas? ¿Tendrían algo que ver con el radar? Julián se extrañaba de cuanto veía y se sentía muy intrigado acerca del significado de la torre, de los objetos raros y los alambres al aire libre.

Los demás habían ido alcanzando por turno la pequeña habitación redonda. También lo había logrado Tim, a pesar de que paso mil apuros para subir la escalera.

—¡Dios mío! ¡Que sitio más raro! —exclamó Jorge—. Pero ¡que vista tan estupenda se disfruta desde aquí! Pueden verse kilómetros y kilómetros de mar por un lado y, por el otro, toda la extensión de la bahía, con las montañas al fondo.

—Sí, es precioso —confirmó Ana—. Pero… ¿donde está el tío Quintín? Todavía no lo hemos encontrado y sabéis muy bien que no ha salido de la isla.

—Claro que no. Su bote estaba varado en la ensenada —aceptó Jorge—. Todos pudimos verlo.

—Por tanto, en algún sitio tiene que haberse escondido —dijo Dick—. No esta en el castillo, no esta en los sótanos, no esta en la cueva y tampoco esta aquí arriba. ¡Es un misterio de primera clase!

—¿En dónde está el tío perdido? —canturreó Julián—. Mirad allá abajo. La pobre tía Fanny esta esperándonos con la comida preparada. Es mejor que bajemos. Nos esta haciendo señas.

—Tienes razón. Además yo no quiero quedarme aquí más tiempo —dijo Ana—. Se tiene una impresión desagradable aquí arriba. ¿No oís como arremete el viento contra la torre, como si quisiera volcarla? Me voy abajo a toda prisa, antes de que se derrumbe todo.

Y empezó a descender las espirales de la escalera, agarrándose al pasamanos. Los escalones eran tan empinados que temía caerse. Y estuvo a punto de rodar hasta abajo cuando Tim paso corriendo entre sus piernas como un meteoro.

Pronto estuvieron todos reunidos. Julián volvió a cerrar con llave.

—No sé para que puede servir una cerradura si se deja puesta —observo—. En fin, la dejare como estaba.

Regresaron adonde les aguardaba tía Fanny.

—¡Vaya! Por fin estáis aquí —dijo—. Creí que ya no vendríais. ¿Descubristeis algo interesante allá arriba?

—Solo una vista maravillosa —contestó Ana—. Verdaderamente de ensueño. Pero no hemos logrado localizar al tío Quintín. Es un asunto muy misterioso, tía Fanny. De verdad te lo digo. Hemos buscado en todos los rincones de la isla y no esta en ninguna parte.

—Sin embargo, su bote sigue en el puerto —observó Dick—. Así que no puede haberse marchado.

—¡Si que es raro! —asintió tía Fanny repartiendo los bocadillos —. Bueno. Vosotros no conocéis a vuestro tío tanto como yo. Siempre reaparece sano y salvo cuando menos se le espera. Ha olvidado que veníamos, eso es todo. En caso contrario, seguro que ya estaría aquí. De manera que es posible que no le veamos, si realmente se ha olvidado por completo de nuestra visita. Si se acuerda, llegara de repente.

—Pero ¿de donde vendrá? —insistió Dick, mientras daba un mordisco al bocadillo de carne en lata—. Ha puesto en escena un buen truco de desaparición. ¡Parece obra de magia!

—Ya os digo que aparecerá cuando lo crea oportuno. No lo dudéis —dijo tía Fanny, y añadió—: ¿Otro bocadillo, Jorge? No, tu no, Tim, ya te has zampado tres. Por favor, Jorge, aparta a Tim de la comida.

—Es que esta hambriento —protestó Jorge.

—Pues si esta hambriento, que se dedique a la comida especial que he traído para el, bizcochos de perro.

—¡Vamos, mama! Como si Tim se contentara con esas galletas perrunas pudiendo comer un bocadillo. Únicamente cuando no dispone de otra cosa y tiene mucha hambre acepta bizcochos de esa

clase.

Así transcurrió la merienda, al calido sol de abril. Todos hicieron gala de un excelente apetito. Para beber había naranjada fresca y deliciosa.

Tim corrió hacia una hendidura de la roca en donde quedaba recogida el agua de la lluvia y se le oyó beber.

—¿No tiene una memoria prodigiosa este perrito mío? —alabó Jorge orgullosa—. Han pasado varios meses desde la última vez que estuvo aquí y, sin embargo, ha encontrado en seguida el charco en cuanto ha sentido sed.

—Es raro que hasta el mismo Tim haya fracasado en hallar al tío Quintín —observo Dick—, ¿no os parece? Lo lógico hubiera sido que si, al buscarle, nos hemos acercado a algún sitio «caliente», el perro ladrase o hiciese algo raro. Pero no hizo nada.

—Creo que tienes razón. Es muy extraño que no hayamos encontrado a papá por ninguna parte —dijo Jorge—. La verdad, no entiendo como tú te lo tomas con tanta tranquilidad, mama.

—Verás, Jorge, como dije antes, conozco a tu padre mejor que tú —contestó su madre—. No dará señales de vida hasta que se le antoje. Recuerdo una vez en que llevaba a cabo un trabajo en la cueva de estalactitas de Cheddar y desapareció por mas de una semana, sin que ninguno supiéramos nada de él en aquellos días. Volvió a aparecer tan tranquilo cuando hubo terminado sus experimentos.

—Es curioso… —empezó a decir Ana. Se detuvo de pronto. Un ruido extraño había llegado a sus oídos. Era como un crujido o como el gruñido de un perro gigantesco y furioso, escondido en algún lugar.

Luego se oyó una especie de aullido que partía de la torre y los alambres que colgaban de lo alto se iluminaron, soltando chispas tan fuertes como relámpagos.

—¿Veis? Ya sabía yo que vuestro tío estaba ocupado —comentó satisfecha tía Fanny—. Oí este mismo ruido otra vez que estuve aquí, aunque no pude averiguar de donde procedía.

—¡Es verdad! ¿De donde venía? —preguntó extrañado Dick—. A mi me pareció como un trueno subterráneo.

—Pero eso no puede ser. ¡Santo Dios! ¡Que cosa más misteriosa!

No se oyó ningún ruido más por el momento. Siguieron comiendo bocadillos con jamón, hasta que Ana soltó un chillido que los hizo ponerse en pie de un brinco.

—Mirad, ¡allí esta el tío Quintín! Esta allí, ¿no lo veis? Junto a la torre. Esta contemplando los grajos. ¿De donde ha salido?

Capítulo 5

Un misterio

Se quedaron mirando atónitos al tío Quintín. Allí estaba tan tranquilo, con las manos en los bolsillos y observando con gran atención las evoluciones de los grajos. No denotaba el menor síntoma de haberse fijado en la presencia de su hija y de sus sobrinos, ni siquiera en la de su mujer. Tim fue el primero en reaccionar. De un salto, se lanzó brincando en dirección al tío Quintín, mientras ladraba con fuerza. Solo entonces pareció tío Quintín volver a la realidad. Descubrió primero a Tim y después a los demás, que lo miraban realmente asombrados.

Tío Quintín no pareció alegrarse en absoluto de verlos. Se acercó sin prisa a ellos, en tanto fruncía el entrecejo.

—¡Vaya sorpresa! —dijo—. No tenía ni idea de que pensarais venir hoy a visitarme.

—¡Pero Quintín! —exclamó su mujer en tono de reproche— yo misma te lo anote en tu diario para que no lo olvidases. Allí quedó apuntado.

—¿De verdad lo hiciste? Puede… He de confesar que no lo he hojeado ni una vez desde aquel día. Es natural que no lo haya leído —contestó tío Quintín malhumorado. Luego besó a su mujer, a Jorge y Ana, y estrecho la mano que le tendían los dos chicos.

—Tío Quintín, ¿puedes decirnos en dónde estabas? —preguntó Dick, que reventaba de curiosidad—. Te estuvimos buscando por todas partes durante muchísimo tiempo.

—Pues…, en mi laboratorio —contestó tío Quintín en tono vago.

—Pero ¿donde lo tienes? —volvió a preguntar Dick—. Te

aseguro que no tenemos la menor idea de en donde lo escondes. Incluso hemos subido a la torre a ver si estabas en aquella extraña glorieta de vidrio que la remata.

—¿Que? —estalló su tío en un ataque de ira repentino e inusitado—. ¿Os habéis atrevido a subir allí? Pues habéis pasado por un grave peligro. Precisamente acabo de terminar un experimento y todos aquellos cables estaban conectados con el.

—Si, los vimos moverse de una manera rara —comentó Julián.

—No teníais nada que hacer allí y menos entrometeros en mi trabajo —riñó el tío con severidad—. ¿Cómo conseguisteis entrar en la torre? Yo la cerré con llave.

—Tienes razón, estaba cerrada —confirmó Julián— pero dejaste la llave en la cerradura. ¡Mírala! Y claro esto nos convenció de que no te importaría en absoluto que entrásemos.

—¡Al fin apareció mi llave! Y yo que creía haberla perdido —exclamó tío Quintín—. Bueno, ahora ya lo sabéis. No intentéis jamás entrar de nuevo en esa torre. Os advierto que es peligrosísimo.

—Tío Quintín, todavía no nos has dicho donde esta tu laboratorio —insistió Dick, que estaba emperrado en averiguarlo—. No podemos imaginarnos de donde has salido tan de repente.

—Ya les explique que aparecerías, Quintín —observó su esposa—. Estás más flaco, querido. ¿Te has preocupado de hacer tus comidas con regularidad? Te deje más que suficiente e incluso un buen potaje para calentar.

—¿Eso hiciste? —preguntó su marido—. Bien, no sé si he comido o no. Nunca me acuerdo de esos detalles mientras trabajo. Me comeré alguno de esos bocadillos, si es que sobran.

Y empezó a devorar bocadillos, uno tras otro, con gran voracidad. Tía Fanny lo vigilaba disgustada.

—¡Quintín! —exclamó de pronto—, esto no puede seguir así. Estás muerto de hambre. Me trasladare aquí para quedarme y cuidar de que te alimentes como es debido.

Su marido se alarmo y rechazó la idea con rapidez:

—¡No! ¡Ni hablar! Nadie puede venir aquí. No quiero de ninguna forma que nada ni nadie distraiga mi obra. Estoy empeñado en un invento en extremo importante.

—¿Se trata de un secreto del que nadie sabe nada? —preguntó Ana, con los ojos desorbitados por la admiración. ¡Que sabio era el tío Quintín!

—Bueno, no estoy muy seguro de ello —contestó su tío, que continuaba comiendo a dos carrillos y amenazaba con hacer desaparecer todos los bocadillos—. Por lo menos intento mantenerlo. Por eso he venido aquí, aparte que necesito agua alrededor. Debo aislarme de todos. A veces me asalta la sospecha de que alguien sabe más de lo que conviene sobre este asunto. Pero hay un hecho incontestable. Nadie puede llegar aquí sin que le enseñen el camino a través de los arrecifes que rodean la isla. Tan sólo lo conocen unos cuantos pescadores y estos tienen orden de no traer a nadie aquí. Creo que tú eres la única, fuera de ellos, que conoce el camino, Jorge.

—Tío Quintín, por favor, dinos donde escondes el laboratorio —imploró Dick. Se moriría si no resolvía lo mas pronto posible el misterio.

—No des la lata a tu tío, Dick —intervino molesta su mujer—. Déjale comer en paz. ¿No ves que ha pasado verdadera hambre en estos días?

—Si, tía, pero yo… —empezó a decir Dick. Fue interrumpido en el acto por su tío:

—Tú obedece a tu tía, jovencito. No quiero interrupciones de nadie. ¿Que te importa a ti el lugar donde yo trabajo?

—En realidad, no es que me importe —respondió Dick con presteza—. Solo es que me muero de curiosidad por saberlo. Veras, te estuvimos buscando por todas partes, ¡absolutamente por todas partes!

—Bien, entonces es que no sois tan listos como os imagináis —contestó el tío. Se apoderó de otro bocadillo y añadió—: Jorge, hazme el favor de apartar a tu perro de mis piernas. No deja de darme la lata, esperando que le de un trozo de jamón, y ya sabes que no me gusta dar de mi comida a los animales.

Jorge retuvo a Tim lejos del alcance de su padre. Tía Fanny contemplaba a su marido. Había perdido ya la cuenta de los panecillos con jamón que se había comido en un santiamén. Se tragaba la merienda casi sin masticar. ¡Pobre Quintín! ¡Que

hambriento debía de estar!

—Quintín, ¿estas seguro de que tu no corres ningún peligro? —preguntó—. Me refiero a si crees que hay alguien que trata de espiarte, como han hecho otras veces.

—No. ¿Como podrían hacerlo? —indagó su marido—. Los aviones no pueden aterrizar en la isla. Ningún bote conseguiría acercarse a ella, sorteando las rocas, sin conocer el camino. Y, por otra parte, el mar esta siempre demasiado alborotado para que logre atravesarlo ningún nadador.

—Julián, trata de convencerle para que me haga señales por la mañana y por la noche —susurro tía Fanny, volviéndose hacia su sobrino mayor.

Julián se encaro con su tío como un hombrecito:

—Tío, ¿supondría mucha molestia para ti comunicarte dos veces al día con tía Fanny? No te cuesta nada y eso la tranquilizaría mucho. ¿Verdad que lo harás?

—Si no lo haces así, Quintín, vendré todos los días a verte —amenazó su mujer.

—Y nosotros también —coreó Ana con picardía, al ver que el tío parecía nervioso ante la idea.

—Bueno, puedo hacer señales por la mañana y al anochecer, cuando suba a la torre —concedió al fin—. Puesto que debo subir allí cada doce horas, con objeto de reajustar los alambres… Entonces me comunicaría contigo, Fanny concretamente, a las diez y media de la mañana y a las diez y media de la noche.

—¿Cómo harás las señales? —pregunto Julián—. ¿Con un espejo de día y una luz por la noche?

—Sí, no es mala idea —contestó su tío—. De día será fácil ver el reflejo y de noche me serviré de mi linterna. Haré brillar seis veces la luz. Eso será señal de que me encuentro bien y de que no os necesito. Esta noche, como ya me habéis visto hoy, no es necesario que nos preocupemos. Empezare a partir de mañana por la mañana.

—Quintín, querido, pareces malhumorado —dijo su mujer—. No me gusta dejarte solo otra vez. Pareces flaco y cansado. Estoy segura de que no…

Tío Quintín frunció el ceño del mismo modo que Jorge, su hija, solía hacerlo. Consulto su reloj:

—Bien, es hora de volver al trabajo. Os acompañare antes al bote.

—Nos gustaría quedarnos a cenar aquí, papa —dijo Jorge.

—De ninguna manera, prefiero que os vayáis —ordenó el padre levantándose—. Venid, os acompañaré hasta la barca.

—Pero, papá, ¡hace tanto tiempo que no he estado en mi isla! —protestó Jorge indignada—. Quiero quedarme aquí un rato más. No comprendo por que no he de poder hacerlo.

—Ya he tenido bastante interrupción en mi trabajo —exclamó su padre, impaciente—. Debo proseguirlo sin demora.

—No te molestaremos, tío Quintín —intervino Dick, dominado aun por el ansia de averiguar el exacto emplazamiento del laboratorio de su tío. ¿Por que se negaba a comunicárselo? ¿Era que se sentía fastidiado por su presencia? ¿O que, en realidad, deseaba ocultarlo a la vista de todos?

Tío Quintín los condujo con firme decisión hacia la pequeña ensenada. No había duda de que intentaba echarles de la isla sin el menor disimulo.

—¿Cuando podremos volver a verte, Quintín? —pregunto su mujer.

—Hasta que yo os lo diga —contestó su marido—. No tardaré en concluir lo que tengo entre manos. ¡Anda! ¡El perro ha atrapado un conejo!

—¡Tim! —gritó Jorge, disgustada. El perro soltó de inmediato al animalillo, que se escapó a toda prisa.

Tim se acerco a su amita con la cabeza gacha.

—¡Eres un malvado! Dejo medio segundo de vigilarte y lo aprovechas para hacer una de las tuyas. No, no sacas nada lamiéndome la mano. Estoy muy enfadada contigo. De verdad.

Mientras tanto, había llegado junto al bote.

—Yo os empujaré —decidió Julián—. ¡Andando! Subid todos. Adiós, tío Quintín. ¡Espero que tu trabajo sea un éxito!

Se acomodaron en el bote. Tim trato de colocar su cabeza sobre las rodillas de Jorge, pero esta lo apartó sin miramientos.

—Jorge, por favor, se amable con él y perdónale —suplicó Ana —. Parece estar a punto de llorar.

—¿Estáis listos? —preguntó Julián—. ¿Tienes ya los remos,

Jorge? Dick, coge tú el otro par.

Y dicho esto, empujo el bote mar adentro y saltó en seguida a su interior. Puso las manos a guisa de altavoz y gritó:

—¡No te olvides de hacer las señales, tío! Estaremos pendientes de ellas por la mañana y por la noche.

—Y si te olvidas, nos tendrás aquí al día siguiente —amenazó de nuevo su mujer.

El bote se deslizó por la pequeña ensenada y tío Quintín desapareció de la vista de sus ocupantes. La barca sorteó el laberinto de rocas y pronto se halló en mar abierto.

—Julián, vigila a ver si descubres por donde se mete el tío Quintín al pasar entre las rocas —pidió Dick—. Fíjate en la dirección que toma.

Julián trató en vano de localizar a su tío. Las rocas ocultaban el paisaje y no se divisaba huella humana alguna.

—¿Por qué no nos permitió quedarnos? ¿Por qué no quiso mostrarnos su escondrijo? —preguntó intrigado Dick—. ¿Y cual es el motivo de que no hayamos logrado encontrarlo? Yo os lo diré: porque esta en un lugar que desconocemos por completo.

—¡Pero si yo creía que conocíamos hasta el ultimo rincón de mi isla…! —exclamó Jorge—. No esta bien que mi padre me lo oculte si ha descubierto un lugar secreto. ¡No puedo imaginarme donde demonios estará metido!

Tim depositó de nuevo su cabeza sobre las rodillas de Jorge, aprovechando el descuido de su amita. Se hallaba esta tan absorta pensando en el posible escondite, que no sólo aceptó al perro, sino que, sin darse cuenta, le acarició la cabeza.

Tim se sintió tan feliz que le lamió las piernas con ternura.

—¡Vaya, Tim! No pensaba acariciarte en mucho tiempo —gritó Jorge—. Y no me lamas las rodillas, que me las enfrías, ¿dónde crees tu que puede estar escondido mi padre? ¡Es algo tan misterioso!

—No me lo puedo imaginar —confesoó Dick.

Miro hacia la isla. En aquel momento, una nube de grajos se elevó por el aire graznando fuertemente.

El muchacho quedo petrificado. ¿Por qué se habrían alborotado las aves? ¿Tendría la culpa el tío Quintín? Quizás su escondrijo

estuviese situado en el rincón de la vieja torre en que moraban los grajos. Por otra parte, estos animales suelen levantar el vuelo sin razón aparente.

—Esos bichos están armando un ruido espantoso —comentó—. Puede que el escondite del tío no este lejos de donde anidan, o sea junto a la torre.

—No puede ser —protestó Julián—. La hemos registrado por entero durante el día.

—Bueno, dejémoslo ya. Se trata de un misterio —opinó Jorge en tono melancólico— y, como tal, indescifrable. Aunque confieso que es horrible saber que existe un lugar secreto en mi propia isla y que, además, me prohíban tratar de descubrirlo. ¡Es indignante!

Capítulo 6

En el acantilado

Amaneció un nuevo día, tristón y lluvioso. Los cuatro niños se vistieron sus impermeables y se colocaron sus sombreros para el agua, a fin de salir a pasear con Tim. No se sentían acobardados por el mal tiempo. Todo lo contrario. Julián afirmaba que le gustaba sentir el roce de la lluvia y el viento contra sus mejillas.

—¡Caramba! Nos hemos olvidado de este pequeño detalle. Sin sol será imposible que tío Quintín nos haga la señal con el espejo —comentó Dick—. ¿Crees que se le ocurrirá algún modo de comunicarse con nosotros a pesar de la lluvia?

—No —contestó Jorge—. Ni siquiera se preocupara en lo más mínimo. Le resultamos una pandilla muy molesta y cuanto menos nos acerquemos a él estará mas satisfecho. Esperemos a las diez y media de la noche, a ver si se acuerda de hacer la señal con la linterna.

—No se si conseguiré mantenerme despierta hasta esa hora —exclamó Ana.

—Me parece que vosotras, las chicas, no seréis capaces de no dormiros —contestó Dick—. Propongo que Julián y yo montemos guardia para vigilar y que vosotras, pequeñas, os arrebujéis en vuestras camas.

Enfadada, Jorge le pego un coscorrón.

—No nos llames pequeñas. Soy tan alta como tú.

—Es inútil que nos molestemos ahora en averiguar si el tío hace o no la señal por la mañana —opinó Ana—. Vámonos al acantilado. Hay una vista extraordinaria. El mar esta furioso y el viento sopla

fuerte. A Tim le gustara. Y a mi me encanta verlo correr con las orejas azotadas por el viento.

—¡Guau! —ladro Tim.

—Dice que a el también le gusta verte a ti con las orejas zarandeadas por el viento —tradujo Julián, muy serio. Ana soltó la carcajada.

—Eres un perfecto idiota, Julián. Vamos pronto al acantilado.

Sin mas discusión, marcharon los cinco en dirección a las rocas. Soplaba allí un vendaval impresionante. El sombrero de Ana resbalo hacia atrás y la lluvia azotaba sus mejillas. Los muchachos jadeaban a causa de su alegre lucha contra los elementos.

—Me figuro que somos los únicos capaces de salir de paseo en una mañana así —exclamó Jorge.

—Pues te equivocas —respondió Julián—. Por ahí veo a personas que se acercan.

En efecto: un hombre y un muchacho, bien resguardados por sus sombreros impermeables y que, al igual que nuestros amigos, calzaban botas altas de lluvia, venían hacia ellos. Los niños los observaron con disimulo al cruzarse. El hombre era alto y bien parecido. Tenía las cejas espesas y el gesto de su boca revelaba una gran energía. El muchacho tendría unos dieciséis años. Era también alto y guapo, incluso podría llamársele hermoso, pero una sombría expresión afeaba en parte su rostro.

—Buenos días —exclamó el hombre, saludando con una inclinación de cabeza.

—Buenos días —contestaron los cuatro a coro.

El hombre les echo una mirada, rápida y directa, mientras proseguía la marcha con su acompañante.

—¿Quienes serán? —preguntó Jorge—. Mama no dijo nada de que hubiera gente nueva por aquí.

—Sin duda, vienen paseando desde el pueblo vecino —dijo Dick —. Por lo menos, eso es lo que yo me imagino.

Olvidando el incidente, reanudaron su camino.

—Podríamos llegar hasta la casa del guardacostas y regresar por el mismo lugar —propuso Julián—. ¡Eh! Tim, no te acerques tanto a las rocas.

El guardacostas vivía en una casita blanca, que se alzaba sobre

las rocas, cara al mar. Otras dos casas se levantaban cerca, blanqueadas también con cal. Los niños conocían bien al guardacostas, un hombre de cara roja, muy orondo y amigo de bromear. Cuando se acercaron a la casa, no se le divisaba por parte alguna, mas pronto oyeron su gruesa voz entonando una canción marinera. Se dirigieron a su encuentro.

—¡Hola, guardacostas! —saludó Ana.

El levanto su mirada y sonrió a los chicos. Aparentaba hallarse ocupado en algo muy importante:

—¡Hola a todos! ¿De manera que otra vez estáis conmigo? ¡Valientes pintas estáis hechos! ¡Aparecéis cuando menos se os necesita!

—¿Que estaba usted haciendo? —preguntó Ana.

—Un molino de viento para mi nieto —contestó el guardacostas, enseñándoselo. Era muy hábil en la construcción de juguetes.

—¡Oh, es precioso! —exclamó Ana, tomando en sus manos el juguete—. ¿Giran las aspas? Si, ya lo veo. ¡Es estupendo!

—Me estoy ganando algún dinerito extra con mis juguetes —explicó el viejo, orgulloso—. Tengo vecinos nuevos, alla en la casita mas próxima. Un hombre y un muchacho. Pues bien, ese señor esta comprando todos los juguetes que fabrico. Parece tener un regimiento de hijos o sobrinos. Y me paga bien por ellos.

—Debe de tratarse del hombre y el chico que hemos encontrado —dijo Dick—. Eran altos los dos y bien parecidos. El hombre tenía las cejas muy espesas.

—Si, esos son —respondió el guardacostas manipulando en su molino de viento—. El se apellida Curton. El muchacho es hijo suyo. Llegaron hace unos quince días. Debería usted hacerse amigo de ese chico, señorito Julián. Creo que es poco más o menos de su edad. Parece sentirse muy solitario aquí.

—¿No va a ningún colegio? —preguntó Julián.

—No. El padre dice que ha estado enfermo y que necesita respirar el aire de mar y cosas por el estilo. No es mal muchacho. Viene a veces y me ayuda en la construcción de los juguetes. Le gusta, además, mirar por mi telescopio.

—A mi también me gusta mirar por ese aparato —exclamó Jorge—. ¿Puedo utilizarlo ahora? Desearía ver si se puede distinguir la

isla de Kirrin.

—Bueno —concedió el guardacostas—, aunque no creo que puedas divisar gran cosa con este tiempo… Espera un momento. ¿Ves aquel agujero entre las nubes? Pues bien, eso significa que de aquí a poco podrás ver con claridad tu isla. ¡Que cosa mas rara ha construido allí tu padre! Supongo que forma parte de sus investigaciones.

—Si —contestó Jorge—. ¡Tim! ¡Mira lo que has hecho! Has volcado el bote de pintura. Ríñale usted, guardacostas. Es un mal bicho. ¡Malo, mas que malo!

—Lo peor es que el bote de pintura no es mío —exclamó desolado el guardacostas—. Pertenece al señor Curton. Ya os dije que su hijo viene a veces a ayudarme. Trajo la pintura para una casita de muñecas que hice por encargo de su padre.

—¡Santo Dios! —exclamó Jorge, compungida—. ¿Cree usted que se enfadara cuando se entere de que Tim lo volcó?

—No tiene importancia, no creo que se moleste —aseguró el guardacostas—. Es un muchacho extraño y algo melancólico. Pero no es mal chico, aunque no parezca muy amable.

Jorge trataba de limpiar las manchas de pintura. Tim tenía las patas empapadas en ella e iba dejando huellas verdes por donde caminaba.

—Le diré al muchacho que lo siento si lo encontramos en el camino de regreso —dijo—. Y tu, Tim, si vuelves a acercarte al bote de pintura, no dormirás esta noche en mi cama.

—El tiempo ha mejorado —intervino Dick—. ¿Podemos echar una ojeada por el telescopio?

—Déjame a mi primero —ordenó Jorge—. Quiero ver mi isla.

Dicho y hecho. Jorge enfoco el telescopio hacia la isla de Kirrin, observando muy seria hasta que una sonrisa ilumino su cara.

—Si, la distingo muy bien. Allí esta la torre que hizo levantar mi padre. Incluso veo con toda claridad la plataforma de vidrio. No hay nadie dentro. Desde luego, tampoco localizo rastro de mi padre por ninguna parte.

Cada uno de ellos fue mirando por turno, gozando del placer de servirse del telescopio. Resultaba fascinante contemplar la isla tan cerca en apariencia. En un día claro, sería mucho mas fácil

diferenciar todos los detalles.

—Veo correr un conejo —gritó Ana cuando le toco la vez.

—No dejéis de vigilar a vuestro perro mientras utilizáis el telescopio —observo riendo el guardacostas—. Sería capaz de correr tras el conejo.

Tim irguió sus orejas al oír la palabra conejo. Comenzó a mirar y a husmear por todas partes. No, no había conejos por allí. Entonces, ¿por que la gente hablaba de ellos?

—Será mejor que regresemos ya —propuso Julián—. Hemos de volver otras veces en plan de paseo para ver los juguetes que construye. Y muchas gracias por dejarnos mirar por el telescopio.

—Siempre seréis bien recibidos —contestó el viejo—. Y en cuanto al telescopio, no creo que se desgaste porque vosotros lo empleéis un rato. Venid siempre que os apetezca.

Tras un «¡Adiós!» colectivo, se marcharon los cuatro, con Tim correteando a su alrededor.

—¿Verdad que se podía ver muy bien la isla? —preguntó Ana—. Me habría gustado descubrir donde estaba tu padre, Jorge. ¿No sería formidable pescarle desde aquí en el momento de salir de su escondite secreto?

Desde que se vieron forzados a abandonar la isla, los cuatro habían discutido sin cesar sobre este misterio. Les intrigaba muchísimo. ¿Cómo era posible que el padre de Jorge conociera un escondite que ellos ignoraban? ¿Acaso no habían recorrido la isla centímetro a centímetro? Además, tenía que tratarse de un escondrijo grande, para que pudiese contener todos los instrumentos del laboratorio. Según la madre de Jorge, habían llevado mucho material a la isla, sin contar con la reserva de víveres, que también ocupaba bastante espacio.

—Si mi padre conoce un lugar que yo no sé y no me lo revela, desde ahora lo considerare un tío fresco —exclamó Jorge, repitiéndolo hasta la saciedad—. Y opino así, porque se trata de mi isla.

—Bueno —dijo Julián, conciliador—. Probablemente te lo enseñara tan pronto como concluya su trabajo. Entonces nos lo dirá e iremos a explorarlo todos juntos, esté donde esté.

Caminaban por el acantilado, ya en el camino de regreso,

después de abandonar la casita del guardacostas, cuando divisaron al chico con quien se habían cruzado antes. Permanecía solo en el sendero mirando hacia el mar. Se volvió cuando los chicos se acercaron y marco algo como una leve sonrisa.

—¡Hola! —dijo—. ¿Habéis ido a ver al guardacostas?

—Si —contestó Julián—. Es un viejo simpático, ¿verdad?

—Escucha —dijo Jorge—. He de pedirte perdón, porque mi perro se puso a jugar con tu bote de pintura verde y lo volcó. ¿Puedo pagarte su importe?

—¡Por Dios! ¡No! ¡Ni hablar! —aseguró el muchacho—. No tiene la menor importancia. De todas maneras, ya quedaba muy poca pintura. Este perro vuestro es estupendo.

—Ya lo creo —respondió Jorge, complacida—. Es el mejor perro del mundo. Hace años que lo tengo y sigue tan joven como el primer día.

—De verdad es muy bonito —exclamó el muchacho. Sin embargo, se abstuvo de acariciarlo, cosa que acostumbraba hacer todo el mundo.

Por su parte, Tim se mantuvo junto a su ama, sin hacer el menor signo de amistad o desvío hacia el chico.

—Es una isla interesante —prosiguió el muchacho, apuntando hacia Kirrin—. Me gustaría visitarla.

—¡Es mi isla! —exclamó Jorge, orgullosa—. Es de mi exclusiva propiedad.

—¿Es verdad eso? —preguntó el chico con gentileza—. Entonces será fácil que me dejes ir algún día, ¿no?

—Si, aunque no por el momento —contestó Jorge—. Ahora la ocupa mi padre con sus trabajos actuales. Es científico y un gran sabio, según opina todo el mundo.

—¿De veras? —volvió a decir el muchacho—. ¿Esta realizando algún nuevo experimento?

—Si —replicó la chica.

—¡Ah! Y aquella extraña torre forma parte de sus instrumentos —dijo el chico mostrándose muy interesado—. ¿Cuando terminara su nueva investigación?

—Bueno, ¿es que te interesa mucho a ti eso? —indago Dick con cierta impertinencia, cosa extraña en el.

El otro chico se lo quedó mirando sorprendido y se apresuro a afirmar:

—¡Oh, no! No es que me interese mucho. Solo que pensé que si el trabajo se terminaba pronto, tu hermano podría llevarme a su isla.

Jorge no pudo evitar sentirse satisfecha. ¡Aquel muchacho creía que era un chico! Jorge siempre se mostraba amable con los que cometían la equivocación de tomarle por un muchacho.

—Desde luego, prometo llevarte —dijo—. Y espero no tardar mucho. El experimento casi ha terminado.

Capítulo 7

Una pequeña discusión

Un súbito rumor hizo volver la cabeza a los muchachos. Eran los pasos del señor Curton, que se aproximaba en aquel momento. Saludo a los chicos.

—¿Os hacéis amigos? —preguntó amablemente—. Me alegro mucho. Mi hijo se siente muy solo aquí. Espero que vendréis a visitarnos a menudo. ¿Has terminado ya la conversación, hijo?

—Si —contestó el muchacho—. Este chico me decía que aquella isla es suya y que me llevara allí en cuanto su padre termine el trabajo que esta realizando en ella. Y no será muy largo.

—¿Y tu conoces el camino para llegar allí entre tanto arrecife? —preguntó el hombre—. Yo no me atrevería a intentarlo por mi cuenta. El otro día estuve charlando con los pescadores. No parece que ninguno sienta el menor interés por acercarse a la isla, dado lo difícil que es el camino.

¡Esto era asombroso! Los chicos sabían que alguno de los pescadores conocían muy bien el camino. De pronto, recordaron lo que el tío Quintín les había contado acerca de su prohibición a los pescadores de conducir a nadie allí mientras el estaba trabajando. Se comprende que ellos tratasen de despistar, asegurando que ignoraban el camino, a fin de no verse forzados a revelar las órdenes recibidas al respecto.

—¿Es que usted desea ir a la isla? —preguntó Dick en tono brusco.

—No. No tengo el menor interés. Pero a mi hijo si le gustaría ir —contestó el hombre—. Por mi parte, no tengo ningunas ganas de

marearme con la marejada que rodea la isla. Confieso que soy mal marinero y nunca me embarco si puedo evitarlo.

—Bien, tenemos que irnos —dijo Julián—. Hemos de hacer aun varias compras para nuestra tía.

—Visitadnos tan pronto como podáis —invitó el hombre—. Tenemos una esplendida televisión que a Martín le gustaría enseñaros. Venid cualquier tarde que no tengáis que hacer.

—Gracias —dijo encantada Jorge, que no tenía televisión—. Iremos con mucho gusto.

Padre e hijo se retiraron hacia su casa, y los cuatro niños, con Tim, continuaron el camino por el acantilado.

—¿Por que te has portado de un modo tan grosero, Dick? —preguntó Jorge—. El tono en que has preguntado si le interesaba mucho sonaba casi insultante.

—Es que…, me estaba escamando. En fin, sentí sospechas, eso es todo —replicó Dick—. El chico parecía tan interesado por la isla y por el trabajo de tu padre que me sentí molesto. Sobre todo, al preguntar cuando terminaría sus experimentos.

—¿Y por que no habría de interesarse por ello? —preguntó Jorge—. El pueblo entero esta interesado. Todos saben lo de la torre, pues es bien visible. Y los niños sienten gran curiosidad por saber cuando se podrá visitar la isla. No es nada raro que deseen saber cuando se terminara el trabajo de papa. A mí, este chico me ha caído muy simpático.

—A ti te ha sido simpático solo porque es lo bastante burro para equivocarse y pensar que eras un chico —dijo Dick, rabioso—. ¡Menuda pinta de muchacho tienes tú! ¡Pero si se ve a la legua que eres una mujer!

Jorge estalló, llena de enfado:

—¡No seas imbécil! ¡Que mas quisieras tú que tener tantas pecas como yo, las cejas tan gruesas y la voz tan profunda como la mía!

—No eres más que una niña ridícula —gruñó Dick—. ¡Como si tener pecas fuera cosa de muchachos! Las tienen tanto las chicas como los chicos. Además, yo no creo que te haya tornado de verdad por un muchacho, sino que se ha propuesto darte coba. Debe de haber oído hablar de lo mucho que te gusta hacerte pasar por lo que no eres.

Jorge se acerco a Dick con una mirada tan furiosa y amenazadora que Julián se interpuso:

—¡Nada de peleas! —ordenó—. Los dos sois demasiado mayores para pegaros como unos chiquillos. Os voy a decir lo que estáis haciendo. Os estáis portando como unos mocosos, en vez de hacerlo como unos muchachos mayores, que es lo que ya sois.

Ana sentía sus ojos llenos de lagrimas ante aquella desagradable escena. Jorge no solía llegar nunca a tal extremo y Dick se portó de forma muy tonta al hablar con aquella rudeza al muchacho desconocido en el acantilado.

Tim soltó un pequeño aullido. Tenía el rabo encogido y presentaba el aspecto de un perro apaleado.

—¡Oh!, Jorge, Tim no puede resistir que te pelees con Dick —gritó Ana—. Mira que triste está.

—A él no le ha gustado tampoco ese chico —remachó Dick—. Eso ha sido una de las cosas que me ha puesto en guardia. Cuando a Tim no le gusta una persona, tened la seguridad de que a mí tampoco me gusta.

—Tim no corre nunca hacia desconocidos —excusó Jorge—. Ni gruño, ni enseñó los dientes porque… —Se interrumpió ante un gesto de Julián—. Está bien, Julián, terminaré la pelea, aunque pienso que el comportamiento de Dick ha sido absurdo. Hace una montaña de un grano de anís. Total, solo porque alguien se muestra interesado por la isla de Kirrin y por el trabajo de papá. Y porque Tim no le ha hecho carantoñas. El aparenta ser una persona muy seria. No me sorprende que el perro comprenda que no esta dispuesto a dar ni a recibir caricias. Lo mas probable es que se diera cuenta de que al chico no le agradarían sus halagos. Tim es tan listo como para descubrirlo con una sola mirada.

—¡Bueno, cállate de una vez, por favor! Me doy por vencido —gritó Dick—. Confieso que quizás me haya equivocado. ¡No hablemos más de ello! No pude reprimir mis sospechas. ¡Basta ya! Me arrepiento de haber levantado la liebre. He metido la pata, por lo visto.

Ana soltó un suspiro de manifiesto alivio. La pelea había concluido. Esperaba que no se reprodujera. Jorge se había vuelto muy quisquillosa desde que habían llegado a Kirrin. Ojalá tío

Quintín se diera prisa en terminar su trabajo. Así ellos podrían ir a la isla siempre que les apeteciera y todos se sentirían felices como antes.

—Me gustaría ir a su casa para ver la televisión. Nos han invitado a ir una tarde —exclamó Jorge.

—No me parece mal —aceptó Julián—. Sin embargo, creo que ante todo sería mejor ponernos de acuerdo en evitar cualquier conversación sobre el trabajo de tu padre. No es que conozcamos mucho sobre sus experimentos. No obstante, no debemos olvidar el peligro de que se hagan públicas sus teorías. Alguna vez nos han hablado ya de ciertas personas que darían algo por descubrir sus secretos. El trabajo de los científicos es cosa sagrada en nuestros días. Tú lo sabes bien, Jorge. Los sabios son G. M. I.

—¿Qué significa eso de G. M. I? —pregunto Ana.

—Gente Muy Importante, tonta —contestó Julián, soltando la carcajada—. ¿Que pensabas que quería decir? ¿Granate, morado, índigo? Apuesto a que esos serían los colores que le saldrían a la cara al tío Quintín si se enterase de que alguien intenta meter las narices en sus secretos.

Todos se echaron a reír, incluso Jorge. Miraba a Julián con gran cariño. ¡Siempre estaba de tan buen humor y era tan comprensivo! ¡Verdaderamente, valía la pena seguir su consejo!

El día transcurría de manera muy agradable. El tiempo mejoró y el sol acabó por triunfar sobre los nubarrones, brillando al fin con toda su fuerza. El aire olía a retama, a prímulas y a mar salada. ¡Era estupendo!

Muy alegres marcharon hacia el pueblo con objeto de cumplir los encargos de tía Fanny. Se detuvieron un rato a charlar con Jaime, el hijo del pescador.

—Su padre se ha apoderado de su isla, señorita Jorge —dijo sonriendo—. ¡Mala suerte para usted! Ahora no podrá ir allí a menudo. No permite que se acerque nadie, según he oído decir.

—Así es —contestó Jorge—. Están prohibidas las visitas por una temporada. ¿Ayudaste tú a llevar sus cosas hasta allí?

—Si. Soy el que mejor conoce el camino de tanto acompañarla a usted. Así que le ayude a instalarse —respondió Jaime—. Y bien, señorita, ¿como encontró ayer la barca? La cuide y limpie en su

ausencia lo mejor que pude.

—Si, Jaime, estaba de verdad muy limpia y cuidada —exclamó cálidamente Jorge—. Parecía nueva. Has de venir con nosotros la próxima vez que vayamos a la isla.

—Gracias —dijo Jaime, enseñando sus blancos dientes al sonreír —. ¿Me dejara usted a Tim durante una semana o dos? El perro me quiere mucho y desea estar conmigo.

Jorge se echo a reír, pues sabía que Jaime hablaba solo broma. Cierto que quería mucho a Tim, y, a su vez, el perro sentía gran cariño por él. En este momento se enredaba entre las piernas del pequeño pescador, tratando de meter el hocico entre sus curtidas manos. Tim no podría olvidar nunca la temporada en que Jaime le había cuidado.

El anochecer había llegado. La bahía tomo un suave color azul, salpicado de blancas crestas de espuma. Los cuatro muchachos miraron hacia la isla de Kirrin, que a esa hora mostraba siempre un aspecto fantástico.

El remate de vidrio de la torre brillaba y relucía a los rayos del sol poniente. Incluso parecía como si alguien hiciese señales luminosas. Sin embargo, no aparecía persona alguna en el interior del pequeño cuarto acristalado. En tanto los niños se hallaban abstraídos en su contemplación, oyeron un extraño rumor. De pronto, el remate de la torre apareció recubierto por un singular resplandor.

—¡Mirad! Es lo mismo que ocurrió ayer. Lo mismo, idéntico —grito Julián, excitado—. Tu padre esta trabajando sin novedad. ¡Que lastima ignorar que es lo que hace!

Se produjo un nuevo sonido, ronroneante como el de un avión, y el remate de vidrio de la torre resplandeció una vez más, cuando los alambres emitieron una extraña luz.

—¡Caramba! Es impresionante —dijo Dick—. ¿Dónde estará tu padre en este momento, Jorge? Daría cualquier cosa por saberlo.

—Apuesto a que se ha vuelto a olvidar de la comida —comentó Jorge—. Si no se hubiera engullido ayer nuestros bocadillos, se habría muerto de hambre. Lamento que no permita a mamá que se presente en la isla para cuidarle.

En aquel momento se acercó a ellos su madre:

—¿Habéis oído un ruido? —preguntó—. Ya esta papa trabajando otra vez. ¡Dios mío! Espero que no le ocurra nada malo.

—Tía Fanny, ¿me dejas quedarme levantada hasta las diez y media? —preguntó Ana, esperanzada—. Me daría mucha alegría ver la señal de tío Quintín.

—¡Ni hablar! —contestó la tía—. Todo el mundo se irá a la cama. Yo misma vigilaré.

—¡Pero tía Fanny! —dijo Julián—. Dick y yo estamos acostumbrados a permanecer de pie hasta tarde. Recuerda que en el colegio nos acostábamos a las diez.

—Si. Pero esto no es a las diez, sino a las diez y media, y después todavía tenéis que desnudaros y acostaros, lo que significa media hora mas —respondió tía Fanny—. Lo único que puedo permitiros es que os acostéis y procuréis no dormiros hasta esa hora, si es que el sueño no os vence.

—Si, tía, si, así lo haremos —dijo Julián—. Precisamente desde mi ventana puede verse muy bien la isla de Kirrin. Quedamos en seis centelleos con una linterna, ¿verdad? Los contare con todo cuidado.

Por consiguiente, los cuatro se acostaron a la hora de costumbre. Ana se durmió mucho antes de las diez y media. Jorge se hallaba tan soñolienta cuando llego la hora, que no se sintió con ánimos para levantarse y acudir a la habitación de los muchachos. En cambio, Dick y Julián se mantuvieron despiertos hasta aquella hora, tumbados en sus camas y oteando por la ventana. La luna no había salido, pero el cielo estaba claro y las estrellas fulguraban con pálido resplandor. El mar aparecía envuelto por la oscuridad. No obstante, se vislumbraba la isla allá lejos, perdida en medio de las tinieblas de la noche.

—Ya son las diez y media —observó Julián consultando su reloj, que tenía la esfera luminosa—. Adelante, tío Quintín, ¿a qué esperas?

Como si su tío hubiese escuchado sus palabras, una luz brilló en aquel momento sobre el remate de vidrio de la torre. Era una luz pequeña, aunque resplandeciente y clara como la de un faro. Julián empezó a contar:

—Primer centelleo, pausa, segundo, otra pausa, tres, cuatro,

cinco y… ¡seis! ¡Se terminó la señal! —Julián se arrebujo en la cama y añadió—: Bueno, podemos dormir tranquilos. El tío Quintín se encuentra bien. Es impresionante pensar que tiene que encaramarse el solo por aquella peligrosa escalera de caracol, tan estrecha, en medio de una noche tan oscura, para observar aquellos extraños alambres.

—¡Hum…! —gruñó Dick medio dormido—. Prefiero que lo haga él que no yo. Tú puedes hacerte científico si quieres, cuando seas mayor, Julián. Lo que es yo, no tengo ningún deseo de trepar por torres de noche ni de vivir en islas solitarias. Al menos, si no tengo a Tim conmigo.

En aquel momento, alguien golpeo a la puerta y la abrió. Era tía Fanny. Julián se incorporó.

—Julián, querido, ¿viste las señales? Me olvide de contarlas. ¿Fueron realmente seis?

—Si, tía Fanny. Hubiera bajado a decírtelo de advertir algo anormal. El tío esta bien. No te preocupes.

—¡Quisiera haberle pedido una señal extra para que me dijera si ha comido algo de lo que le deje! —exclamó su tía—. En fin. Debo contentarme con saber que todo marcha bien. Ahora, buenas noches, Julián. ¡Que duermas bien!

Capítulo 8

En la cantera

Un nuevo día hizo su aparición sobre Kirrin, sin nubes y con un brillante sol. Los cuatro primos bajaron con gran euforia a desayunarse.

—Tía Fanny, ¿podemos bañarnos hoy? Hace bastante calor.

—¡Ni pensarlo! ¿A quién se le ocurre hablar de bañarse en abril? —respondió escandalizada tía Fanny—. ¿No comprendéis que el mar esta todavía muy frió? ¿O es que os apetece pasar el resto de las vacaciones constipados?

—Bueno, esta bien. Entonces iremos de paseo hasta los pantanos, por detrás de «Villa Kirrin» —propuso Jorge—. A Tim le gustara, ¿verdad que si, Tim?

—¡Guau! —contestó el perro, meneando el rabo con tanta fuerza que aporreo el suelo.

—Llevaos comida, si os parece oportuno —aconsejó su madre—. Os empaquetaré algunas provisiones.

—Ya puedes estar contenta por verte libre de nosotros durante un buen rato, tía Fanny —dijo Dick riendo—. Ya sé con lo que nos vamos a entretener. Iremos a la vieja cantera y buscaremos restos prehistóricos. Tenemos una buena colección en el colegio y me gustaría aportar puntas de flecha o alguna pieza de la época de los hombres de las cavernas.

A todos les satisfacía este tipo de búsquedas. Sería divertido pasear por la cantera abandonada y cobijarse en sus huecos. ¡Se estaba muy bien allí!

—Espero que esta vez no tropecemos con un carnero muerto,

como nos ocurrió una vez —dijo Ana estremeciéndose—. ¡Pobre animal! Debió de caer por el barranco y se hartaría de balar pidiendo ayuda hasta que se murió.

—¡Sería mala pata repetir el hallazgo! —exclamó Julián—. Pero no te preocupes. Seguro que encontraremos grandes cantidades de prímulas y violetas, de las que crecen por las laderas de la cantera. Allí florecen antes, por que están resguardadas de todos los vientos.

—Me gustaría que me trajerais un gran ramo de prímulas —manifestó su tía—. Las suficientes para llenar todos los jarrones de la casa.

—Pues claro que te las traeremos —aseguró Ana de inmediato—. Mientras los chicos buscan hachas de silex nosotras recogeremos las prímulas para ti. ¡Me gusta tanto hacer ramos de flores!

—Y Tim, por su parte, se dedicara a cazar conejos. Espero que cace los suficientes para que te quede la despensa repleta —prometió Dick con toda solemnidad.

Tim le miro sorprendido y luego asintió con un convincente:

—¡Guau!

Aguardaron a que tío Quintín hiciera las señales correspondientes a la mañana. Se produjeron con toda puntualidad: seis destellos obtenidos mediante un espejo enfocado hacia el sol. Casi cegaban.

—Es algo estupendo esto de la heliografía —comentó Dick—. ¡Buenos días, tío Quintín, y adiós! Volveremos a estar a la espera esta noche. ¿Todos listos ahora?

—Si, vamos, Tim. ¿Verdad que el sol calienta mucho? ¿Quien lleva los bocadillos?

Se pusieron en marcha. A pesar del buen tiempo, no prescindieron de sus chaquetas ni de las botas de agua. En cambio, no llevaron sus gorros. Seguro que haría un día magnifico.

La cantera no se hallaba demasiado lejos. Tan solo a unos cuatrocientos cincuenta metros. Dieron un rodeo para que Tim pudiera estirar las patas. Luego se dirigieron al lugar prefijado.

Era un sitio muy curioso. En alguna época se habían extraído de ella sillares para la construcción. Mas tarde fue abandonada. Ahora, sus cortes aparecían cubiertos por malas hierbas, arbustos y plantas de todas clases. Sobre los lugares arenosos crecían brezos. Los

bordes de la cantera constituían verdaderos precipicios en pequeño y el lugar era muy poco concurrido. No había trazado un solo camino.

La cantera tenía la forma de una especie de olla vacía, irregular en alguna de sus partes. En aquellos días en que las prímulas abrían sus pétalos bajo el cielo azul se mostraba llena de colorido. Las violetas florecían a miles y originaban un delicioso contraste con el blanco de las otras flores. También comenzaban a brotar las velloritas, las primeras en toda la comarca.

—¡Es maravilloso! —suspiro Ana, deteniéndose en el borde de la cumbre y mirando hacia abajo—. Es sencillamente super. ¡Nunca en mi vida vi tantas prímulas juntas y de tan gran tamaño!

—Ten cuidado por donde andas, Ana —advirtió Julián—. Estas laderas son muy escarpadas. Si pierdes pie, rodaras hacia abajo, hasta el fondo. Seguro que te romperías una pierna o un brazo.

—¡No tengas miedo! Voy con cuidado —contestó Ana—. Además, si me caigo soltaré la cesta y así dispondré de las dos manos para agarrarme a los arbustos. Voy a llenar la cesta hasta arriba de prímulas y violetas.

Para trabajar con mayor comodidad, lanzó la cesta por la ladera. Cayo rodando, dando tumbos hasta el fondo de la cantera.

Julián y Dick descendieron hasta los lugares escogidos para su investigación en los huecos de las piedras.

Los niños se encaminaron en seguida a la parte llana, para recoger flores. Los muchachos creían que llegarían a encontrar algunos silex. Se sentían verdaderos arqueólogos.

—¡Hola! —dijo una voz desde el fondo del barranco. Los cuatro se pararon sorprendidos. Tim soltó un ladrido.

—¿Cómo? ¿Eres tú? —gritó Jorge, reconociendo al muchacho que habían conocido la víspera en el acantilado.

—Si. Me parece que no sabéis mi nombre. Me llamo Martín Curton.

Julián le comunicó, a su vez, sus respectivos nombres.

—Hemos venido a almorzar en el campo —continuó— y para ver si hallamos utensilios prehistóricos. ¿A que has venido tú?

—¡Oh, también a buscar silex! —respondió Martín.

—¿Has localizado alguno? —preguntó Jorge.

—No, todavía no.

—Ahí abajo no encontrarás ninguno —intervino Dick—. En donde crecen las velloritas, seguro que el terreno es arenoso, por lo que es inútil buscar armas de piedra. Ven con nosotros. Aquí el suelo esta liso y seco y hay hoyos.

Se veía que Dick intentaba ser amable para borrar la impresión del día anterior. Martín se acerco a ellos y comenzó a escarbar en compañía de los otros muchachos.

Ellos se habían preocupado de equiparse con picos y otras pequeñas herramientas. El forastero no disponía mas que de sus manos.

—¿No os parece que hace mucho calor aquí abajo? —exclamó Ana—. Me voy a quitar la chaqueta.

Tim había metido la cabeza y medio cuerpo en una madriguera de conejos. Escarbaba con vehemencia, arrojando la tierra tras de si.

—¡Caracoles! No os acerquéis a Tim si no queréis veros enterrados en vida —exclamó riendo Dick—. ¡Eh, Tim! ¿Tú crees que vale la pena tomarse tanto trabajo por un conejo?

Por lo visto, el perro pensaba que si valía la pena, porque, resoplando como una locomotora, continuaba su excavación con extraordinario ímpetu.

Una piedra salió disparada de pronto por los aires y fue a caer justo encima de Julián. Este se frotó la mejilla. Luego miró el proyectil que yacía a su lado y soltó una exclamación.

—¡Caramba! ¡Una estupenda punta de flecha! Gracias, Tim, eres muy amable por dedicarte a excavar para mí. Ahora quisiera un hacha de piedra, ¿puedes proporcionármela?

Los demás se acercaron para mirar el silex hallado.

Ana pensó que nunca llegaría a saber distinguir una piedra de otra. Pero Julián y Dick estaban entusiasmados con el hallazgo.

—¡Un ejemplar magnifico! —exclamó Dick—. ¡Mira como ha sido afilado, Jorge! ¡Y pensar que sirvió hace millares de años para dar muerte a los enemigos de un hombre de las cavernas!

Martín no hizo el menor comentario. Miró en silencio la punta de lanza, que en verdad constituía un ejemplar intacto y extraordinario, y luego dio media vuelta. Dick pensó que era un

tipo raro, algo estúpido y extravagante. Dudaba si les convendría invitarle o no a compartir su almuerzo. Al final decidió que seria mejor no hacerlo.

Jorge no opinaba igual.

—¿También tu piensas merendar aquí? —pregunto.

Martín negó con la cabeza:

—No, no he traído ni un bocadillo.

—Bueno, si es por eso, no te preocupes. Nosotros tenemos en abundancia. Quédate y te daremos lo que gustes.

—Gracias, es muy gentil por vuestra parte —respondió el chico — acepto a condición de que, al regreso, vengáis a casa a ver la tele.

—Si, iremos con mucho gusto —dijo Jorge—. Así tendremos un día completo. Ana, mira esas violetas. Jamás vi tantas. Y son de los dos colores, morado y blanco. ¡Como se alegrara mama!

Fueron descendiendo poco a poco, excavando los tres muchachos con sus picos en todos los rincones apropiados. Al fin llegaron a un lugar en el que sobresalía una gran peña, muy a propósito para sentarse a comer. Daba el sol y la superficie de la piedra estaba caliente. Resultaría muy grato sentarse sobre ella. Además, era bastante llana para colocar encima los vasos y platos, sin peligro de que se volcaran.

A las doce y media se pusieron a comer. Estaban hambrientos. Martín acepto los bocadillos que le ofrecieron y se fue volviendo cada vez mas amable y hasta locuaz.

—Son los mejores bocadillos que he comido en mi vida —dijo—. Los que más me gustan son estos de sardina. ¿Los ha preparado vuestra madre? También yo quisiera tener madre. La mía murió hace tiempo.

Se produjo un silencio lleno de simpatía. Los muchachos no podían imaginar que le pudiera suceder algo peor a nadie. En el acto, brindaron a Martín los mejores manjares y las galletas más grandes.

—¡Vi a vuestro padre haciendo señales! —exclamó Martín de pronto, entre bocado y bocado.

Dick alzo en gesto rápido la cabeza:

—¿Como sabes que hacia señales? —preguntó—. ¿Quien te lo

dijo?

—¡Nadie! —contestó el chico—. Me fije en que eran seis destellos y pensé que solo podía tratarse del padre de Jorge.

El agrio comentario de Dick le había sorprendido. Julián dio un codazo a Dick a fin de prevenirle que no volviese a las andadas y Jorge puso mala cara.

—Supongo que también esta mañana habrás visto las señales de mi padre —dijo a Martín con gran amabilidad—. Supongo que multitud de personas percibirán sus seis destellos. Cada mañana, a las diez y media, nos heliografía con un espejo, para darnos a entender que sigue bien. Lo mismo hace por la noche, exactamente a la misma hora, con una linterna.

Ahora le toco el turno a Dick de fruncir el entrecejo. ¿Por que tenía que dar tantos detalles? ¡No era necesario! Estaba seguro que lo hacía para vengarse de sus bruscas palabras de un poco antes. Trato de cambiar la conversación.

—¿A que colegio vas?

—No voy a ninguno —respondió el muchacho—. He estado enfermo.

—Bueno, ¿pero a cual ibas antes de tu enfermedad?

—Tenía un preceptor. Nunca fui al colegio.

—¡Mala suerte! —se condolió Julián.

El siempre había opinado que era muy triste no poder ir al colegio, ni disfrutar de los juegos y trabajos de la vida escolar. Miro a Martín con curiosidad. ¿Seria uno de esos chicos retrasados, que no alcanzaban a seguir a los demás y necesitan profesores particulares? Sin embargo, no parecía tonto. Quizás algo raro, pero listo.

Tim permanecía echado entre los chicos, sobre la gran piedra caliente. Obtuvo su correspondiente parte de bocadillos, si bien racionada a causa de poder obsequiar a Martín. Su comportamiento hacia el chico nuevo era muy extraño. Aparentaba ignorarlo. Como si no estuviese presente.

También Martín afectaba ignorar a Tim. No le hablaba ni le acariciaba. Ana se sentía convencida de que a Martín no le gustaban los perros. De otra manera, no lo comprendía. ¿Como podía estar junto a Tim sin hacerle una sola caricia?

El perro ni siquiera le miraba. Se había echado de espaldas a él, apoyando la cabeza en la falda de Jorge. La cosa habría podido parecer divertida si no fuese desagradable. Al fin y al cabo, Jorge se dirigía a Martín en tono afectuoso y todos compartían su comida con el. Tim, en cambio, se portaba como si el chico no existiese.

Ana se disponía a hacer una observación sobre el mal comportamiento del perro, cuando este soltó un gruñido, se levantó y saltó de la roca.

—Se va otra vez a cazar conejos —explicó Julián—. ¡Eh, Tim! A ver si encuentras otra punta de flecha.

Tim meneo el rabo y desapareció bajo el saliente de la roca. Hasta ellos llegaba el ruido que producía al escarbar. Una nube de piedras y arena se levantaba desde el lugar donde se hallaba.

Sintiéndose soñolientos tras la comida, los chicos se tumbaron para echar una siestecita. Conversaron todavía unos minutos, pero Ana notaba que se le cerraban los ojos. La despertaron los gritos de Jorge:

—¿Dónde está Tim? ¡Tim, Tim, ven aquí!, ¿Donde te has metido?

Pero el perro no aparecía por ninguna parte. Ni siquiera se oyó un ladrido como respuesta.

—¡Hay que ver! Seguro que se ha metido en una madriguera muy profunda. Tim, ¿dónde estás?

Capítulo 9

Jorge hace un descubrimiento y pierde los estribos

Jorge se había deslizado de la roca. Miro debajo del saliente y descubrió allí una gran abertura. Todo a su alrededor aparecía sembrado de las piedras que Tim había lanzado escarbando.

—Seguro que has encontrado una madriguera bastante grande para esconderte por completo. Vamos, Tim, contéstame, ¿estas ahí metido?

Nada se oyó. Ni un ladrido, ni un lamento. Ni el más leve sonido broto del agujero. Jorge trato de reptar para introducirse en el interior del agujero. El perro había dejado allí señales de su paso. Al fin Jorge se dirigió a Julián:

—Julián, tírame tu pala, por favor.

El utensilio cayó de inmediato a sus pies. La niña comenzó a escarbar. La entrada era suficientemente grande para Tim, pero no para ella.

Prosiguió su trabajo hasta que empezó a sudar. Entonces volvió a salir del agujero y miró por encima de la roca, para ver si alguno estaba dispuesto a ayudarla. Todos se habían vuelto a dormir.

«Gandules», pensó Jorge, olvidando que también ella se disponía a echar la siesta cuando se dio cuenta de la ausencia de Tim.

Volvió a deslizarse bajo la roca y se dedicó a ensanchar el agujero, blandiendo esta vez la pala con todas sus fuerzas. Pronto logró la abertura suficiente para poder pasar.

Una vez atravesada la angosta entrada, quedo sorprendida al hallar una especie de pasadizo, muy largo. Era posible avanzar a

gatas por el.

«Me extrañaría mucho que esto fuera una madriguera de animales. Parece mas bien un camino secreto que conduce a alguna parte», pensó Jorge.

—¡Tim! ¿Donde estas? —chilló de nuevo.

Procedente de algún lugar en la profundidad de la cantera, percibió un lejano lamento. Respiro aliviada. Por fin Tim daba señales de vida después de tanto rato.

Se adelanto un poco más. De súbito, advirtió que el túnel se hacia amplio y alto de techo. No cabía duda de que se trataba de un pasadizo. Reinaba una completa oscuridad, por lo que debía avanzar tanteando, ya que la vista no le servía de ninguna utilidad.

Percibió un ruido, algo así como unas pisadas rozando el suelo, y al momento Tim se lanzo contra sus piernas, gimiendo.

—¡Oh, Tim! ¡Que susto me has dado! ¿Dónde estuviste? ¿Qué es esto? ¿Un pasadizo o un túnel excavado en la cantera por los obreros? ¿Viven ahora animales en él?

—¡Guau! —ladró Tim, mientras tiraba del pantalón de Jorge para hacerla retroceder hacia la luz del día.

—¡Está bien! Ya voy —dijo Jorge—. No te vayas a imaginar que tengo ganas de pasearme por ahí, en la oscuridad. Solo entré para buscarte.

Y dicho esto, emprendieron los dos el camino de retroceso hacia la salida. Entre tanto, Dick se había despertado. Se extrañó al no ver a su prima. Espero unos minutos, mirando hacia el cielo, tan brillante y hermoso, todavía medio dormido. De pronto, se levanto de un salto.

—¡Jorge! —grito. Pero no obtuvo contestación.

En consecuencia, Dick se deslizó a su vez por la roca y echó una mirada a su alrededor. Ante sus sorprendidos ojos aparecieron por el agujero abierto debajo de la roca, primero Tim y luego Jorge, gateando para poder atravesarlo.

Se quedo boquiabierto. La niña se echo a reír.

—Todo marcha bien, Dick, no te asustes. Tim y yo estuvimos cazando conejos —exclamó la chica, levantándose y sacudiéndose la tierra del jersey y los pantalones. Después, añadió—: Hay un pasillo detrás de esa pequeña cueva. Primero es un túnel estrechito, como

la entrada a una madriguera de animales. Luego se ensancha y se convierte en un amplio pasadizo. No pude ver adonde conduce, desde luego, porque no tenía luz, pero Tim volvió de su interior y debe de haber llegado muy lejos, según la distancia a que sonó el gemido al llamarle.

—¡Carambola! —exclamó Dick—. ¡Que emocionante!

—¿Te parece que lo exploremos? —propuso Jorge—. Espero que Julián se haya traído su linterna.

—No —contestó—. Hoy ya no podremos hacerlo.

Los otros se habían despertado y prestaban atención al dialogo de los dos primos.

—¿De que habláis? ¿Es cierto que habéis encontrado un pasaje secreto? —preguntó Ana, intrigada—. ¿Lo excavaremos?

—No, ¡hoy no! —repitió Dick mirando a Julián.

Este adivino en seguida que Dick no deseaba compartir el secreto con su nuevo compañero. Tenía razón. ¿Por que habían de hacerlo? No era un auténtico amigo y acababan de conocerlo. Hizo una señal de asentimiento a Dick y dijo:

—No, no lo exploraremos hoy. Seguro que carece de importancia. No es más que un trozo de túnel excavado por los hombres de la cantera.

Martín, que escuchaba con mucho interés, se dirigió a echar una ojeada por el agujero.

—Me gustaría explorarlo a mí también —manifestó—. Si queréis, nos juntaremos aquí otro día con las linternas, para averiguar si hay o no camino por el pasadizo.

Julián miro su reloj:

—Son casi las dos. Bueno, Martín, si hemos de ver el programa de las dos y media en tu tele, tendremos que ponernos ya en camino.

Así lo hicieron. Llevando las cestas llenas de prímulas y violetas, fueron subiendo por las laderas rocosas de la cantera. Julián determino llevar el solo la cesta de Ana para que ella pudiera sujetarse mejor a las matas. Temía que resbalase y se cayese.

Pronto llegaron al borde superior. El aire parecía allí fresco en comparación al calorcito que hacia en la cantera. Se dirigieron al sendero del acantilado y no tardaron en pasar frente a la casita del

guardacostas, quien se hallaba en su jardín y agitó la mano en señal de amistoso saludo. El grupo penetro sin detenerse en el jardín de la casa vecina. Martín empujo la puerta. Su padre, que estaba sentado cerca de la ventana, leyendo un libro, se levanto con una sonrisa de bienvenida:

—¡Bien! ¡Bien! ¡Bien! Esto es agradable. Podéis entrar todos. Si, el perro también. No tengo nada contra ellos. Me gustan.

La pequeña habitación semejaba un tranvía repleto, invadida por la pandilla de niños. Todos saludaron con gran cortesía al padre de Martín, este explico en pocas palabras que los había invitado para ver el programa de televisión.

—¡Buena idea! —exclamó el señor Curton, sin abandonar su cordial sonrisa.

Ana se quedo contemplando como una tonta las gruesas cejas del padre de Martín. Eran espesas y largas. Le extrañó que no se las recortase. Bueno, quizá le gustaban así. A ella le parecía que le daban un aspecto feroz.

Los cuatro miraron alrededor de la habitación. Un aparato de televisión aparecía en la esquina mas alejada de la ventana, sobre una mesita. También había una magnifica radio y algo más que los muchachos observaron con gran interés:

—¡Caramba! ¿Tiene usted también un aparato emisor además del radio receptor?

—Si —contestó el señor Curton—. Soy muy aficionado. Yo mismo lo construí.

—¡Pues debe ser usted muy hábil! —exclamó Dick.

—¿Que es un transmisor? —preguntó Ana—. No tenía ni idea de que existieran esos aparatos.

—Es un aparato para enviar mensajes por radio, como los que tienen los coches de la policía para comunicar con Jefatura —explicó Dick—. Este es muy potente, me parece.

Martín se ocupaba en manipular los mandos del televisor. En seguida empezó el programa. Ana, que jamás había visto la televisión, quedo boquiabierta ante la cara del hombre que apareció en la pantalla.

—Puedo verle y oírle —susurró admirada al oído de Julián. El señor Curton la oyó y se echo a reír.

—Pero vuestro perro no puede olerle. Si no, ya habría empezado a gruñirle.

Se divirtieron por todo lo alto viendo el programa de televisión. Al terminar, el señor Curton los invito a quedarse para tomar el te en su compañía.

—Por favor, no me digáis que no. Yo mismo puedo telefonear a vuestra tía avisándola y solicitando su permiso, si creéis que puede enfadarse.

—Bueno, si usted es tan amable, se lo agradeceremos —dijo Julián—. La tía se extrañaría de nuestra tardanza.

El señor Curton habló con tía Fanny. Si, estaba conforme en que se quedasen un rato, aunque no debían regresar demasiado tarde.

Por lo que sin más demora se sentaron para saborear la inesperada y suculenta merienda.

Martín no se mostró muy comunicativo. En cambio, su padre llevó todo el tiempo la voz cantante. Reía y gastaba bromas a los chicos. Resultaba un autentico compañero.

La conversación toco muchos y diversos puntos. Uno de ellos fue la isla de Kirrin. El señor Curton declaró que la encontraba muy hermosa, sobre todo al anochecer. Jorge pareció halagada ante los elogios.

—Si, así me parece también a mí. Me gustaría que mi padre no hubiese escogido estos días para trabajar en mi isla. Yo había planeado acampar allí unos días.

—Supongo que la conocerás punto por punto —dijo el señor.

—¡Ya lo creo! —contestó Jorge—. Todos nosotros la conocemos de sobra. Hay unos sótanos, ¿sabe usted?, unas autenticas mazmorras, muy profundas, en las que una vez encontramos lingotes de oro.

—¡Si, recuerdo haber leído algo acerca de eso! —exclamó el padre de Martín—. Debió de ser muy emocionante. También fue una verdadera suerte descubrir los sótanos. Y creo que existe, además, un viejo pozo, por donde bajasteis una vez, ¿no es verdad?

—Si —dijo Ana recordando—. Y también hay una cueva en la que habitamos unos días. Tiene un acceso por el techo y otro desde el mar.

—Supongo que vuestro padre lleva a cabo sus maravillosos

experimentos abajo en el sótano, ¿no? —preguntó el señor Curton —. ¡Vaya un lugar extraño que se le ha ocurrido escoger!

—Cuando estuvimos allí… —empezó Jorge. Se callo de golpe al recibir una patada en la espinilla propinada por Dick. Hizo un gesto silencioso de dolor. El golpe había sido fuerte de veras.

—¿Que ibas a decir? —la acució el señor Curton, expectante.

—¿Yo…? Pues… iba a decir… En fin, que no sabemos el sitio escogido por papá —respondió Jorge, procurando separar las piernas del radio de alcance del pie de Dick.

Tim soltó de pronto un gemido. Jorge lo miro sorprendida. El pobre debía de haber recibido otro mensaje destinado a ella y miraba con ojos de reproche a Dick.

—¿Que ocurre, Tim? —lo interrogó Jorge, angustiada.

—Quizás encuentra la habitación demasiado calurosa —comentó Dick—. Será mejor que lo saques, Jorge.

Esta no se hizo rogar. Estaba muy intrigada, así que sacó al perro. Dick salió tras ella. La chiquilla le espeto indignada:

—Eres un bruto. ¿Por que me has dado esa patada tan fuerte? Me quedara la marca para toda la vida. ¿Que es lo que te pasa?

—Sabes muy bien por que lo hice —contestó Dick—. Charlas mas de la cuenta. ¿No te has fijado en el interés que tiene por averiguar lo que hace tu padre en la isla? Puede que me equivoque, pero tengo mis sospechas. Tu deber está en cerrar el pico. Eres como todas las niñas. No sabes más que parlotear. Tenía que frenarte de alguna manera. Y confieso que pise al pobre Tim en el rabo para llamarte la atención y conseguir detenerte.

—¡Animal! —protestó Jorge, indignada—. ¡Que culpa tenía el pobre Tim! ¡Yo creía que te habías equivocado! ¿Como eres capaz de hacerle daño a Tim?

—¡No quise hacerlo y me avergüenzo de ello! —dijo Dick, acariciando las orejas del perro.

—¡Me voy a casa! —aseguró Jorge roja de ira—. No creo en tu arrepentimiento. Te odio por pisar a mi pobre perro y decir que soy una parlanchina. Te dejo que te las entiendas tú con los demás. Diles que me llevo el perro a casa.

—Bien —dijo Dick—, me parece muy requetebien. Cuanto menos hables con el señor Curton, mejor. Yo volveré a entrar para

averiguar exactamente quién es y lo que hace. Lo encuentro la mar de sospechoso. Tu harás mejor en irte, antes de que se te escapen mas indiscreciones.

Llena de rabia, Jorge se marchó con Tim. Dick volvió a entrar para excusarla. Julián y Ana, seguros de que algo extraño había ocurrido, observaron con gran sorpresa que Dick iniciaba una animada conversación con el señor Curton, interesándose por sus ocupaciones.

Al fin se decidieron a regresar a casa.

—Volved otro día —les dijo el señor Curton al despedirse de los tres—, y decid al otro chico ¿cual es su nombre? ¡Ah, si, Jorge!, que espero que su perro se reponga pronto, ¡un can tan bonito y bien cuidado!

—Bien, adiós, hasta la vista.

Capítulo 10

Una señal sorprendente

—¿Qué le ha sucedido a Jorge? —preguntó Julián tan pronto como estuvieron seguros de no ser oídos—. Me di cuenta de que le dabas una patada durante el té por hablar demasiado sobre la isla. Realmente, era una idiotez de su parte. Pero ¿por que se ha ido a casa de sopetón?

Dick les contó entonces que había pisado el rabo de Tim para hacerle gemir y distraer así la atención de Jorge, con objeto de que no metiera más la pata. Julián se echó a reír. Sin embargo, Ana se sintió hervir de indignación.

—¡Eso es espantoso! ¡No tienes perdón de Dios, Dick, te has portado como un canalla!

—Si, tienes razón —reconoció Dick—. En aquel momento no se me ocurrió otro sistema para hacer callar a Jorge. Con toda sinceridad, creí que estaba soltando todo cuanto aquel tío le quería sonsacar, Dios sabe con que intención poco honesta. Aunque ahora pienso que a lo mejor solo pretendía obtener una información correcta.

—¿A que clase de información te refieres? —preguntó Julián, intrigado.

—Primero me imagine que andaba tras el secreto del tío Quintín, cualquiera que sea —explicó Dick—, y que por eso necesitaba conocer todos los intríngulis de la isla. Después él me revelo que es periodista, es decir, un hombre que escribe en los periódicos, Ana. A lo mejor, solo desea información para su periódico, a fin de escribir un reportaje en cuanto el tío haya

terminado su trabajo.

—Si, yo también lo creo así dijo Julián, pensativo —es mas, estoy casi seguro de ello. No pensemos más en el asunto. No obstante, hay una cosa que me preocupa. ¿Por que razón hemos de ser nosotros los que demos esa información sin pedírnosla? Podía habernos preguntado abiertamente: «Os agradecería mucho que me explicaseis todo lo que sepáis acerca de la isla de Kirrin, porque necesito escribir un reportaje sobre ella.». Sin embargo, no lo ha hecho.

—No, por eso he sospechado —respondió Dick—. En realidad, ahora veo que no tiene nada de raro. Necesita toda clase de detalles sobre la isla para ponerlos en su periódico. Lo malo es que no tendré mas remedio que darle explicaciones a Jorge, confesando mi plancha. ¡Y ella esta que muerde!

—Vayamos al pueblo y compremos huesos al carnicero —propuso Julián—. Será una especie de compensación para Tim.

La idea les agradó y la pusieron en práctica. Compraron dos grandes huesos, bien cubiertos de carne, en la tienda y luego se dirigieron a «Villa Kirrin». Jorge estaba en su cuarto, acompañada de Tim. Subieron a su encuentro. Estaba sentada en el suelo, con un libro en las manos. Cuando entraron, arrojo sobre ellos una mirada furibunda.

—Jorge, siento haberme portado como un animal —se disculpó Dick—. Mi intención era buena, pero comprendo que metí la pata. He descubierto que el señor Curton no es ningún espía que intente averiguar el secreto de tu padre. Es tan solo un periodista entrometido y quiere hacer un reportaje sobre la isla. Mira, he traído esto para Tim, a ver si así puede perdonarme.

Jorge seguía de mal humor, aunque hizo un esfuerzo por corresponder a las amabilidades de Dick. Insinuó una sonrisa.

—Muy bien, gracias por los huesos. No me habléis esta noche, por favor, ¡ninguno! Me encuentro mal. Ya se me pasara.

Se marcharon, dejándola sentada en el suelo. Era mejor dejarla sola cuando pasaba una de sus rabietas. Mientras tuviese a Tim a su lado, todo marcharía bien. El perro ya sabía que no debía abandonarla cuando la veía triste y desgraciada.

No bajo a cenar. Dick explicó:

—Tuvimos una pequeña discusión, tía Fanny. Ya hemos hecho las paces, aunque Jorge aun se siente dolorida. ¿Me permites que le suba yo la cena?

—No, no, lo haré yo —se apresuró Ana, colocando su comida en una bandeja.

—¡No tengo apetito! —exclamó Jorge. Ana hizo ademán de volvérsela a llevar—. Bueno…, será mejor que la dejes.

Ana trato de ocultar la risa y dejó la bandeja. Cuando volvió para recogerla, encontró todos los platos vacíos.

—¡Dios mío! ¡Que hambriento estaba Tim! —exclamó Ana. Su prima sonrió avergonzada—. ¿Por que no bajas ahora? Vamos a jugar al parchís.

—No, gracias. Será mejor que me dejéis sola esta noche —rechazó Jorge—. Mañana me encontrare del todo bien, te lo aseguro.

Por tanto, Julián, Dick, Ana y la tía Fanny jugaron al parchís sin Jorge. A la hora de costumbre, subieron a acostarse. Encontraron a Jorge en la cama, sumida en un profundo sueño, con Tim enrollado a sus pies.

—Yo vigilare las señales del tío Quintín —dijo Julián cuando se metió en la cama—. ¡Que noche tan oscura!

Se quedó con los ojos abiertos, mirando a través de la ventana hacia la isla de Kirrin. A las diez y media en punto, divisó los destellos: ¡flash!, ¡flash!, ¡flash…!, horadando la oscuridad. Luego de contar hasta seis, metió la cabeza bajo la almohada y… ¡a dormir se ha dicho! Poco mas tarde le despertó el ruido de un motor. Se irguió y miró por la ventana, esperando ver iluminarse el remate de la torre, como ocurría cuando su tío efectuaba el experimento. Nada ocurrió. No apareció ni luz ni resplandor alguno. El traqueteo dejo de percibirse y Julián optó por dormirse de nuevo.

A la mañana siguiente, Julián dijo a su tía:

—Vi las señales del tío Quintín. ¡Esta sin novedad! ¿Las viste tu también, tía Fanny?

—Si —contestó su tía—. Oye, Julián, quiero pedirte un favor. Vigila tú solo esta mañana. Tengo que ir a visitar al párroco por un asunto urgente y me temo que no me será posible ver la torre desde la parroquia.

—Con mucho gusto, tía Fanny —contestó Julián—. ¿Qué hora es? ¿Las nueve y media? Bueno. Tengo que escribir unas cartas. Lo haré frente a la ventana de mi cuarto y así podré estar atento a la señal.

Redactó sus cartas, interrumpido primero por Dick y luego por Jorge y Tim, que deseaban que los acompañase a la bahía. Jorge había recobrado su buen humor y trataba de mostrarse muy simpática para hacer olvidar su pataleta del día anterior.

—Id andando —dijo Julián—. Os alcanzare después de las diez y media, cuando haya visto las señales de la torre. Solo faltan diez minutos.

A la hora en punto, levanto la vista hacia el remate de vidrio de la torre. ¡Ah! Ya se veía el primer destello reluciendo intensamente cuando el sol daba de lleno en el espejo que su tío mantenía en alto.

—Un destello —contó Julián—, dos, tres, cuatro, cinco, seis. ¡Sin novedad!

Estaba a punto de volverse, cuando un nuevo reflejo hirió sus ojos.

«¿Siete?», se pregunto, extrañado. Pero luego llegaron más…, ocho, nueve, diez, once, doce…

«¡Que raro! —se dijo—. ¿Por que ha enviado doce señales? ¡Anda, pues empieza de nuevo! ¿Qué significará?»

Contó otra vez seis destellos. Luego se detuvieron las señales. Deseaba haber tenido a mano un anteojo para ver lo que sucedía en la torre. Se sentó y reflexionó un momento, muy intrigado. De pronto oyó a los demás que subían con gran jaleo la escalera. Irrumpieron en la habitación:

—¡Julián, papa hizo dieciocho señales en lugar de seis! ¿Las contaste? ¿Por que lo haría? Puede ser que este en peligro. ¿Que le pasara?

—No creo que se trate de un peligro. En ese caso, hubiera hecho la señal de SOS —exclamó Julián.

—Bueno, no creo que sepa el Morse —observó Jorge.

—Bien, supongo que solo desea comunicarnos que necesita algo. Es preciso que vayamos a la isla para enterarnos de que se trata. Puede que le falte comida.

En cuanto regreso tía Fanny, le propusieron dirigirse todos a la

isla. Tía Fanny estaba por completo de acuerdo:

—¡Claro que si! ¡Es imprescindible! Es posible que vuestro tío desee enviar algún mensaje urgente. Iremos esta misma mañana.

Jorge salio corriendo para avisar a Jaime que precisaban el bote en seguida. Tía Fanny, entretanto, preparo comida en abundancia, con la ayuda de Juana. Sin tardanza, se embarcaron todos en el bote, rumbo a la isla de Kirrin. Cuando rodearon el acantilado y enfilaron la pequeña ensenada, vieron que el tío Quintín les estaba esperando.

Les hizo señas con la mano y ayudo a remontar el bote hasta la playa cuando se aproximaron lo suficiente.

—Vimos tu triple señal —dijo tía Fanny—. ¿Es que necesitas algo, querido?

—En efecto —respondió tío Quintín—. ¿Qué es lo que llevas en la cesta, Fanny? ¿Algunos de aquellos deliciosos bocadillos? Dame un par de ellos.

—¡Quintín! ¿Es que no has comido con regularidad? —preguntó su esposa—. ¿Que has hecho con los víveres?

—¿Que víveres? —preguntó su marido, sorprendido—. Me hubiera gustado mucho saber algo acerca de ellos. Anoche me hubieran venido muy bien.

—Pero, Quintín, si te lo explique todo —replicó tía Fanny—. Ahora ya se habrá estropeado el potaje que te deje. ¡Tendrás que tirarlo! O mejor, lo tirare yo misma.

—No, ya lo haré yo —dijo su marido—. Ahora sentémonos para almorzar.

Era aun demasiado temprano. Sin embargo, tía Fanny se sentó en el acto para desempaquetar la comida. Y puesto que los niños se sentían siempre dispuestos para comer a cualquier hora, no pusieron el menor reparo en almorzar tan temprano.

—Bien, querido, ¿como sigue tu trabajo? —preguntó tía Fanny, viendo como su marido devoraba bocadillo tras bocadillo. Empezaba a sospechar que no había comido nada desde que lo dejaron solo hacia dos días.

—¡Oh, muy bien! —replicó su marido—. No podía irme mejor. Precisamente he llegado al punto más interesante de mi investigación, ¡dame otro bocadillo!

—¿Por que enviaste los dieciocho destellos, tío Quintín? —pregunto Dick.

—¡Ah, si! Bueno, es difícil de explicar —empezó su tío—. La cuestión es que no puedo evitar la sensación de que en esta isla hay alguien además de mi mismo.

—¡Quintín! ¿Que es lo que insinúas? —exclamó su mujer, alarmada, mirando por encima de su hombro como si esperase descubrir a alguien.

También los niños observaron a su alrededor con sorpresa. Luego dirigieron una interrogante mirada al tío Quintín. Este tomo otro bocadillo y prosiguió:

—Si, comprendo que parezca absurdo. Sé que no puede haber nadie más que yo y, sin embargo, estoy seguro que hay alguien más.

—¡Caramba, tío! —exclamó Ana con un estremecimiento—. Eso suena a película de miedo. Y tú tienes que quedarte solo, también por las noches.

—¡Ahí esta el quid de la cuestión! Me importaría muy poco estar solo de noche —manifestó su tío—. Lo que me molesta es, precisamente, pensar que no estoy solo en absoluto.

—Tío, ¿que es lo que te hace pensar que haya alguien más aquí? —preguntó Julián.

—Verás: ayer, cuando terminé el experimento que me ocupó toda la noche (sería a eso de las tres y media de la madrugada, aunque todavía reinaba una completa oscuridad), saló al exterior para respirar un poco de aire puro. Podría jurar que entonces oí toser a alguien. Si, lo oí por dos veces.

—¡Santo Dios! —exclamó su mujer, horrorizada—. ¿No es posible que te hayas equivocado? A veces, sobre todo cuando uno esta cansado, se imaginan cosas.

—Si, lo sé —contestó su marido—. Pero por mucho que fantasee, nunca podría inventar «esto».

Metió la mano en el bolsillo y saco algo que mostró a todos. Era una colilla aun reciente.

—Yo no fumo cigarrillos, ni ninguno de vosotros tampoco. Por lo tanto, ¿a quien pertenece este cigarrillo y como llego hasta aquí? No creo que haya nadie capaz de traer la colilla en barca, y ese es el único camino para llegar hasta aquí.

Callaron durante un tiempo prolongado. Ana parecía asustada. Jorge miró a su padre con inquieta expresión. ¿Quién sería el que estaba allí y por que? Además, ¿cómo había podido llegar a la isla?

—Bien, Quintín, ¿que piensas hacer? —preguntó su mujer—. ¿Que te parece lo mejor en este caso?

—Todo marcharía bien si Jorge diera su consentimiento a una cosa —contestó tío Quintín—. Jorge, quisiera que Tim se quedase conmigo. ¿Querrás prestármelo para que me haga compañía?

Capítulo 11

Jorge toma una heroica decisión

De nuevo se produjo un espeso silencio. Jorge fijo en su padre una mirada llena de desesperación. Todos aguardaban ansiosos su respuesta.

—Pero, padre, Tim y yo nunca nos hemos separado —contestó al fin con voz plañidera—. Ya comprendo que lo necesitas para que te guarde. Y, desde luego, puedes tenerlo, pero yo también quiero quedarme.

—¡Eso si que no! —contestó en el acto su padre—. Es del todo imposible que tú permanezcas aquí. Eso queda fuera de toda discusión. En cuanto a que nunca hayas estado separada de Tim, no creo que sea obstáculo para que hagas una excepción, ya que se trata de salvaguardarme.

Jorge trago saliva. No sabía que decisión tomar. Era el sacrificio más tremendo que jamás le habían exigido. ¡Dejar a Tim en la isla, cuando había un posible enemigo desconocido, capaz de maltratarle si se le presentaba la ocasión!

Por otra parte, debía considerar el peligro que amenazaba a su padre. Su deber de hija le impelía a ceder.

—Tendré que quedarme también —insistió—. No es posible que dejes a Tim sin mi, ni que me dejes a mi sin el.

Su padre empezó a perder la paciencia. Su carácter era muy semejante al de Jorge. Pretendían que todo marchase según su deseo y, si no conseguían imponer su voluntad, eran capaces de organizar un escándalo.

—Estoy seguro de que si hubiese pedido lo mismo a Julián, Dick

o Ana y ellos poseyesen un perro, habrían cedido sin titubear —estalló—. Pero tú, Jorge, mi propia hija, siempre has de poner dificultades. Tú y ese perro, como si valiese mas de mil libras.

—¡Para mi vale mucho más que eso! —exclamó Jorge con voz temblorosa. Tim se arrimo a ella colocando el hocico en su mano. La niña se agarro a su collar, como si temiera que se soltase.

—Si, ya lo sé. Ese perro es más importante para ti que tu padre, tu madre o cualquier otra persona —continúo su padre, furioso.

—¡Basta, Quintín! No te permito que desbaries así —intervino su mujer—. Unos padres son algo muy diferente a un perro y son queridos de distinta forma. Sin embargo, en este caso tienes toda la razón. Tim ha de quedarse aquí contigo y de ningún modo permitiré que Jorge pase aquí las noches. No deseo verla expuesta al peligro. Ya paso bastante angustia por ti en estos momentos.

Jorge miró compungida a su madre.

—Mamá, por Dios, convéncete y convence a papá de que debo permanecer junto a el y a Tim.

—He dicho que no —contestó su madre—. Ahora, Jorge, sé generosa y créeme. Si quien tuviese que decidir fuera Tim, sabes bien que se quedaría gustoso sin ti. El perro pensaría para sus adentros: «Me necesitan aquí. Necesitan de mis ojos para descubrir al enemigo; de mis orejas, para oír la mas ligera pisada, y puede que de mis dientes para proteger a mi amo. Me van a separar de Jorge por unos días, pero ella, igual que yo, es bastante mayor para comprenderlo y soportarlo». Eso es lo que Tim diría, Jorge, si se viera forzado a escoger.

Todos habían escuchado aquel inesperado discurso con gran atención. Pocas veces tía Fanny se mostraba tan elocuente. Quizás aquella constituyera la única arma que llevaría a Jorge a consentir en lo que se le pedía.

Miró a Tim y Tim la miró a ella, agitando el rabo. Luego llevo a cabo algo muy extraño. Se levanto, camino hacia el padre de Jorge y se tumbó a sus pies. Entonces miró a la chica como diciendo: «Ya lo ves. Ahora estas enterada de lo que yo considero como mi deber».

—¿Lo ves? —remachó su madre—. El perro piensa como yo. Siempre has asegurado que Tim es un buen amigo. Ahí tienes la prueba. Sabe lo que debe hacer. Deberías estar orgullosa de su

actitud.

—¡Y lo estoy! —respondió Jorge con voz ahogada. Se apartó del grupo. Y añadió casi sin volverse, hablando por encima de su hombro—: ¡Conforme, lo dejaré en la isla con papá! Volveré dentro de un minuto.

Ana se levanto para ver adonde iba su prima. Julián la obligo a sentarse de nuevo:

—Déjala sola. No le pasara nada. ¡Bien por ti, viejo Tim! Tu distingues entre lo que es justo y lo que no esta bien, ¿verdad que si? ¡Buen perro, espléndido perro!

Tim movió el rabo. Ni por un instante intentó seguir a Jorge. No. Desde aquel momento, sabía que su sitio estaba al lado del padre, aun cuando por su gusto hubiera corrido al lado de su amita. Le dolía que la niña se sintiera infeliz. Pero, a veces, es mejor sentirse desgraciado por hacer algo difícil que tratar de ser felices sin hacerlo.

—Querido Quintín, no me gusta tu ocupación aquí, en este lugar, ahora que se que tienes un espía —dijo su esposa—. De veras, ¡no me gusta nada! ¿Cuanto tiempo falta para que termines tus experimentos?

—Solo un par de días —contestó su marido, mientras contemplaba a Tim lleno de admiración—. Este perro debe de haber comprendido todo cuanto decías hace un momento. Ha sido sorprendente como vino derecho hacia mí.

—¡Es un animal muy listo! —exclamó Ana con calor—, ¿no es verdad, Tim? Estarás seguro en su compañía, tío Quintín. Sabe mostrarse muy fiero cuando es necesario.

—Si. Y no me importa que me haga caricias ni que me moje la cara lamiéndome. ¡Es tan grandote y fuerte! ¿Hay más galletas?

—Quintín, es terrible que no comas de un modo regular. Es inútil que me asegures que si lo has hecho. No estarías tan hambriento si hubieses comido como debías.

Su marido parecía no enterarse de sus palabras. En aquel momento, miraba hacia lo alto de su torre.

—¿Habéis visto como resplandecen esos alambres? —preguntó —. Es algo maravilloso, ¿no os parece?

—Tío, no estarás inventando una nueva bomba atómica o algo

por el estilo, ¿verdad? —preguntó Dick.

Su tío lo miro indignado:

—¿Cómo imaginar que pierda el tiempo en cosas que puedan matar o mutilar a la gente? ¡No! Estoy ocupado en algo que será muy útil a toda la humanidad. Espera y lo verás.

Jorge regresó en aquel momento. Se acercó a su padre y dijo:

—Papa, puesto que te dejo a Tim, ¿podrías hacer algo por mí a cambio?

—¿Que? —preguntó su padre, a punto de volverse a enfadar—. ¿Vas a imponerme condiciones? Daré de comer a Tim todos los días y lo cuidare tan bien como tú, si es eso lo que quieres pedirme. Yo puedo olvidarme de mis propias comidas, pero como tú sabes muy bien, nunca seré negligente con un animal que dependa de mí.

—Si, lo sé, papa —respondió Jorge con voz humilde, aunque con un ligero matiz de duda—. Lo que iba a pedirte es que llevases a Tim contigo cada mañana cuando hagas las señales desde la torre. Yo esperare en la casa del guardacostas y mirare por el anteojo hacia la galería de vidrio que hay en la torre. Así podré ver a Tim. Con solo una miradita cada día, sabré que se encuentra bien y no me costara tanto trabajo estar separada de el.

—Bien, acepto —dijo el padre—, aunque no creo que Tim sea capaz de subir la escalera de caracol.

—¡Ya lo creo que puede! —afirmó la niña—. Ya subió una vez.

—¡Válgame Dios! —exclamó su padre—. ¿Es que también llevasteis al perro con vosotros aquel día? Bueno, Jorge, te prometo que lo subiré cada mañana cuando haga las señales. El meneara el rabo en tu honor. ¿Quedas satisfecha?

—Si, gracias… Esto… De vez en cuando le dirás una palabra amable y le harás alguna caricia, papa. ¿Verdad que…, y…?

—…Y le pondré el babero cuando coma y le limpiare los dientes antes de dormir —gruñó su padre, a punto de perder la paciencia—. Trataré a Tim como corresponde a un perro adulto, a un compañero y a un amigo. Créeme que esa es la forma en que le gusta que le traten, ¿no es así, Tim? Tú deseas que las carantoñas te las haga tu amita y no yo, ¿verdad?

—¡Guau! —respondió Tim, moviendo alegremente el rabo.

Los niños le miraron admirados. En verdad, era un perro muy

listo. Parecía más sensato que la propia Jorge.

—Tío, si algo va mal, o necesitas ayuda, o lo que sea, vuelve a hacer dieciocho señales —pidió Julián—. Estarás seguro con Tim, ya que vale más que una docena de policías, pero nunca se sabe.

—¡Conforme! Dieciocho destellos si necesito que vengáis de nuevo. Lo recordare. Ahora os tenéis que marchar ya. Es hora de que vuelva a mi trabajo.

—¿Te acordarás de tirar el potaje, Quintín? —pidió tía Fanny, a todas luces preocupada—. No quiero que te pongas enfermo por comer alimentos en mal estado. Tú eres muy capaz de olvidar los comestibles mientras están frescos y sabrosos y decidirte a comerlos cuando ya están estropeados.

—¡Que tontería! —rechazó su marido, enfadado—. Cualquiera diría, por la forma en que me hablas, que solo tengo cinco años y nada de seso en la cabeza.

—Si, tienes mucho talento. Todos lo sabemos —manifestó su esposa—. Pero hay ciertas cosas en que sigues siendo un niño. Por lo tanto, cuídate y ten siempre a Tim junto a ti.

—Papa no necesita preocuparse por eso —objetó Jorge—. Tim no se apartara de su lado. Tienes que estar en guardia, Tim, ¿lo sabes? Y también sabes lo que ello significa.

—¡Guau! —contestó Tim, ladrando muy serio. Acompañó a todos hasta la barca, pero no intento subir a bordo. Permaneció junto al padre de Jorge y contempló como el bote se alejaba de la playa y avanzaba sobre las olas.

—¡Adiós, Tim! —grito Jorge con voz quejumbrosa—. ¡Cuídate mucho!

Su padre agito el pañuelo, mientras Tim movía el rabo sin cesar. Jorge cogió un par de remos de las manos de Dick y comenzó a remar con bríos. Su cara se enrojeció pronto con el esfuerzo. Julián la contemplaba divertido. Le costaba trabajo manejar sus remos a compás de la furia de Jorge. Sabía que tanto ímpetu no tenía otro objeto que ocultar la pena que sentía al separarse de Tim. ¡Que graciosa y buenaza era Jorge! Tan apasionada siempre. No tenía término medio: o terriblemente feliz o tremendamente desgraciada. Tan pronto en el séptimo cielo de la felicidad como en el más profundo desespero.

Se pusieron a charlar con animación, para hacer creer a Jorge que no se daban cuenta de su pena. La conversación, como es lógico, giraba en torno al misterioso desconocido de la isla. Parecía imposible que, sin saber de donde, hubiese aparecido en ella un fumador.

—¿Cómo habrá llegado a la isla? Estoy seguro de que ningún pescador se habría atrevido a llevarlo —dijo Dick—. Tuvo que ser por la noche, desde luego, aunque dudo mucho que haya nadie, si se exceptúa a Jorge, que pueda encontrar el camino en la oscuridad, ni que se atreva a buscarlo. Esas rocas están tan a ras de la superficie, que basta apartarse un centímetro del camino exacto para chocar y abrirse un boquete en la barca.

—Tampoco podría alcanzar la isla nadando desde tierra —continuo Ana—. Esta demasiado lejos y las olas son muy altas por encima de las rocas. Bueno, yo no creo que haya nadie en la isla. Puede que la colilla fuese antigua.

—No lo parecía —manifestó Julián—. Me intriga como pudo llegar nadie hasta allí.

Se quedo pensativo, imaginando todos los caminos posibles e incluso los imposibles. De pronto, soltó una exclamación. Los demás quedaron mirándole:

—Se me ha ocurrido si sería posible que un avión dejase caer a alguien sobre la isla. Yo oí el ruido de un motor anteayer por la noche. ¿O seria la noche pasada? Debió de tratarse de un avión, desde luego. ¿Podría haberse lanzado alguna persona en paracaídas?

—Seria fácil —aseguró Dick—. Creo que has dado en el clavo. Te felicito. Pero ahora que lo pienso, quienquiera que sea, debe de tener una misión muy seria para arriesgarse a un lanzamiento así, en medio de la noche, sobre la pequeña isla.

¡Muy seria! Eso no sonaba agradable. Un escalofrió recorrió la espalda de Ana, poniéndole la carne de gallina:

—Me alegro de que Tim se haya quedado —dijo.

Los demás asintieron. Todos, incluso Jorge.

Capítulo 12

Un viejo mapa

Apenas si era más de la una y media cuando ya se encontraban en casa de regreso, pues, dado que habían almorzado tan temprano y no se habían entretenido en la isla, el tiempo les había cundido bastante.

Juana se sorprendió mucho al verlos:

—¡Vaya! Ya están de vuelta… Espero que no tendrán la pretensión de almorzar —dijo—, porque no hay nada comestible en casa. Tengo que salir a hacer la compra.

—¡Claro que no, Juana! Ya hemos comido —respondió la señora —. Fue una verdadera suerte que llevásemos tantas provisiones… El señor se comió el solo más de la mitad del almuerzo. Se ha olvidado por completo de la comida que le dejamos preparada. Ahora es casi seguro que este toda estropeada.

—Los hombres son como los niños —sentenció Juana.

—¿Que dices? —exclamó Jorge—. ¿De verdad crees que alguno de nosotros sería capaz de dejar que la comida se echase a perder? ¡Lo mas fácil es que nos la hubiéramos comido antes de tiempo!

—¡Eso es verdad! No se os puede acusar a ninguno de vosotros cuatro de una cosa semejante, ni a Tim tampoco. ¡Para vosotros la comida es algo muy serio! —concedió Juana—. Todos hacéis un buen papel en la mesa, especialmente el perro. Y a todo esto, ¿dónde se ha metido?

—Lo deje en la isla para que acompañase a papa —explicó Jorge.

Juana se quedo mirando para ella boquiabierta. Conocía muy

bien la pasión que la niña sentía por Tim.

—A la hora de la verdad, eres una buena chica —farfulló—. Bueno… Es posible que todavía tengáis apetito, puesto que el señor se comió buena parte de vuestro almuerzo. Si es así, podéis coger la lata de los bizcochos. Esta mañana hice unos cuantos de jengibre. Id a buscarlos.

Así era Juana. En cuanto veía que alguien estaba apesadumbrado, le ofrecía lo mejor y más reciente de sus obras culinarias. Jorge marchó corriendo en busca de los bizcochos.

—¡Juana, es usted muy amable! —dijo la madre de Jorge—. ¡Estoy tan contenta de que Tim se haya quedado en la isla! Con el allí, me siento mas tranquila respecto a mi marido.

—¿Que haremos esta tarde? —preguntó Dick una vez que terminaron de zamparse los deliciosos bizcochos de jengibre—. ¡Que ricos están! ¿Sabéis una cosa? Creo que a las buenas cocineras debería concedérseles una especie de condecoración, lo mismo que a los buenos soldados, científicos o escritores. Yo le daría a Juana la E. M. C. I. B.

—¿Qué quiere decir eso? —pregunto intrigado Julián.

—La Encomienda al Mejor Cocinero del Imperio Británico —contestó riendo Dick—. ¿Que pensabas que significaba? «Estar Muy Callados Ingiriendo Bizcochos», ¿a lo mejor?

—Eres un perfecto idiota —refunfuñó Julián—. Bueno, ¿que vamos a hacer por fin esta tarde?

—¿Por que no vamos a explorar el pasadizo de la cantera? —propuso Jorge.

Julián echo una ojeada por la ventana.

—Esta a punto de empezar a llover —observó—. No creo que sea cosa fácil trepar por las piedras de la cantera cuando están mojadas. Será preferible dejarlo para otro día que haga mejor tiempo.

—¡Ya sé lo que podemos hacer! —exclamó Ana de pronto—. ¿Os acordáis de aquel viejo mapa del castillo de Kirrin que encontramos en una caja? Había en él planos de todo el castillo, de los sótanos, la planta baja y los desvahes. ¿Que os parece si lo estudiamos con más detalles? Sabemos que hay otro escondite en aquel lugar. A lo mejor, conseguimos localizarlo en ese viejo mapa. Lo más probable

es que esté señalado en el plano y que nos lo hayamos pasado por alto al desconocer su existencia.

Los demás la contemplaron con admiración.

—¡Esa si que es, de verdad, una idea brillante! —exclamó Julián, y Ana se hinchó de orgullo ante el elogio—. Confieso que no se me hubiera ocurrido un plan tan estupendo. El mejor para una tarde de lluvia. ¿Dónde está el mapa? Supongo que lo guardaste bien, ¿verdad, Jorge?

—Ya lo creo —contestó—. Está muy bien envuelto en su papel de plata, dentro de la misma caja de madera en que lo hallamos. Voy a buscarlo.

Desapareció escaleras arriba y volvió a bajar con el mapa. Era de grueso pergamino y amarilleaba de puro viejo. Lo extendió sobre la mesa. Los demás se inclinaron sobre él, ávidos de contemplarlo una vez mas. Y en esta ocasión con mayor interés que nunca.

—¿Os acordáis de lo emocionados que nos sentimos cuando encontramos la caja? —preguntó Dick.

—Si. Y recuerdo también que no logramos abrirla y que la tiramos por la ventana, confiando en que al chocar contra el suelo se abriese.

—Y el ruido despertó a tío Quintín —intervino Ana riendo—. Salió hecho una fiera, cogió la caja y no nos la quiso devolver.

—¡Ah, si! Y el pobre Julián tuvo que esperar hasta que el tío se durmió de nuevo y entonces se metió en el estudio, recupero la caja, la abrimos y encontramos este mapa —continuó Dick—. ¡Con que afán lo estudiamos!

Y de nuevo se enfrascaron en su examen, escudriñando con atención. Contenía tres planos, tal como había dicho Ana: uno de los sótanos, otro de la planta baja y el tercero de la superior.

—Es inútil que nos molestemos en mirar la parte de arriba del castillo —manifestó Dick—. Esta derrumbada por completo. Prácticamente ya no queda nada, excepto el trozo de la torre.

—¡Ya lo tengo! —exclamó de repente Julián, señalando con el dedo cierto lugar del mapa—. ¿Os acordáis que aquí había dos entradas a los sótanos? Una que, al parecer, empezaba en la pequeña habitación de piedra y la otra en el sitio en que, por fin, localizamos la entrada. Pues bien, nunca llegamos a encontrar la

otra puerta, ¿verdad?

—¡No, nunca! —respondió Jorge llena de excitación, apartando el dedo de Julián del punto que señalaba—. Mirad, aquí hay señalada una escalera que no coincide con ninguna puerta visible. Esta otra serie de peldaños de más abajo corresponde a la entrada que esta situada junto al pozo.

—Recuerdo que buscamos la misteriosa entrada por toda la habitación —dijo Dick—, incluso escarbamos el musgo de cada piedra, hasta que nos cansamos y lo dejamos correr. Al descubrir la otra entrada, nos olvidamos de esta.

—Papá debe de haber encontrado la puerta que nosotros no supimos hallar —explicó Jorge, victoriosa—. No hay duda de que conduce hacia el subterráneo. Lo que no está claro en el mapa es si comunica con los sótanos que ya conocemos. Los trazos aparecen muy borrosos, pero es casi seguro que hay efectivamente una entrada aquí, con una escalera de piedra que lleva hasta algún sótano desconocido. ¡Mirad! Aquí se distingue algo así como un pasadizo o túnel que coincide con los escalones. ¡Sabe Dios adonde se dirige! ¡El mapa esta tan emborronado…!

—Me figuro que va a parar a las mazmorras —opinó Julián—. Nunca las hemos explorado del todo. ¡Son tan grandes y complicadas! Si recorriésemos todo aquel antro, probablemente tropezaríamos con esos peldaños. Siguiéndolos, tropezaríamos con la puerta secreta que da a la habitación o cerca de ella. Lo malo es que pueden estar ya derruidos. Quizá, ni siquiera existan —suspiró.

—No. Estoy casi segura de que se conservan en buen estado —replicó Jorge—, y que esta es la entrada al laboratorio de papá. Y os voy a decir algo que os probara que no estoy equivocada.

—¿Que es? —preguntaron todos a la vez.

—¿Os acordáis del otro día, cuando fuimos por primera vez a ver a mi padre? —preguntó Jorge—. No nos permitió quedarnos mucho tiempo en la isla e, incluso, nos acampanó hasta la orilla para comprobar que nos marchábamos con la barca. Recordareis también que tratamos de averiguar adonde se dirigía, pero no pudimos. Y Dick dijo que los grajos se habían levantado en bandada, como si se hubiesen asustado repentinamente, por lo que me imagino que papá andaba por aquel lugar.

Julián aprobó:

—Si, los grajos anidan en la torre cerca de la pequeña habitación. Si alguna persona pasa por allí cerca, tiene que espantarlos a la fuerza.

—Yo estaba intrigadísimo por saber en donde demonios se metía el tío Quintín para realizar sus experimentos —dijo Dick—, aunque confieso que me sentía incapaz de resolver el misterio. Pero ahora creo que lo hemos descubierto.

—Si… Sin embargo, me extraña que papá haya sido capaz de encontrar ese escondrijo. Y si lo ha encontrado, es indignante que no me lo haya dicho.

—Alguna razón tendrá para ocultarlo —repuso Dick, comprensivo—. No empieces de nuevo a hacerte mala sangre.

—No es eso —protestó Jorge—. Solo que estoy muerta de curiosidad. ¡Como me gustaría montar en la barca y dirigirnos a la isla ahora mismo para explorar!

—Si, apuesto a que esta vez encontraríamos la entrada —respondió Dick— estoy seguro de que ha dejado algún rastro que nos permitiría identificarla. Alguna piedra más limpia que las demás, un poco de hierba arrancada o sabe Dios que otra señal.

—¿Creéis que el enemigo desconocido de la isla sabe donde tiene el tío Quintín su escondite? —preguntó Ana de súbito. Y añadió—: Me horroriza solo el pensarlo. No faltaría mas que eso. ¡Podría prepararle tan fácilmente una encerrona al pobre tío…!

—No te preocupes —la tranquilizo Julián—. No creo que haya ido a la isla con el propósito de encerrarlo, sino para descubrir su secreto o robárselo. ¡Santo Dios! ¡Que bien hicimos en dejarle a Tim! El perro puede despachar a una docena de enemigos.

—No podrá si van armados —adujo Jorge con voz apagada.

Por un instante, el silencio reino en la habitación. No era agradable figurarse a Tim encañonado por un bandido. Se habían enfrentado con situaciones semejantes en anteriores aventuras y no era muy apetecible que se repitiesen.

—¡Bueno, no perdamos tiempo imaginándonos cosas desagradables! —exclamó Dick, levantándose—. Hemos pasado una media hora muy interesante. Creo que hemos resuelto el misterio. Aunque supongo que no lo sabremos de cierto hasta que tu padre

termine sus experimentos y abandone la isla. Entonces podremos ir nosotros y organizar una buena exploración.

—Sigue lloviendo —observó Ana mirando por la ventana—, pero parece que aclara un poco. El sol esta intentando salir entre las nubes. ¿Por qué no damos un paseo?

—¡Quiero ir a casa del guardacostas! —exclamó Jorge—. Necesito echar una mirada por su anteojo a ver si consigo descubrir a Tim aunque no sea más que por un momento.

—Puedes coger los prismáticos y subir al tejado —propuso Julián.

—Pues si, tienes razón —replicó Jorge—. Gracias por la idea.

Sin entretenerse, recogió los gemelos, que colgaban de un perchero en el vestíbulo, los sacó de su estuche de cuero y corrió escaleras arriba con ellos. Pronto apareció de nuevo, desengañada.

—La casa no es lo bastante alta como para dominar bien toda la isla. Se puede divisar el remate de vidrio de la torre, pero por el anteojo lo veré mucho mejor. Es más potente. Voy a acercarme un momento a echar una mirada. No hace falta que vengáis conmigo si no tenéis gana —añadió, colocando los prismáticos en su funda.

—Será mejor que vayamos todos a espiar al viejo Tim —propuso Dick, iniciando la marcha—. Y no pienso decirte lo que espero ver.

—¿Que pretendes insinuar? —preguntó Jorge, sorprendida.

—Pues que Tim estará la mar de divertido, cazando, uno a uno, todos los conejos de la isla —replicó Dick riendo—. Créeme. No tienes necesidad de preocuparte por si Tim comerá regularmente. Tendrá conejo para la comida y para la merienda y agua de lluvia en su hoyo preferido. No es mala vida para nuestro amigo Tim.

—Sabes muy bien que no hará nada de eso —contestó en el acto Jorge—. No se moverá de junto a mi padre y no pensara ni por un momento en los conejos.

—Si te crees eso, es que no conoces a Tim —dijo Dick, apartándose de Jorge antes que esta pudiera alcanzarle. Ella estaba roja de indignación. El chico añadió-Apuesto a que por eso consintió en quedarse, solo por los conejos.

No pudo continuar. Jorge le lanzo un libro a la cabeza. Dick lo esquivó y se estrelló contra el suelo. Ana se desternillaba de risa.

—¡Basta ya! —interrumpió Julián—. No saldremos nunca de

aquí si seguís riñendo. ¡Vámonos, Ana! Que se queden los combatientes si quieren.

Capítulo 13

Una tarde con Martín

Mientras se acercaban a la casita del guardacostas, comenzó a brillar el sol. Era un típico día de abril, con furibundos chubascos alternando con alegres claros de sol. El paisaje entero relucía, sobre todo el mar. El suelo aparecía aun mojado, pero los niños llevaban sus katiuskas.

Buscaron al buen hombre. Como de costumbre, se atareaba en el interior de su cobertizo, cantando y dando martillazos.

—¡Buenos días a todos! —exclamó sonriendo con toda su cara anchota y colorada—. Ya me extrañaba que tardaseis tanto en venir a verme. ¡Por fin habéis llegado! ¡Que os parece esta estación de ferrocarril que estoy construyendo!

—Es mucho mejor que ninguna de las que he visto en las tiendas —contestó Ana, llena de admiración.

En efecto, el guardacostas había hecho algo verdaderamente magnífico. Una estación en miniatura a la que no faltaba el menor detalle. Con un gesto, señalo unas pequeñas figuras de madera que representaban a los ferroviarios, mozos de cuerda y pasajeros.

—Están todavía sin pintar —dijo—. Aquel muchacho, Martín, prometio pintármelas. Es muy hábil con el pincel en la mano. Pero no ha podido hacerlo hasta ahora porque ha sufrido un accidente.

—¿Un accidente? ¿Qué le ha ocurrido? —pregunto Julián.

—Pues no lo se exactamente. He visto como su padre lo llevaba a casa sosteniéndolo con cuidado —explicó el guardacostas—. Debe de haber resbalado y caído en alguna parte. Yo salí para enterarme, pero el señor Curton llevaba prisa por acostar a su hijo. ¿Por que no

vais vosotros a visitarlo? Es un chico un poco raro, pero no es malo.

—Si, tiene usted razón, iremos por lo menos a preguntar por él… —respondió Julián—. Oiga, señor guardacostas, queríamos pedirle un favor. ¿Puede dejarnos mirar por su catalejo?

—Claro que si. Podéis emplearlo todo el rato que queráis —asintió el viejo—. Y no os preocupéis, que, por mucho que lo utilicéis, no se gastara. Anoche vi la señal de tu padre desde la torre, Jorge. Casualmente estaba mirando en aquella dirección. Hizo más señas de las normales, ¿verdad?

—Si —contestó Jorge—. Muchas gracias. Voy a mirar un momento.

Se acercó al telescopio y lo dirigió hacia su isla. Fue inútil. No logró descubrir ni a su padre ni a Tim. Debían de encontrarse abajo, en el laboratorio. Dirigió otra ojeada a la galería encristalada de la torre. También estaba vacía. Jorge dejo escapar un suspiro. Le habría gustado tanto ver a Tim.

Los demás observaron a su vez por el telescopio uno tras otro. Pero nadie localizo a Tim. No había duda de que se mantenía junto a su amo. ¡Era un autentico y fiel guardián!

—Bueno. ¿Que os parece si vamos a ver que le ha ocurrido a Martín? —propuso Julián cuando todos terminaron de manipular con el anteojo—. Esta a punto de empezar a llover de nuevo. Es otro chaparrón de abril. Podríamos esperar en la casa de Martín a que pase el chubasco.

—De todas maneras, no volveré a irme de la lengua —aseguró Jorge—. He comprendido tu punto de vista y, aunque el señor Curton no sea peligroso, prometo no soltar prenda.

—¡Enhorabuena! —dijo Dick complacido—. Has hablado como un hombrecito.

—¡Idiota! —replicó Jorge, pero el cumplido le había gustado. No podía ocultarlo.

A través de la verja vecina, se dirigieron a la casa de Martín. Nada mas entrar en el jardín oyeron una voz desagradable.

—¡No te lo permito! No tienes otro interés que ir embadurnando por ahí con tus pinceles. Creí que ya se te había quitado esa idea de la cabeza. Has de quedarte quieto hasta que tu pierna mejore. ¡Mira que caerte precisamente ahora que tanto te necesito!

Ana se detuvo algo asustada. La voz que oían a través de la ventana pertenecía al señor Curton. Estaba riñendo a Martín por algún motivo desconocido. No había duda Los chicos se quedaron inmóviles, sin atreverse a penetrar en la casa.

Luego oyeron un brusco portazo y vislumbraron al señor Curton, que abandonaba la casa por la parte posterior. Atravesó a toda marcha el jardín del fondo, por un camino que se dirigía al lado contrario del acantilado. De allí partía un sendero que conducía al pueblo.

—¡Menos mal! Se ha ido sin vernos —exclamó Dick—. ¡Quien iba a pensar que un hombre tan amable y sonriente pudiera tener una voz tan antipática y brutal cuando pierde los estribos! Vamos, entremos ahora que está solo el pobre Martín.

—¡Somos nosotros! —anunció suavemente Julián—. ¿Podemos entrar?

—¡Oh, si! —contestó Martín con alegría.

Julián empujo la puerta y los cuatro se introdujeron en la habitación.

—¡Vaya, vaya! Nos han dicho que has sufrido un accidente —dijo Julián—. ¿Qué te ha ocurrido? ¿Te encuentras muy mal?

—No, solo me torcí una pierna y me dolía tanto al andar que papa me tuvo que traer a casa en brazos —explico Martín—. ¡Que cosa más desagradable y tonta!

—Pronto te curaras si no es mas que una torcedura —lo consoló Dick—. A mi me ha pasado muchas veces. Lo importante es caminar tan pronto como puedas hacerlo. ¿Donde te ocurrió el accidente?

Martín se sonrojo de pronto, con gran sorpresa de todos. Luego explicó:

—Andaba por el borde de la cantera con mi padre cuando resbale y rodé.

Se produjo un silencio. En seguida Jorge pregunto:

—Oye una cosa. Espero que no habrás revelado nuestro pequeño secreto a tu padre, ¿verdad? No resulta nada divertido que los mayores metan las narices en nuestras cosas. Los descubrimientos tenemos que guardarlos para nosotros solos. ¿No le habrás contado lo del hoyo y el pasadizo debajo de la roca? ¡Dinos la verdad!

Martín titubeo:

—Me temo que he de confesar mi falta. Así lo hice. No creí que tuviera importancia. ¡Lo siento muchísimo!

—¡Maldita sea! —estalló Dick—. ¡Era nuestro propio y exclusivo descubrimiento! Pensábamos ir esta tarde a explorarlo, pero temíamos que estuviera demasiado mojado el lugar y pudiéramos resbalar y caer.

Julián miro con fijeza a Martín:

—Supongo que eso es, precisamente, lo que te ha sucedido a ti. Trataste de descender y resbalaste.

—Si, eso fue. ¡Lo siento de verdad! —respondió Martín—. No creí que fuera un secreto. Se me ocurrió mencionarlo ante mi padre, sin ningún interés especial. Solo por decir algo. Y él quiso ir a verlo con sus propios ojos.

—Bueno… Supongo que los periodistas son todos iguales —comentó Dick—. Siempre han de ser los primeros en llegar a los sitios. Al fin y al cabo, es su trabajo. Bien, Martín, no te preocupes más por la cuestión. Pero procura mantener a tu padre lejos de la cantera. Nos gustaría explorarla nosotros antes de que nadie mas la descubra. Aunque lo mas probable es que no encontremos nada especial en ella.

Hubo una pausa. Ninguno sabía que decir. Martín tampoco encontraba tema de conversación. No hablaba como un muchacho corriente. Jamás hacia un chiste ni decía barbaridades.

—¿No te sientes fastidiado por tener que estar aquí tendido sin moverte? —preguntó Ana, sintiéndose compasiva.

—¡Si, mucho! Le pedí a mi padre que fuese a casa del guardacostas y me trajera unas figuritas que le prometí pintar, pero se ha negado, ¿sabéis? ¡Me gusta tanto pintar! ¡Aunque sea una cosa tan insignificante como los uniformes de los pequeños ferroviarios! Con tal de tener un pincel en mis manos y colores para escoger, ya me siento feliz.

Aquel había sido el discurso más largo que los cuatro niños habían oído a Martín. La tristeza desapareció de su rostro mientras hablaba, para dejar paso a una expresión de alegría y entusiasmo.

—Ya. Me figuro que quieres ser artista —exclamó Ana. Y añadió — también a mí me gustaría serlo.

—Pero, Ana… ¡Si tú eres incapaz de dibujar un gato que se le

parezca en lo más mínimo! —se burlo Dick—. Y cuando dibujas una vaca se tiene la impresión de que pretendías pintar un elefante.

Martín sonrió ante la indignación que mostraba el rostro de Ana.

—Voy a enseñaros algunas de mis pinturas. Las tengo escondidas porque mi padre no me consiente pensar en llegar a ser pintor.

—No te levantes si no puedes —se ofreció Julián—. Yo las buscare por ti.

—No te preocupes. Me conviene intentar andar —dijo Martín levantándose de la tumbona en que estaba echado. Apoyo el pie malo en el suelo y se irguió—. No es tan grave como parece.

Se dirigió cojeando a través de la habitación hasta una librería. Metió la mano por detrás del segundo estante y saco una carpeta muy grande de dibujo. La llevó a la mesa, la abrió y fue sacando de su interior varias pinturas.

—¡Dios mío! ¡Que bonitas son! —exclamó Ana—. ¿De veras las pintaste tú?

No parecían muy apropiadas para ser hechas por un muchacho, porque todas representaban flores y árboles, pájaros y mariposas, muy bien dibujados y coloreados con gran perfección. En cada detalle se advertía el gran cuidado y amor que el autor había depositado en su obra.

Julián las contemplo sorprendido. En este muchacho había, sin duda, una gran vocación. Preciso era confesar que aquellos dibujos aparentaban ser tan buenos como cualquiera de los que había visto en las exposiciones. Cogió unos cuantos para verlos mejor cerca de la ventana.

—¿Es posible que tu padre piense que tus pinturas no son buenas? En mi opinión, merecería la pena que estudiases en Bellas Artes.

—Papa odia esta afición mía —contestó Martín con tristeza—. En una ocasión me escape de la escuela y me inscribí en otra de Artes y Oficios, pero él me encontró y me prohibió pensar en dibujar nunca más. Él opina que es una labor blandengue e indigna de un hombre. Por eso ahora lo hago únicamente en secreto.

Los niños contemplaron a Martín con simpatía. Les parecía algo deplorable que a un niño sin madre le tocara en suerte un padre que aborreciera lo que más amaba su único hijo. No era de extrañar que

presentara siempre un aspecto tan triste y apagado.

—¡Que mala suerte! —manifestó Julián, luego de una pausa—. Me gustaría hacer algo por ayudarte.

—Si de verdad queréis ayudarme, os agradecería que me trajeseis aquellas figuritas que hace el guardacostas —suplicó Martín—. ¿Lo haréis? Mi padre no volverá hasta las seis. Tendré tiempo de terminarlas y vosotros me haréis compañía y merendareis conmigo. ¿No os importara? ¡Es tan triste estar solo! ¡Me fastidia tanto la soledad!

—Si, voy a buscarte lo que pides —dijo Julián—. No puedo comprender por que no te permiten hacer algo que te guste y te divierta, por lo menos ahora que no puedes moverte. De paso, llamaremos por teléfono a mi tía para que sepa que nos quedamos aquí a merendar. Pero…, oye una cosa…, no quisiéramos terminar tus provisiones.

—No os preocupéis por eso —respondió Martín muy contento—. Hay muchísima comida en casa. Mi padre tiene siempre mucho apetito… ¡Y yo os agradezco tanto vuestra compañía!

Mientras Julián hacia la llamada a su tía, las niñas y Dick se encaminaron hacia la casa del guardacostas, en busca de las figuritas y las pinturas. Al regresar, las colocaron en una mesita, al lado del sofá de Martín. A este se le iluminaron los ojos. Parecía una persona distinta.

—¡Esto es maravilloso! Voy a empezar en seguida. Es un trabajo algo monótono, pero significa una gran ayuda para el viejo de la casa vecina. Y yo soy feliz con solo tener un pincel entre los dedos.

Martín se mostró muy diligente en pintar las vestimentas de los hombrecitos. Trabajaba tan pulcramente y con tanta exactitud, que Ana seguía sus movimientos como hechizada.

Jorge, entre tanto, se dirigió a la despensa, con objeto de preparar la merienda. En efecto, tal como había dicho Martín, había gran abundancia de comida. Cortó rebanadas de pan y las unto de mantequilla. Después encontró un tarro de miel y descubrió además una gran caja llena de chocolatinas. También aparecieron algunos buñuelos de jengibre. Puso un pote a hervir.

—¡Esto es estupendo! —repitió Martín—. Me gustaría que mi padre no regresase hasta las ocho. Y ahora que me acuerdo, ¿donde

esta vuestro perro? Siempre lo traíais con vosotros. ¿En donde tenéis a Tim?

Capítulo 14

Un sobresalto para Jorge

Dick miro hacia su prima. En realidad, no tendría la menor importancia confesar a Martín la verdad sobre el paradero de Tim, siempre que no se mencionara la razón por la cual se había quedado en la isla.

Sin embargo, Jorge estaba firmemente resuelta a sujetarse la lengua esta vez. Respondió algo sofocada:

—¿Quien? ¿Tim? Lo dejamos en casa hoy. Está muy bien.

—Supongo que se habrá ido de compras con vuestra madre, con la esperanza de una visita al carnicero —insinuó Martín. Era la primera vez que el muchacho se atrevía a insinuar una pequeña broma ante sus nuevos amigos y, aunque no se podía considerar en exceso graciosa, el auditorio la celebro echándose a reír con toda cordialidad.

Martín quedo satisfecho y se dedico a idear un nuevo chiste, mientras sus diligentes manos iban decorando con pintura roja, verde, azul y amarilla las figuritas de madera.

La merienda no dejó nada que desear. Después, cuando el reloj señalaba ya las seis menos cuarto, los niños transportaron cuidadosamente las figuras a casa del guardacostas, quien las recibió encantado. Dick se ocupo de guardar los botes de pintura y metió el pincel en un tarro de aguarrás.

—¿Que me decís ahora? ¿Verdad que es listo ese muchacho? —comentó el guardacostas contemplando las figuras—. Parece algo atontado y triste, pero no es mal muchacho, no.

—Quiero echar otra mirada por el telescopio antes de que sea

demasiado tarde —manifestó Jorge.

Y dicho y hecho, apunto hacia su isla. Tampoco esta vez se veían huellas de Tim ni de su padre. Se quedo un rato todavía mirando y luego se reunió con los demás. ¡Estaba desilusionada! Denegó con la cabeza cuando los otros formularon con un gesto una muda pregunta.

Los niños volvieron a casa de Martín, a fin de lavar la vajilla de la merienda y celebrar la habilidad del pintor. Ninguno mostraba el menor deseo de esperar el regreso del señor Curton. Por lo visto, el escaso afecto que le profesaban había desaparecido a partir del momento en que fueron testigos de la dureza con que trataba a Martín.

—¡Gracias por esta tarde tan agradable! —exclamó este al despedirlos, en tanto les acompañaba cojeando hasta la puerta—. Añoraba mis botes de pintura y, por añadidura, he disfrutado de vuestra simpática compañía.

—Estas muy compenetrado con tu pintura —comentó Julián—. Es tu verdadera vocación. Tú lo sabes. Debes hacer todo lo que este en tu mano para llegar a ser pintor, ¿comprendes?

—Claro que lo comprendo —contestó Martín, y su cara volvió a ensombrecerse—. Sin embargo, hay ciertas cosas que harán difícil que lo consiga. Cosas que debo ocultaros. Pero no importa. Me atrevo a decir que todo terminara por arreglarse algún día. Y llegare a ser un artista famoso y mis cuadros quizá se expongan en los museos.

—Vámonos pronto —dijo Dick a Julián en voz baja—. Su padre esta al caer.

Efectivamente, los chicos comprobaron por el rabillo del ojo que el señor Curton se acercaba a la casa y salieron a toda prisa por el sendero del acantilado.

—¡Que hombre mas horrible! —exclamó Ana—. ¡Mira que prohibirle a su hijo hacer lo que tanto le gusta! ¡Y parecía tan fino y educado!

—Si, en visita —repuso Dick, sonriendo ante las palabras de Ana —. Por desgracia, abunda en el mundo la gente como el, con dos caras: una para su familia y otra muy diferente para tratar con los extraños.

—Espero que al señor Curton no se le haya ocurrido explorar él solo el pasadizo que encontró Tim en la pared de la cantera —manifestó Jorge, mirando hacia atrás para vigilar al hombre mientras este se aproximaba a la puerta trasera de su casa—. Me daría mucha rabia que nos privara de nuestra diversión. Es posible que no haya nada allí, pero incluso el descubrir que no hay nada resulta muy divertido.

—¡Vaya lió que te has armado! —comentó Dick riendo—. Pero entiendo perfectamente lo que quieres decir. ¿No te parece que la merienda fue estupenda?

—Si —repuso Jorge mirando a su alrededor con aire ausente.

—¿Que te ocurre? —preguntó Dick—. ¿Que estas buscando?

—¡Pero que tonta soy! —replicó Jorge—. ¡Pues no estaba buscando a Tim! Estoy tan acostumbrada a tenerlo entre mis piernas, que no me puedo hacer a la idea de que no esta conmigo.

—Yo también siento algo por el estilo —dijo Julián—, como si algo me faltase durante todo el tiempo. ¡Vaya con el buen Tim! Todos le echamos de menos, aunque es natural que a ti, Jorge, te pase más que a ninguno.

—Si, sobre todo en la cama por la noche —contestó esta—. No acabo nunca de dormirme sin su compañía.

—No te preocupes. Rellenare un cojín y lo pondré a los pies de tu cama —se ofreció burlonamente Dick—. Te hará el mismo efecto que si fuese Tim.

—No me hará el mismo efecto, ni mucho menos —contestó Jorge indignada—. De todos modos, no olería como el. ¡Tiene un olor tan especial!

—Si, tiene olor a Tim —asintió Ana—. También me gusta a mí.

El resto de la tarde transcurrió muy rápido para ellos, jugando unas interminables partidas de parchís. Una vez acostados, Julián se mantuvo despierto, vigilando desde la cama las señales de su tío. No es preciso añadir que Jorge no se movió de la ventana del cuarto de los niños, esperando que diesen las diez y media.

—¡Ahora! —grito Julián. En el mismo instante en que pronunciaba la palabra, el primer destello de la linterna relumbró en la torre.

—Uno —contó Jorge—, dos, tres, cuatro, cinco, seis.

Espero ansiosa a que se produjera una nueva señal. No la hubo.

—Ya puedes acostarte tranquila —le aconsejo Julián—. Tu padre se encuentra bien y eso significa que Tim también lo esta. Es casi seguro que el tío Quintín se haya acordado de darle una buena cena. Así, el habrá comido también como es debido.

—Bueno. Ya se encargaría Tim de recordárselo si papá se hubiera olvidado —aseguro Jorge deslizándose fuera del dormitorio —. Buenas noches, Dick; buenas noches, Julián. Hasta mañana, si Dios quiere.

Regreso a su habitación, arrebujándose sin perdida de tiempo entre las sábanas. Era triste no sentir a Tim sobre sus pies. Dio vueltas durante un rato, añorando la presencia de su amigo, pero al fin la rindió el cansancio. Soñó con su isla. Se encontraba en ella, con Tim, y entre ambos descubrían un tesoro, formado por lingotes de oro, abajo, en las mazmorras. ¡Que sueño tan interesante!

La mañana siguiente amaneció de nuevo serena y soleada. El cielo de abril era tan azul como los nomeolvides que se abrían en el jardín. Jorge miro por la ventana del comedor a la hora del desayuno, pensando en si a Tim se le ocurriría buscarla por la isla.

—¿Piensas en Tim? —preguntó Julián riendo—. No te preocupes. Dentro de una hora o así, lo tendrás delante de tus ojos, gracias al telescopio del guardacostas.

—Pero ¿de verdad será posible ver a Tim cuando tu padre haga las señales? —preguntó su madre—. Nunca lo hubiera creído.

—Pues claro que es posible, mama —explicó Jorge—. Se trata de un anteojo muy potente. Voy a subir un momento a hacer mi cama y luego me marcharé ya hacia el acantilado. ¿Quiere alguien acompañarme?

—Necesito que por lo menos Ana me ayude a revisar la ropa —intervino su madre—. Tengo que escoger algunos vestidos y ropas que me ha pedido el párroco para su tómbola benéfica. ¿No te importara ayudarme, Ana?

—No, tía, lo haré con mucho gusto —contestó la chica—. ¿Que vais a hacer vosotros, Julián y Dick?

—Me parece que habré de empezar alguno de mis deberes de vacaciones esta mañana —dijo Julián con un suspiro—. No es que me apetezca mucho, pero siempre lo dejo para última hora y luego

me veo en un apuro. Y a ti no te vendría mal hacer lo mismo, Dick. Sabes muy bien como eres. El último día te los encontraras sin tocar si te descuidas.

—Conforme. Lo haré —respondió Dick—. ¿No te importara ir sola a casa del guardacostas? ¿Verdad, Jorge?

—¡En absoluto! —exclamó esta—. Regresare pronto, en cuanto le haya echado una mirada a Tim y a papá a la hora fijada.

Subió a toda prisa a hacer su cama. Julián y Dick marcharon en busca de sus libros y cuadernos. Ana arregló también su cama y volvió a bajar a fin de ayudar a su tía. Al cabo de un rato, Jorge grito:

—¡Adiós!

Y salió de la casa como un torbellino.

—¡Vaya terremoto! —exclamó su madre—. Esta chiquilla no sabe andar cuando hay la menor posibilidad de correr. Ana, por favor, colócame la ropa en tres montones, en uno las piezas inservibles, en otro las que estén algo gastadas y en el tercero las ropas que estén aun en buen uso.

Antes de dar las diez y media, Julián subió a su cuarto para observar, desde la ventana, las señales de su tío. Espero pacientemente. Pocos segundos después de la hora convenida se iniciaron los destellos: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Estaba bien. Ahora Jorge se quedaría tranquila para el resto del día y, a lo mejor, podrían por la tarde ir a explorar la cantera. Julián retorno a sus libros y pronto se sumergió en su trabajo, mientras Dick, a su lado, no cesaba de gruñir.

Serían las once menos cinco, cuando se oyó el ruido producido por alguien que se acercaba corriendo y el rumor de una respiración jadeante. Instantes después aparecía Jorge en la puerta del cuarto de estar, donde los dos chicos estaban haciendo sus deberes. Ambos levantaron la cabeza sorprendidos.

La niña tenía la cara sofocada y el pelo alborotado. A duras penas consiguió recobrar el aliento suficiente para comunicarles:

—¡Julián! ¡Dick! Algo ha ocurrido. Tim no estaba allí.

—¡Caramba! ¿Que dices? —preguntó Julián, estupefacto.

Jorge se derrumbo sobre una silla, resoplando todavía. Los muchachos pudieron advertir que estaba temblando.

—Algo muy grave ha debido pasar, Julián. Te digo que Tim no estaba en la torre cuando se hicieron las señales.

—Bueno, ¿y que? Eso no significa mas que tu padre se olvido de subirlo con el —manifestó Julián, con tono tranquilo y compasivo —. ¿Que es lo que viste exactamente?

—Yo tenía el ojo pegado al telescopio —explicó su prima—, cuando vi que alguien penetraba en la habitación de cristal, en lo alto de la torre. Traté de descubrir a Tim, pero os aseguro que no había ni rastro de el. Conté los destellos y el hombre desapareció. Eso fue todo. ¡Ni sombra de mi perro! ¡Oh, Julián, me siento tan inquieta!

—Bueno. No es para tanto —respondió Julián procurando calmarla—. Escucha, ya te he dicho lo que me figuro que ha ocurrido. Tu padre se olvido de Tim. Nada más. Puesto que le viste él, no hay duda de que todo marcha normalmente.

—No me preocupa papá en este momento —sollozó Jorge—. El debe encontrarse bien, ya que hizo las señales. Pero ¿y Tim? Sabes muy bien que aunque papá se olvidase de él, el perro lo hubiera seguido.

—Tu padre puede haber cerrado la puerta de la escalera de la torre, impidiendo así que Tim entrase detrás de él.

—Es posible —concedió su prima frunciendo el ceño—. No había pensado en ese detalle. Pero te aseguro, Julián, que ahora estaré preocupada todo el día. ¿Por que no me habré quedado con Tim? ¿Que voy a hacer ahora?

—Espera hasta mañana por la mañana —propuso Dick—. Entonces verás al viejo Tim sano y salvo.

—¡Hasta mañana! ¡Dios mío, es demasiado tiempo! Me parecerá un siglo la espera —se lamento la pobre chica. Escondió la cara entre sus manos, sollozando—. Nadie comprende cuanto quiero a Tim. Puede que te mostrases más comprensivo si tuvieses un perro tuyo, Julián. Siento un no se qué. No lo puedo explicar. Pero es muy triste… ¡Mi pobre Tim! ¿Te encontraras bien?

—¡Desde luego que esta bien! —gritó impaciente Julián—. No seas cursi. Reacciona, por favor.

—Tengo el presentimiento de que algo terrible esta pasando —prosiguió Jorge con obstinación—. Perdona, Julián, pero creo que

mi obligación es marcharme en seguida a la isla.

—¡De ninguna manera! —contestó Julián con energía—. ¡Basta ya de estupideces! No seas absurda, Jorge. Nada malo ocurre, excepto que tu padre es un sabio distraído. Nos ha transmitido la señal de que todo marcha bien. Eso es suficiente. No hay motivo para que le armes una trifulca a tu padre, ¡seria desastroso!

—Bueno… Trataré de tener paciencia-dijo la niña con insospechada mansedumbre. Sin embargo, parecía abrumada.

Julián prosiguió con voz algo más dulce:

—¡Anímate, Jorge! ¡Siempre has de tomar las cosas por la tremenda!

Capítulo 15

En medio de la noche

Jorge no hizo ya mas aspavientos y se guardo para sí misma sus preocupaciones. Subió al piso superior con una mirada trágica en sus ojos azules, pero tuvo el buen sentido de no manifestar a su madre lo preocupada que se hallaba a causa de la ausencia de Tim en la habitación de cristal en tanto su padre efectuaba las señales. Se limito a mencionar el hecho, sin ningún comentario. Su madre fue de la misma opinión que Julián.

—Seguro que se olvido de su promesa de subir al perro consigo. ¡Es tan distraído tu padre cuando se absorbe en su trabajo…!

Los niños decidieron ocuparse aquella tarde en la exploración del extraño túnel que Tim había descubierto debajo de la repisa formada por la roca saliente en la cantera. Se pusieron en camino después del almuerzo. No obstante, cuando llegaron allí, no se atrevieron a descender por las rocas. La lluvia del día anterior había hecho varios estropicios y la bajada resultaba peligrosa al estar todo el terreno mojado y resbaladizo.

—¡Mirad! —dijo Julián, señalando unos arbustos y plantas pequeñas, que aparecían arrancados—. Apuesto a que este es el lugar por donde Martín se cayo ayer. ¡Caramba! Podía haberse desnucado.

—Si… Será mejor que no tratemos de descender hasta que este seco como el otro día.

Los chicos se sentían muy desilusionados. Habían llevado linternas, cuerdas y picos para hacer espeleología y estaban ansiosos por vivir aquella aventura, nueva y excitante.

—Bueno, ¿y que hacemos ahora? —preguntó Julián.

—Yo me marcho a casa, estoy cansada —respondió Jorge de modo inesperado—. Vosotros podéis dar un paseo.

Ana miro a su prima y se apercibió de que estaba muy pálida.

—Yo te acompañaré, Jorge —le dijo, pasándole el brazo por encima de los hombros. Ella se aparto de su lado y rechazo su oferta.

—No, gracias, Ana. Necesito estar sola.

—Como quieras. Nosotros iremos hacia el acantilado —decidió Julián—. Aquella parte estará ya seca y se respira muy bien. Hasta luego, Jorge.

Así lo hicieron. Los tres hermanos se encaminaron hacia el mar, mientras su prima se dirigía a «Villa Kirrin».

Al llegar a casa, comprobó que su madre había salido y Juana estaba arriba, en su dormitorio. La niña entro en la despensa y se apodero de varias provisiones. Hizo un paquete con ellas y volvió a salir de la casa con todo sigilo.

Acto seguido fue en busca de Jaime, el hijo del pescador:

—Jaime, te necesito —le dijo—. Por favor, no digas nada a nadie. Tengo que ir a la isla de Kirrin esta noche sin falta. Estoy preocupada por Tim, desde que lo dejamos allí. Prepara mi barca para las diez de la noche.

Jaime se mostraba siempre dispuesto a lo que fuese con tal que se lo pidiese Jorge. Aprobó con la cabeza y no formuló ninguna pregunta indiscreta.

—De acuerdo, señorita Jorge. Estará preparada puntualmente. ¿Hay que cargar algo dentro?

—Si, este paquete —contestó la chica—. Pero, por lo que mas quieras, no me traiciones, Jaime. Estaré de regreso mañana por la mañana si encuentro bien a Tim.

Regresó a toda prisa a su casa, abrigando la esperanza de que Juana no se diera cuenta de la falta de víveres.

«No puedo remediarlo. No sé si hago mal o bien —pensaba—. Lo único de que estoy segura es de que algo no funciona respecto a Tim y tampoco se puede afirmar que a mi padre no le ocurra nada. A pesar de lo distraído que es, le creo incapaz de haber olvidado su solemne promesa de subir a Tim con el cada vez que hiciera las

señales. No tengo más remedio que ir a la isla. Lo siento si me juzgan mal. Pero sé que debo hacerlo».

Entre tanto, sus primos regresaban de su paseo. Se sentían intranquilos por el mal humor de Jorge, ¡era una niña tan inquieta e inconstante! Sin embargo, nada dijeron. Merendaron juntos y después se dedicaron con ardor a trabajar en el jardín de tía Fanny. Jorge intervino también en la tarea. No obstante, su cabeza estaba muy lejos de lo que hacía, y por dos veces su madre tuvo que llamarle la atención, pues arrancaba sin discriminación brotes y malas hierbas.

Así fue pasando la última parte del día hasta que llegó la hora de ir a la cama. Las chicas se acostaron cerca de las diez, concretamente a las diez menos cuarto. Ana estaba muy cansada y se durmió de modo instantáneo. Tan pronto como oyó que su prima respiraba con regularidad, demostrando que se hallaba profundamente dormida, Jorge se volvió a vestir. Se puso el jersey mas grueso y de mayor abrigo que poseía, recogió su impermeable, sus katiuskas y una gruesa manta y salio de la casa.

Una vez en el exterior, se sumergió en la oscuridad de la noche. El cuarto creciente iba ya bastante adelantado, por lo que la luna alumbraba mas de lo que había esperado la niña. Se alegro al comprobarlo. Así encontraría mejor el camino entre las rocas, aunque estaba segura de poder gobernar su barca incluso en la mayor oscuridad. Jaime la estaba esperando, con la barca preparada.

—Todo esta a bordo —susurró—. Yo la empujare. Pero tenga mucho cuidado, señorita, y si nota que ha rozado alguna roca, reme cuanto pueda para ir más de prisa. De este modo llegara antes de que se llene de agua y estará a salvo. ¿Lista?

Jorge se adentro en el mar, oyendo el chapoteo del agua contra los costados del bote. Suspiro con alivio al verse lejos de la playa y se puso a remar con todas sus fuerzas para acercarse a la isla. Mientras remaba, la asalto el pensamiento de que quizá no llevaba lo que necesitaba:

«A ver: dos linternas, mucha comida, un abrelatas, algo para beber, una manta para abrigarme en la noche…», repaso.

En tanto Jorge proseguía su travesía, en «Villa Kirrin» Julián

permaneció en guardia, esperando las señales de cada noche.

«Las diez y media —pensaba—. Es hora de las señales… Ya empiezan: una, dos, tres, cuatro, cinco y seis. Correcto. Seis y ninguna mas».

Se sentía muy extrañado de que su prima fallara esta noche. Siempre acudía a su habitación para vigilar con ellos.

Se levantó y acercándose a la puerta del cuarto de las chicas, la entreabrió y metió la cabeza:

—Jorge —dijo en voz baja—. Todo va bien. He visto las señales de tu padre.

No hubo contestación. Julián escuchó un momento y oyó la respiración regular del sueño, sin advertir que el sonido correspondía a una sola persona. Volvió a su cuarto. Las chicas estaban ya profundamente dormidas. Bueno. Eso demostraba que Jorge no estaba tan preocupada por Tim como se temían. Julián se metió en su cama. No podía imaginarse que la de Jorge estuviera vacía. Y menos aun que, en aquel momento, ella se encontrase luchando contra las olas que rodeaban la isla de Kirrin.

La travesía estaba resultando, en efecto, más dificultosa de lo que ella había calculado, porque la luna no daba, en realidad, tanta claridad como necesitaba y además había adquirido la mala costumbre de ocultarse tras una nube justo en los momentos en que más se la necesitaba. Merced a su habilidad y a su buen instinto, se abrió camino por el derrotero que se había trazado mentalmente. A Dios gracias, la marea estaba alta, por lo que la mayor parte de las rocas quedaban sumergidas y no era difícil sortearlas. Por último, arribó a la isla y logró enfilar la barca hacia la pequeña ensenada. Allí el agua aparecía en perfecta calma. Bogando un poco, se adentró con la barca por encima de la fina arena que formaba la reducida playa. Rodeada por las más profundas tinieblas, pensó: «¿Qué voy a hacer ahora?» Desconocía por completo el lugar donde su padre había establecido su escondite. Sin embargo, estaba segura de que la entrada tenía que estar en algún lugar cerca de la habitación de piedra. ¿Se dirigiría hacia allí? Si, eso sería lo mejor. Aquel constituía el único refugio para guarecerse durante la noche. Encendería la linterna tan pronto como se hallase allí dentro. Buscaría la entrada y, si la encontraba, entraría para dar una

sorpresa a su padre. Cuando Tim la viese, se volvería loco de alegría.

Recogió el pesado paquete, se echó la manta sobre el brazo y se puso en camino. No se atrevió a encender la linterna por si acaso el enemigo desconocido merodeaba por allí. Al fin y al cabo, su padre afirmaba su existencia. Lo había oído toser. Jorge no sentía el menor miedo. Ni siquiera se le ocurrió pensar en tenerlo. Todos sus pensamientos se dirigían hacia su perro, obsesionada por la necesidad de asegurarse de que continuaba sano y salvo.

Llego a la habitación de piedra, que aparecía completamente oscura. Ni un pequeño rayo de luna lograba penetrar en su interior. Tuvo que encender la linterna. Deposito su paquete en el suelo, adosado al muro, cerca de la chimenea. Se envolvió en la manta, se sentó a descansar y apago la linterna.

Al cabo de un rato se levanto con precaución y volvió a encenderla. Empezó a buscar el escondite. ¿Donde demonios podía estar aquella misteriosa puerta? Dirigió el haz de su linterna a cada baldosa del suelo. Ni una sola parecía haber sido removida. No había la menor huella de una posible entrada subterránea.

Recorrió las paredes y las examino con gran atención. No encontró señales de que una puerta secreta se ocultara entre aquellas piedras que formaban los muros. ¡Era desesperante! No se le ocurría ninguna otra idea.

Se arrebujo en la manta, con objeto de meditar un poco. Hacia frió en la estancia y se estremeció, mientras, sentada en la oscuridad, trataba de desentrañar el misterio de la entrada invisible.

De súbito se dejo oír un ruido extraño. Dio un brinco y se quedó como petrificada, conteniendo la respiración. Primero pareció como si rascasen, luego un ligero golpe. Los sonidos procedían de la campana de la chimenea. Jorge se mantuvo inmóvil, con los ojos y los oídos en excitada tensión.

Un haz de luz salió por debajo de la campana del hogar. Se oyó la tos de un hombre. ¿Sería su padre? A veces tosía de la misma manera. Escuchó con mayor atención. El foco de luz parecía ensancharse. Luego resonó un nuevo ruido, como si alguien saltara desde un sitio más alto. Y por fin una voz:

—¡Adelante!

¡Horror! No era la voz de su padre. Jorge se sintió invadida por una oleada de pánico. Y si no era la voz de su padre, ¿qué significaba aquello? Y, sobre todo, ¿qué les ocurría a él y a Tim?

Alguien más salto en el interior de la chimenea, gruñendo:

—No estoy acostumbrado a esta manera de trepar.

«Tampoco es esta voz la de mi padre —pensó Jorge—. De manera que son dos los enemigos, no uno, y conocen el laboratorio secreto de papa».

La niña se sintió desfallecer de miedo. ¿Que diablos les habría sucedido a su padre y a Tim? Dos hombres salieron por la chimenea, sin advertir su presencia. Supuso que se dirigirían a la torre. ¿Cuanto tiempo permanecerían ausentes? ¿Lo suficiente para poder escudriñar el lugar por donde habían aparecido?

Volvió a aguzar los oídos y percibió las pisadas de los hombres atravesando el gran patio. Caminó de puntillas hasta la puerta y miró hacia afuera. Se veían las luces de sus linternas que se alejaban en dirección a la torre. Si subían, dispondría del tiempo suficiente para echar una ojeada.

Regreso al pequeño recinto de piedra. Sus manos temblaban de tal manera que no lograba encender la linterna. Se metió en el hogar de la chimenea e iluminó su interior con la lámpara. Soltó entonces un ligero grito de sorpresa. A media altura, oculta por la campana, se divisaba una negra abertura. Evidentemente, una de las piedras era movible y se podía empujar hacia un lado, de manera que dejaba un paso libre. ¿Habría localizado, por fin, la entrada? ¿Coincidiría con los peldaños que se dibujaban en el mapa?

Sin atreverse apenas a respirar, se puso de puntillas y dirigió el haz de su foco al interior del agujero. Si, allí se veían los escalones. Conducían hacia abajo, por el interior del muro. Se acordó entonces de que el pequeño cuarto de piedra lindaba con un muro muy grueso.

Se quedo parada, sin saber que hacer. ¿Entraría a ver si conseguía encontrar a Tim y a su padre? Si lo hacia, corría el peligro de caer a su vez prisionera. Por otro lado, si los intrusos volvían y cerraban la entrada, ella no sería capaz de abrirla de nuevo…

«Entraré —se decidió de pronto—. Sin embargo, será mejor que lleve conmigo el paquete y la manta, no sea que los hombres regresen y lo descubran. No me conviene que se enteren de que estoy en la isla si puedo evitarlo. Espero que me sea posible encontrar algún lugar donde esconderme. No me extrañaría que esta entrada comunique con las mazmorras».

Recogió la manta y el paquete y los arrojó a través del agujero. Oyó como el paquete rodaba escaleras abajo, chocando de escalón en escalón. Después, se introdujo ella misma:

«¡Dios mío! —pensó excitada—. ¡Que cantidad de peldaños! ¿Adónde me llevara esta escalera?»

Capítulo 16

Descenso a los subterráneos

Comenzó a bajar con gran cautela los escalones de roca, completamente en ruinas.

«Todo hace pensar que se dirigen hacia abajo por el interior del muro de piedra —pensó—. ¡Cielos, aquí hay un estrecho pasadizo!»

Era tan estrecho que se vio forzada a pasar de lado.

«¡Un hombre gordo jamás podría pasar por aquí! —dijo para si —. ¡Anda! ¡Los escalones se han terminado!»

Se había colocado la manta sobre los hombros y recogido la bolsa en el descenso. En la otra mano sostenía la linterna. La oscuridad y el silencio que reinaban allá abajo eran estremecedores. No obstante, Jorge no estaba asustada, porque esperaba ver a Tim de un momento a otro. No se podía sentir miedo sabiendo que Tim se hallaba a la vuelta de la esquina, a punto de darle la bienvenida.

Se detuvo al pie de los escalones. La linterna alumbró el estrecho túnel. Daba la vuelta bruscamente a la izquierda.

«¿Se llegará o no a las mazmorras desde aquí? —pensó tratando de orientarse—. No pueden estar ya lejos. Pero, por el momento, no hay ninguna señal de los subterráneos».

Fue descendiendo por el angosto pasadizo. Por un corto trecho casi tuvo que arrastrarse. La linterna relució contra el techo de roca negra, consistente, demasiado dura para que los constructores del túnel la horadaran. Por eso era tan bajo.

El pasadizo seguía adelante, adelante… La niña estaba aturdida. Con toda seguridad, tenía que haber pasado ya las mazmorras. Lo más probable era que se encontrase cerca de la playa de la isla.

¡Que extraño! Entonces, este túnel, ¿no conducía a los subterráneos? ¡Un poco mas adelante y penetraría bajo el mismísimo lecho del mar!

El túnel presentaba ahora un profundo desnivel en línea descendente. Aparecieron más escalones, tallados rústicamente en la misma roca. Jorge bajo por ellos con cuidado. ¿A que lugar del mundo irían a parar?

Al pie de los escalones, el túnel parecía estar horadado en la roca viva o quizá se trataba de un pasadizo natural, creado sin intervención del hombre. No podía asegurarse. La luz de su linterna se reflejaba contra la negra roca del techo y las paredes, y sus pies tropezaban sobre el irregular pavimento rocoso. ¡Como deseaba tener a Tim junto a sí!

«Debo de estar a mucha profundidad —pensó, deteniéndose y haciendo girar la linterna para explorar lo que la rodeaba—. Es un declive muy profundo y me ha llevado muy lejos del castillo. ¡Cielos! ¿Que será eso?»

Escuchó. Algún ser misterioso y oculto se lamentaba y gemía. ¿Sería uno de los experimentos de su padre? El ruido se repetía una y otra vez, un profundo e interminable quejido.

«¡Caramba! Es el mar —dijo Jorge. Se detuvo y atendió de nuevo—. Si, es el mar sobre mi cabeza. ¡Estoy debajo del fondo rocoso de la bahía de Kirrin!»

De pronto, la pobre niña se sintió invadida de temor. Pensó en las grandes olas, agitándose turbulentas sobre su cabeza, y se aterrorizó imaginando lo que ocurriría en caso de que el mar encontrase un camino para filtrarse en el estrecho pasadizo.

«No seas tonta —se reprendió con severidad—. Este túnel ha estado aquí, bajo el fondo del mar, durante cientos de años. ¿Por que iba a inundarse ahora, precisamente cuando tú, Jorge, estas aquí dentro?»

Reconviniéndose a sí misma en esta forma, con objeto de sostener su decaído animo, avanzo de nuevo. Verdaderamente resultaba algo muy extraño pensar que caminaba bajo el mar. De manera que era aquí donde su padre trabajaba…

De pronto, recordó que les había confiado una cosa la primera vez que lo habían visitado en la isla. ¿Que era?

«¡Ah!, si. Que necesitaba agua sobre y alrededor de él —pensó —. Ahora comprendo lo que quiso decir. Su laboratorio esta por aquí abajo. Así tiene agua por encima. Y en la torre la tiene todo alrededor, puesto que ha sido levantada en una isla».

¡Agua por encima y agua rodeándole! Eso era lo que su padre precisaba y por ello había elegido la isla de Kirrin para su experimento. ¿Como habría descubierto el pasadizo secreto?

«¡Hay que ver! ¡Y yo que ni siquiera había oído hablar de el! —siguió diciéndose la chica—. ¡Dios mío! ¿Que lugar es este?»

Se detuvo. El pasadizo se había ensanchado de repente, formando una inmensa caverna, bastante oscura, cuyo techo era inesperadamente alto. En la penumbra que reinaba en torno suyo, Jorge acertó a vislumbrar extraños objetos, objetos que no estaban al alcance de su comprensión: alambres, cajas de cristal, pequeñas máquinas que parecían trabajar sin producir ruido, y cuyas entrañas, en continua actividad, despedían una amortiguada y temblorosa luz.

De pronto, surgieron una serie de centelleos, acompañados por un raro olor que se esparcía por todo el subterráneo.

«¡Que maravilloso es todo esto! —pensó Jorge—. ¿Conseguirá papa entender todos esos artefactos y máquinas? ¿Dónde estará? Espero que aquellos hombres no le hayan hecho prisionero».

De esta original cueva de Aladino partía un nuevo túnel.

Jorge ilumino el camino con la linterna y avanzó por el. Era muy parecido al que acababa de dejar, si bien de techo más elevado.

Otra caverna más pequeña y llena de alambres de todas clases apareció ante su vista. Un curioso zumbido, como de miles de abejas en una colmena, zumbaba en el aire. La niña casi esperaba verlas revoloteando por allí.

«Deben de ser esos alambres los que producen el ruido», se dijo.

Tampoco se veía un alma en aquella cueva. De ella arrancaba otra. Jorge pensó que debía hallarse a punto de encontrar a Tim y a su padre.

Continúo su camino. Una vez más quedo defraudada. La nueva caverna estaba completamente vacía. La temperatura era muy baja, tanto que tiritó al entrar en ella. Bajó por un corto pasillo hasta

alcanzar otra también de dimensiones reducidas. Desde ella percibió una luz.

¡Una luz! Ahora si que cabía esperar el fin de su peregrinaje. Miró en torno suyo, alumbrándose con la linterna, y descubrió varias latas de conserva, botellas de cerveza, latas de dulce y un montón de trajes de diversas clases ¡Ah!, este era el sitio en que su padre guardaba las provisiones.

Se dirigió a la caverna en donde partía la luz, sorprendiéndose de que Tim no la hubiera descubierto aun y se lanzara disparado sobre ella.

Antes de penetrar oteó cautelosamente hacia el interior de la cueva cuya luz la había guiado. Sentado delante de una mesa, con la cabeza entre las manos, silencioso, estaba su padre. ¡Pero no había rastro de Tim!

—¡Papa! —exclamó Jorge.

El hombre sentado a la mesa tuvo un violento sobresalto y se volvió. Contemplo fijamente a su hija, como si no pudiese dar crédito al testimonio de sus ojos. Sin decir palabra, giro en su asiento y sepulto la cara entre sus manos.

—¡Papá! —llamó de nuevo la niña, asustada al ver que no parecía advertir su presencia, a pesar de haberla mirado.

El levantó la vista y esta vez se incorporó. Contempló con estupor la pequeña figura que se erguía ante él y luego se sentó lentamente. La niña corrió hacia el.

—¿Qué ocurre, papa? ¿Qué te pasa?

—¡Jorge! ¿Eres tú de verdad? Creí que soñaba cuando te he visto —respondió su padre—. ¿Como has llegado hasta aquí? ¡Buen Dios! Es imposible que puedas ser tú…

—Papá, ¿te encuentras bien? ¿Que ha sucedido? ¿Donde esta Tim? —Jorge disparó la serie de preguntas de un modo atropellado.

Miró por todas partes, pero no pudo localizarlo. Su corazón se paralizo. ¿Le habría pasado algo irreparable a Tim?

—¿Has visto a dos hombres? —preguntó su padre—. ¿Dónde están?

—¡Papá, por favor! No haces mas que preguntarme, pero no contestas a lo que yo te digo. Dime primero, ¿dónde está Tim? —suplicó la niña.

—No lo sé —contestó su padre—. ¿Han ido esos hombres al torreón?

—Si. Papa, ¿vas a decirme de una vez lo que ha pasado?

—Bien, si han ido al torreón, tendremos cerca de una hora de paz —anunció su padre—. Ahora atiéndeme con cuidado, Jorge, esto es terriblemente importante.

—Estoy escuchándote, pero date prisa y háblame de Tim.

—Esos dos hombres han sido lanzados en paracaídas, sobre la isla, con objeto de descubrir y apoderarse de mi secreto —explicó su padre—. Voy a decirte en que consisten mis experimentos, Jorge. Estoy tratando de encontrar un sustitutivo para el carbón y el petróleo, un invento que proporcionara al mundo todo el calor y la energía que necesite. Al mismo tiempo se solucionaría el posible agotamiento, ya previsto en principio, y se acabaría con las minas y su peligroso trabajo.

—¡Dios mio! —se extasió su hija—. ¡Sería una de las cosas más maravillosas del mundo si lo lograras!

—Si —confirmó su padre—. Y me propongo darlo a conocer al mundo entero. No puedo permitir que quede en manos de un solo país o de un grupo de ellos. Será un presente que haré a toda la humanidad… Pero, hija mía, hay gente que desea apropiarse de mi secreto, a fin de explotarlo por su cuenta y conseguir con el una fortuna colosal.

—¡Que odiosos! —gritó Jorge—. Pero… oye una cosa, papa, ¿cómo han conseguido enterarse ellos?

—Verás: al principio, algunos de mis colegas, compañeros de trabajo, colaboraron en mi idea —explicó el padre—. Uno de ellos nos ha traicionado y se lo contó todo a unos poderosos negociantes. Cuando me entere, decidí refugiarme en un lugar apartado y acabar mis experimentos yo solo. Así nadie podría volver a traicionarme.

—¡Y viniste aquí! —dijo Jorge—. ¡A mi isla!

—Si, porque necesitaba agua sobre y alrededor de mí —respondió su padre—. Por pura casualidad encontré ese viejo mapa y pensé que si el pasadizo se dirigía hacia abajo, partiendo de la pequeña habitación de piedra, era muy posible que fuese a parar a un lugar cubierto por el mar. En ese caso, constituiría el laboratorio ideal para acabar mis investigaciones.

—¡Ah, papa! ¡Y yo que arme tal alboroto! —dijo la niña, avergonzada al recordar como se había enojado en aquella ocasión.

—¿De verdad lo hiciste? —preguntó su padre, como si hubiera olvidado todo lo concerniente a la cuestión—. Bueno, no tiene importancia. Comprobé que tenía razón, cogí mi material y vine aquí. Ahora esos individuos me han encontrado y me tienen prisionero.

—¡Pobre papá! ¿No puedo ayudarte? —preguntó Jorge—. Podría volver y traer ayuda de fuera, ¿no?

—Creo que sí. Tienes razón —exclamó su padre—. Pero tienes que tener cuidado de que no te vean esos hombres, Jorge.

—Haré lo que sea, lo que quieras, papa, ¡cualquier cosa! —respondió—. Pero primero dime, ¿qué le ha pasado a Tim?

—Pues… me siguió todo el tiempo —dijo su padre—. En verdad, es un perro maravilloso, Jorge. Esta mañana, cuando me disponía a salir de la pequeña habitación para ir a la torre con Tim, a fin de haceros las señales, los dos hombres me echaron la zarpa y me forzaron a volver aquí.

—Pero ¿que le ha sucedido a Tim? —pregunto la niña, impaciente. ¿Por que su padre tendría la mala costumbre de no responder nunca a lo que le preguntaban?

—Se lanzó contra los hombres, claro está —dijo él—. Pero al fin lograron rodearlo con un lazo de cuerda y lo capturaron. La cuerda quedo tan tirante que por poco lo ahogan.

—¡Oh, pobre, pobrecito Tim! —se lamentó Jorge, en tanto las lagrimas rodaban por sus mejillas—. ¿Crees que estará bien, papa?

—Si, porque oí a los hombres hablar de él mas tarde. Al parecer, lo tienen encerrado en alguna de las cuevas —respondió su padre—. Poco tiempo después, vi que uno de ellos buscaba entre las provisiones algunas galletas de perro, de manera que creo que esta vivito y coleando y además hambriento.

Jorge exhaló un suspiro de alivio. Volvería a ver a su Tim sano y salvo. Avanzó unos pasos en dirección a las escaleras que, según su opinión, debían comunicar con otra caverna.

—Voy a buscar a Tim, papa —dijo—. ¡Tengo que encontrarlo!

Capítulo 17

¡Tim, al fin!

—¡No te vayas, Jorge! —llamó su padre con autoridad—. Vuelve aquí. Tengo algo muy importante que decirte. ¡Ven aquí te digo!

La muchacha regresó a su lado sin poder reprimir un movimiento de impaciencia. Estaba ansiosa por encontrar a Tim dondequiera que se hallase. ¡Debía encontrarlo en seguida!

—Ahora, atiende —dijo su padre—. He ido anotando en un cuaderno todas las fases de mi gran invento. ¡Los intrusos no lo han encontrado! Quiero que tú lo pongas a salvo, en tierra firme. Es de la mayor importancia, Jorge. Es imprescindible evitar que caiga en sus manos. Si esos hombres llegasen a apoderarse de él, estarían en posesión de toda la información que necesitan.

—Pero ¿no han averiguado nada, observando tus alambres, las máquinas y los instrumentos? —interrogó Jorge.

—Conocían ya una gran parte —replicó su padre— y se han enterado de mucho mas desde que están aquí dentro. Por fortuna, aun no saben lo bastante. No me atrevo a destruir mi cuaderno de notas, porque, si algo me sucediera, mi gran idea quedaría completamente perdida. Así, pues, Jorge, no queda otro recurso que confiártelo a ti. Debes llevarlo a una dirección que te daré y entregarlo a la persona que te reciba.

—Es una terrible responsabilidad —se preocupó Jorge, un poco asustada ante la idea de salvaguardar un cuaderno que significaba tanto, no sólo para su padre, sino incluso para el mundo entero—. Pero lo haré lo mejor que pueda, papá. Me esconderé en alguna de las cavernas hasta que los hombres vuelvan y me deslizare otra vez

por el pasadizo hasta la entrada, correré hacia mi bote y regresaré a tierra firme. Entonces entregaré tu cuaderno de notas y encontrare ayuda para ti.

—¡Buena chica! —exclamó su padre, dándole un abrazo—. Francamente, Jorge, te estas portando con tanto valor como si fueras un muchacho. Me siento orgulloso de ti.

Jorge pensó que aquella era la cosa más agradable que su padre había dicho jamás de ella. Sonrió agradecida.

—Bueno, papá. Iré a mirar si consigo hallar a Tim ahora. Sólo quiero comprobar si sigue bien antes de ocultarme en una de las otras cuevas.

—Muy bien —contestó su padre—. El hombre que cogió las galletas se marchó en aquella dirección, hacia el interior del mar. ¡Ah! Y a propósito, Jorge, ¿cómo es que estas tu aquí a medianoche?

Por primera vez desde que se habían encontrado, su padre parecía darse cuenta de que Jorge también tenía una historia que contar. No obstante, la niña comprendía que no podía permitirse perder ni un momento mas si pretendía encontrar a Tim.

—Ya te lo contare más tarde, papa —dijo—. ¿En donde tienes la libreta de apuntes?

Su padre se levantó y se dirigió hacia el fondo de la cueva. Paso la mano por una negra cornisa formada por la roca. En el acto encontró lo que buscaba.

Saco una pequeña libreta, cuyas páginas eran de un papel muy fino. La abrió y Jorge pudo ver un sinfín de diagramas muy bien dibujados y paginas y más paginas de apuntes, realizados con la pequeña y cuidada letra de su padre.

—Aquí lo tienes —dijo su padre blandiendo el cuaderno—. Cuídalo lo mejor que puedas. Si algo me sucede, este cuaderno permitirá a mis compañeros de trabajo llevar a feliz termino mi idea. En él los autorizo para comunicar mi descubrimiento al mundo entero. Si logro salir con bien de esta, me agradaría volver a recuperarlo, porque ello implicaría no tener que repetir de nuevo todos mis experimentos.

Jorge cogió con reverencia el precioso cuaderno y lo escondió en el bolsillo de su impermeable, que era muy grande y profundo.

—Lo pondré a salvo, papa, descuida. Ya no puedo entretenerme más. Iré a buscar a Tim inmediatamente, o esos hombres llegaran antes de que pueda ocultarme en otra de las cuevas.

Sin demorarse más, salió de la caverna en que estaba su padre y se metió en la contigua. No había nada en todo el recinto. Descendió por el túnel, que ahora seguía un sinuoso trazado, formando vueltas y recovecos en la roca.

De pronto, a lo lejos, oyó un débil sonido. ¿O quizás un gemido? Si, realmente era un gemido.

—¡Tim! —gritó Jorge con ansiedad—. ¡Oh, Tim! Ya voy.

Tim ceso de gemir en el acto y prorrumpió en estruendosos y alegres ladridos.

—¡Guau, guau, guau, guau!

La muchacha estuvo a punto de caerse al lanzarse a todo correr por el estrecho túnel. Su linterna ilumino una gran pared de piedra, que parecía ocultar una pequeña cueva, al final del pasadizo. Detrás de la pared, Tim ladraba y escarbaba frenético.

Jorge tiro de las rocas con todas sus fuerzas.

—¡Tim! —jadeaba—. ¡Tim, te sacare de aquí! ¡Ya llego! ¡Querido Tim!

La piedra se movió un poco. Volvió a tirar de ella. Su peso era superior a sus fuerzas. No alcanzaba a sacarla del todo. Sin embargo, la desesperación le proporcionaba una energía que parecía imposible pudiera desarrollar. De pronto, la piedra giró, resbalando hacia un lado. Jorge apartó los pies justo a tiempo para evitar el ser aplastada por la inmensa mole.

Tim termino de ensanchar el agujero. En su alegría, derribo a Jorge, que cayó al suelo cuan larga era, abrazada a el. El perro le lamía la cara gimiendo y ella sepultó su nariz en el espeso pelaje, rebosante de jubilo.

—¡Tim!, ¿que te han hecho? Tim, he venido tan pronto como he podido, te lo juro.

El animalito gemía una y otra vez de gozo, y seguía lamiendo y babeando a Jorge, como si no le fuera suficiente con tenerla a su lado. Hubiera sido difícil decir cual de los dos se sentía mas feliz.

Por último, la niña empujó a Tim, separándolo con firmeza de ella.

—Tim, tenemos un trabajo importante que hacer. Hemos de salir de aquí, remar hasta tierra firme y traer ayuda.

—¡Guau! —respondió Tim.

Jorge se levantó e ilumino con la linterna la pequeña cueva donde habían encerrado al perro. En su rápido examen, descubrió un tazón de agua y algunas galletas. Los hombres no lo habían maltratado, si se exceptuaba el hecho de haberle echado un lazo y medio ahogarlo cuando le capturaron. Palpó con delicadeza su cuello, pero, salvo una ligera hinchazón, no parecía tener daño alguno.

—Ahora apresurémonos. De momento, volveremos a la caverna de papá y después buscaremos otra cueva mas allá, para escondernos hasta que los dos hombres vuelvan de la torre. Entonces nos escurriremos hacia la habitación de piedra y remaremos a tierra firme. Llevo un libro muy, muy importante aquí en mi bolsillo, Tim.

De pronto, Tim gruño y los pelos de su nuca se erizaron. Jorge se quedo tiesa y escucho atentamente.

Una voz severa llego hasta ella, procedente del pasadizo.

—No sé quién eres ni de dónde has llegado, pero si te has atrevido a desatar al perro, le pegare un tiro. Pronto sabrás que no estoy hablando en broma. Aquí hay algo que te lo puede demostrar. ¡Tengo un revolver!

Un ruido atronador restalló de pronto al apretar el hombre el gatillo, y una bala reboto en el techo, en algún lugar del túnel. Tim y Jorge por poco se mueren del susto. Tim habría saltado al pasadizo, pero su ama lo mantenía firmemente sujeto por el collar. Tenía mucho miedo. Sin embargo, no cesaba de pensar en cual sería el mejor sistema para salir del apuro.

El eco del tiro resonaba todavía. ¡Era terrible! Tim interrumpió al fin sus gruñidos, mientras Jorge no osaba ni siquiera moverse.

—¿Bien? ¿En que piensas? —dijo la voz—. ¿Has oído lo que te he dicho? Si has libertado a ese perro, le pegare un tiro y en paz. No pienses que voy a cambiar mis planes ahora. Y tú, quienquiera que seas, haz el favor de acercarte por el túnel y dejar que se te vea. Pero te advierto una cosa. Si traes al perro contigo, ¡será el fin del animal!

—¡Tim! Escucha, Tim, corre y ocúltate en donde puedas —cuchicheo la chica con aire perentorio.

De rubito, recordó una cosa que la lleno de desesperación. ¡El precioso cuaderno de notas de su padre! ¿Y si se lo encontrasen encima? A su padre se le partiría el corazón al saber que su maravilloso secreto había sido descubierto al fin.

Apresuradamente, la chica cogió la delgada libreta y se la alargo a Tim.

—Cogelo con la boca y llévatelo, Tim. Vete y escóndete hasta que yo pueda ir a buscarte. ¡Rápido! ¡Vete, Tim, vete y guárdalo bien!

Con gran alivio por su parte, Tim, con el libro entre los dientes, se volvió y desapareció por el túnel que se adentraba en el mar. ¡Como deseo que consiguiese ponerse a salvo en algún lugar seguro! El pasadizo no podía prolongarse mucho más. No obstante, quizás antes de llegar a su termino, Tim se pudiera esconder en algún hueco oscuro y aguardarla.

—¿Vas a venir hacia aquí o no? —exclamó la voz en tono airado —. Lo sentirás si me obligas a ir a buscarte. Iré disparando todo el camino.

—¡Ya voy! —grito Jorge con voz apagada. E inicio una abatida marcha por el pasadizo. Pronto vio un destello de luz y durante un momento quedo deslumbrada por una potente linterna. A su aparición siguió una exclamación de sorpresa.

—¡Cielos! ¡Si es un muchacho! ¿Que estas haciendo aquí y de donde has salido?

El pelo corto de Jorge había hecho creer al hombre de la linterna que se trataba de un chico. La muchacha no se molestó en sacarlo de su error. El hombre llevaba un revolver, pero lo soltó al comprobar que el enemigo no parecía demasiado peligroso.

—Solo he venido para rescatar a mi perro y encontrar a mi padre —dijo ella con voz suave.

—Bueno… No creo que hayas sido capaz de mover aquellas piedras tan pesadas —dijo el hombre—. Un chiquillo como tú no puede tener tanta fuerza. Y, desengáñate, tampoco podrás rescatar a tu padre. Lo hemos cogido prisionero. Sin duda tú no lo viste.

—Si que lo he visto —respondió Jorge, regocijada al pensar que

el hombre estaba seguro de que no poseía el suficiente vigor como para apartar las grandes piedras. No pensaba decir una sola palabra sobre Tim. Si el hombre pensaba que seguía encerrado y quieto en la pequeña cueva, tanto mejor.

De pronto, escucho la voz de su padre, que la llamaba ansioso desde algún punto situado detrás de su captor.

—¡Jorge! ¿Eres tú? ¿Estás bien?

—¡Si, papa! —respondió la chica, suplicando a Dios que no se le ocurriese preguntarle nada sobre Tim. El hombre le hizo señas de que pasase delante de el y se encaminaron a la caverna en que se hallaba su padre.

—Le devuelvo a su hijo —dijo el hombre—. ¡Es un pequeño idiota! Tenía la pretensión de liberar a ese perro salvaje, sin saber que le encerramos en una cueva, con un gran muro de piedra delante.

Otro hombre apareció por el lado opuesto de la cueva. Se sorprendió al ver a Jorge. El otro le explico:

—Cuando venía hacia aquí oí un ruido que salía de detrás de esta cueva. El perro ladraba y alguien hablaba con él. Encontré a este niño, intentando liberar al perro. Puedes tener la seguridad de que hubiera matado al perro, si lo llego a encontrar libre.

—¿Pero cómo consiguió llegar hasta aquí el chico? —preguntó el otro, todavía sorprendido.

—Puede ser que nos lo explique si se lo preguntamos —dijo el primero.

Y entonces, por primera vez, el padre de Jorge se enteró de como ella había llegado a la isla y por qué.

La muchacha les explicó que había tratado de localizar a Tim en la habitación de cristales de la torre a través del telescopio, y que, al no verle, se había intranquilizado mucho y empezó a sospechar algo. Siguió después contando como había remado en su bote hasta la isla durante la noche y les había visto salir por la chimenea, que había entrado por el pasadizo, siguiendo por el hasta encontrar a su padre.

Los dos hombres escucharon en silencio:

—Bien. Para nosotros no constituyes mas que un nuevo estorbo —dijo al fin uno de los hombres—. Pero ¡palabra!, tiene usted un

hijo como para sentirse orgulloso de él. No existen muchos chicos tan valientes como para correr tanto riesgo ni aun por su padre.

—Si, de verdad estoy muy orgulloso de ti, Jorge —exclamó su padre. La miró con ansiedad. Ella sabía en que estaba pensando. ¿Que habría sido de su precioso cuaderno? ¿Habría sido tan lista su hija como para esconderlo? No se atrevió a tranquilizarlo, ni siquiera por señas, mientras los hombres estuvieran presentes.

—Ahora, examinemos las nuevas complicaciones que nos acarrea tu hazaña —dijo el otro hombre, mirando a la niña—. Si tú no regresas a casa, pronto lo advertirán los demás, te darán por perdido y se formaran una serie de patrullas de socorro, que recorrerán la comarca de cabo a rabo. Incluso puede ser que envíen alguna aquí, a la isla, para dar cuenta a tu padre de la desaparición. ¡No nos conviene que aparezca nadie por aquí! ¡No, por lo menos hasta que sepamos lo que necesitamos saber!

Se volvió al padre de Jorge:

—Si usted nos dice lo que queremos saber y nos entrega sus documentos, le dejaremos en libertad. Le daremos una suma de dinero y desapareceremos sin causarles más problemas.

—¿Y si prefiero callarme? —preguntó el sabio.

—Entonces, me temo que nos veremos obligados a destruir todas sus máquinas y la torre. Y posiblemente nunca llegarán a encontrarles, porque quedarán sepultados debajo de esta —dijo el hombre, con una voz que sonó con extraña dureza.

Se hizo un silencio de muerte. Jorge miró a su padre.

—¡No puede hacer eso! —dijo este al fin—. No sacaran ningún beneficio con ello.

—Para nosotros solo hay todo o nada —dijo el hombre—. Todo o nada, ¡piénselo! Le damos tiempo hasta las diez y media de la mañana. Casi siete horas. Entonces usted hablará o destruiremos la isla.

Salieron de la cueva, dejando en ella a Jorge y a su padre, ¡solo siete horas! Y desaparecería quizás hasta la propia isla de Kirrin.

Capítulo 18

Las cuatro y media de la mañana

Tan pronto como desaparecieron los hombres, el padre de Jorge hablo en voz baja:

—¡Estoy perdido! No me queda otra solución que entregar mi secreto. No puedo correr el riesgo de sepultarte aquí abajo, Jorge. No me preocupo por mí, puedes creerlo. Los que trabajamos en este tipo de cosas debemos estar dispuestos a ofrecer la vida, si es necesario. Pero ahora que estas tú aquí, es diferente.

—Papá, ya no tengo el cuaderno —susurro Jorge con agradecimiento—. Se lo he dado a Tim. Saque las piedras de la entrada de su pequeña prisión. ¡Y pensar que esos idiotas creen que no he podido! Le di el cuaderno a Tim y le dije que se escondiera hasta que yo fuera a buscarlo.

—¡Buen trabajo, Jorge! —exclamó a su padre—. Oye, se me ocurre una cosa… Si vas ahora a buscar a Tim y le traes aquí, quizás el logre vencer a esos dos hombres antes que conciban la menor sospecha de que está libre. Es muy capaz de ganarles a los dos a la vez.

—¡Tienes razón! ¡Esta es nuestra oportunidad! —respondió Jorge—. Me voy ahora mismo a buscarlo. Avanzaré un poco por el pasadizo y le silbare. Papá, ¿por qué no intentaste tu rescatar a Tim?

—No quise abandonar el cuaderno —adujo su padre—. No me atreví tampoco a llevarlo conmigo, por si me seguían y lo encontraban. Han buscado el cuaderno por todas las cuevas. Compréndelo, hija. No podía llevarlo conmigo ni abandonarlo aquí

para dedicarme a buscar al perro. Me había cerciorado de que estaba bien al ver que el hombre recogía las galletas. Vete ya, Jorge. Llama a Tim. Los bandidos pueden volver en cualquier momento.

Jorge recogió su linterna y se fue por el pasadizo que conducía a la pequeña cueva en que había permanecido encerrado Tim. Silbo más alto y espero. Pero Tim no apareció. Silbo de nuevo y avanzo a lo largo del túnel. Nada, ni la menor huella de Tim.

Lo llamo fuertemente:

—¡Tim, Tim, ven aquí!

Pero el fiel perro no acudía a su llamada. ¡No se oían sus ligeras pisadas ni sus alegres ladridos!

«¡Que lio! —pensó Jorge—. Espero que no se haya ido tan lejos como para no oírme. Seguiré un poco mas».

Continuó avanzando por el túnel, atravesó la caverna que había ocupado Tim y se aventuró por un nuevo pasillo. Ni sombra de su querido perro.

Dobló una esquina. Se encontró ante una encrucijada. El túnel se dividía en tres pasadizos diferentes, oscuros, silenciosos y fríos. Titubeó. No sabía por cual decidirse. Por fin, eligió el de la izquierda.

Pero este, a su vez, se dividía en otros tres pequeños ramales. Jorge se detuvo.

«Me perderé por completo en este laberinto que se extiende bajo el mar, si me meto en él —pensó—. No me atrevo, lo confieso. Es demasiado espantoso».

—¡Tim! ¡Tim! —gritó.

Su voz despertó amplios ecos en la larga galería que se prolongaron en extrañas resonancias. Sintiéndose muy infeliz, retrocedió sobre sus pasos y se encamino en derechura a la caverna donde se hallaba su padre.

—Papa, no hay rastro de Tim. Sin duda se ha metido por alguno de los pasadizos y se ha extraviado. ¡Dios mio! ¡Es espantoso! Hay montones de túneles mas allá de esta cueva. Parece como si todo este suelo rocoso estuviera minado.

Se sentó y miro a su alrededor muy abatida.

—Es posible —concedió su padre—. Bueno, de todas maneras el quedarnos aquí sentados, sin hacer nada, no va a resolvernos el

problema. Debemos pensar en algo.

—Me pregunto que pensarán Julián y los otros cuando se despierten y vean que me he marchado —dijo Jorge de pronto—. Pudiera ser que se les ocurriera venir a buscarme aquí.

—Eso sería estupendo —contestó el sabio—. Sin embargo, esos hombres se refugiaran tranquilamente aquí. No tendrán mas que esperar con paciencia, puesto que nadie sabe donde estamos. Los demás no conocen la entrada del cuartito de piedra, ¿verdad?

—No —confirmó su hija—. Aunque vengan a la isla estoy segura de que no lograrán encontrarla nunca. Ya la habíamos buscado todos juntos antes. Además, ellos también podrían ser destruidos con la isla. Papá, ¡esto es horrible!

—Si al menos supiéramos donde esta Tim —suspiró su padre—. O si pudiéramos enviar un mensaje a Julián y decirle que de ningún modo se presentara aquí. ¿Que hora es? ¡Cielos! Ya son las tres y media. Supongo que los chicos estarán profundamente dormidos.

Pero una hora mas tarde, a las cuatro y media, Ana se despertó sintiendo mucho calor:

«Abriré la ventana —pensó—. Me estoy asando».

Se levantó y se encaminó hacia la ventana. La abrió y miró al exterior. Las estrellas brillaban allá arriba y rielaban débilmente en la bahía.

—Jorge —susurró Ana—, ¿estás dormida?

Espero alguna respuesta, pero no oyó nada. Escucho con más cuidado. ¿Como es que no oía la respiración de su prima? ¿Seguro que se encontraba en la habitación?

Se acerco a la cama de Jorge. Aparecía apenas removida y vacía. Encendió la luz para ver mejor. El pijama reposaba sobre la cama. Sus vestidos y ropa interior habían desaparecido.

«¡Jorge se ha ido a la isla! —pensó Ana, asustada—. Ella sola, en medio de la oscuridad».

Sin perder un segundo, se dirigió al cuarto de sus hermanos. Se acerco a la cama de Julián y lo sacudió con fuerza por los hombros. El chico se despertó sobresaltado.

—¿Que sucede? ¿Que pasa? —gritó.

—Julián, ¡Jorge no esta en nuestra habitación! No ha dormido en su cama —cuchicheó Ana. El ruido despertó a Dick. Muy pronto,

ambos muchachos estaban sentados, desvanecido ya por entero su sueño.

—¡Sopla! Debía haberme supuesto que se le ocurriría una locura como esta —dijo Julián—. Y por si fuera poco, se marcha en medio de la oscuridad, con esas rocas tan peligrosas para navegar entre ellas. Y ahora, ¿qué vamos a hacer? ¡Mira que le recomendé veces y veces que no fuera a la isla! Tim esta bien. Supongo que el tío Quintín se olvido de subirlo a la torre ayer, eso es todo. Si se hubiera resignado a esperar hasta mañana por la mañana, lo habría visto.

—Bueno, no podemos hacer nada ahora… ¿O si? —preguntó Ana con ansiedad.

—Nada —contestó Julián—. No hay duda de que se encontrará ya a salvo en la isla de Kirrin, armando un gran alboroto con Tim. Eso, aparte la buena riña que le habrá propinado el tío Quintín. Realmente, Jorge es el colmo.

Permanecieron hablando durante media hora. De pronto, Julián miro su reloj:

—¡Las cinco! Sería mejor que intentásemos dormir un poco. Tía Fanny se quedara horrorizada por la mañana cuando se entere de la última escapada de Jorge.

Ana volvió a su habitación. Se metió en la cama y se durmió. Julián, por el contrario, no lograba conciliar el sueño. Pensaba sin cesar en su prima e intentaba adivinar en que lugar estaría ahora. ¡Le echaría un buen sermón en cuanto apareciese!

De pronto, oyó un extraño ruido abajo. ¿Que podría originarlo? Semejaba como si alguien estuviera trepando por una ventana. ¿Había quedado alguna abierta? Si, ahora se acordaba, la ventana pequeña del cuarto de baño. ¡Cras! No era posible que se tratase de un ladrón. Un ladrón no sería tan loco como para armar semejante alboroto.

El estruendo prosiguió ahora por la escalera. La puerta del dormitorio se entreabrió. Alarmado, Julián coloco su mano sobre el interruptor de la luz. Antes de que pudiera presionarlo, una pesada mole había saltado sobre el.

Incapaz de contenerse, soltó un alarido. Dick se despertó con sobresalto y encendió la luz. Entonces pudo Julián divisar lo que

yacía sobre su cama. ¡Tim!

—¡Tim! ¿Cómo estás aquí? ¿Donde has dejado a Jorge? Pero ¿eres realmente tú, Tim?

—¡Cielos! —exclamó Dick sorprendido—. ¿De manera que Jorge lo ha traído de vuelta? ¿O no está ella aquí?

Ana entró atraída por el ruido:

—¿Que pasa…? ¡Tim! Julián, ¿ya ha vuelto Jorge?

—No…, aparentemente al menos —repuso Julián aturdido—. Oye, Tim, ¿qué es eso que llevas en la boca? Déjamelo ver, camarada, déjamelo.

El fiel animal lo dejo caer. Julián lo recogió desde la cama.

—Es un cuaderno de notas, escrito con la letra del tío Quintín. ¿Que significa esto? ¿Como lo ha encontrado Tim y cómo lo ha traído hasta aquí? ¡Que cosa más extraordinaria!

Nadie acertaba a imaginar por qué Tim había aparecido de repente con el cuaderno de notas y por qué, hasta ahora, no había ni señales de su ama.

—Es muy extraño —comentó Julián—. Aquí ocurre algo que no acierto a comprender del todo. Será mejor que despertemos a tía Fanny.

Así lo hicieron, en efecto, y le contaron todo lo que sabían. Se quedó verdaderamente espantada al enterarse de que Jorge se había ido a la isla. Examinó el cuadernillo de apuntes. En el acto se dio cuenta de que este era muy importante.

—Tengo que guardar esto en sitio seguro —anunció—. Sé que tiene un gran valor. Pero ¿cómo se ha echo Tim con el?

Tim estaba actuando en una forma muy rara. Daba vueltas y mas vueltas en torno a Julián, pateando y lloriqueando. Se había mostrado muy contento al verlos a todos. No obstante, parecía desear comunicarles algo.

—¿Que te pasa, amigo? —preguntó Dick—. ¿Como has llegado hasta aquí? No has hecho el camino nadando, puesto que no estas mojado. Y si has venido en bote, tiene que haberte acompañado Jorge. Sin embargo, me extraña mucho que la hayas dejado atrás…

—Creo que algo le ha sucedido a Jorge —dijo Ana de repente—. Julián, Tim esta dando vueltas a tu alrededor para decirte que vayas con él, a fin de ayudarla. Quizá lo trajo en el bote y luego se sintió

terriblemente cansada y se durmió en la playa, o algo por el estilo. Tenemos que ir a ver lo que pasa.

—Si, opino lo mismo —respondió Julián—. Tía Fanny, ¿no te parece que sería conveniente que despertases a Juana y le pidieses que prepare algo caliente, para el caso de que encontremos a Jorge agotada y helada? Bajaremos a la playa y buscaremos por allí. Pronto amanecerá. Las primeras luces se ven ya por el Este.

—Está bien. Vistámonos entonces —dijo tía Fanny, todavía muy sorprendida—. ¡Pero que familia más horrible tengo! Salen de una dificultad para meterse en otra.

Los tres niños se dirigieron a sus respectivos cuartos para vestirse. Tim los observó, esperando con paciencia hasta que estuvieron listos. Entonces bajaron y salieron. El perro se detuvo en seco. Giró unas cuantas veces en torno a Dick y luego avanzó unos pasos en dirección opuesta.

—¡Anda! ¡Si no quiere que vayamos a la playa! ¡Pretende que nos dirijamos hacia otro lado! —gritó Julián, sorprendido—. Muy bien, Tim, enséñanos el camino y nosotros te seguiremos.

Capítulo 19

Una reunión con Martín

Tim dio la vuelta a la casa y se encaminó hacia el pantano que se extendía por la parte de atrás. ¡Era algo fuera de toda lógica! ¿Adónde iba?

—Esto es terriblemente extraño —comentó Julián— estoy seguro de que Jorge no puede hallarse de ninguna manera en esta dirección.

Tim proseguía su marcha a toda velocidad, volviendo de cuando en cuando la cabeza con objeto de asegurarse de que continuaban siguiéndole. Pronto advirtieron que habían tornado el camino de la cantera.

—¡Nos lleva a la cantera! Eso quiere decir que Jorge vino aquí, en lugar de ir a la isla —dijo Dick—. Pero ¿por qué?

El perro desapareció por el centro de la cantera. Se escurría y se deslizaba por entre las escarpaduras. Los demás le seguían en la medida de sus fuerzas. Afortunadamente, el terreno no estaba tan resbaladizo como el día anterior y llegaron al fin sin tropiezo.

Tim se dirigió en línea recta hacia un repliegue de la roca y desapareció bajo él. Oyeron como lanzaba un corto y agudo ladrido, como si dijera: «¡Venid, este es el camino, apresuraos!»

—Se ha metido en el brezal, por aquí debajo —dijo Dick—. Por el agujero que encontró aquel día y que debíamos explorar. Tiene que haber un pasadizo o algo así por aquí. Pero ¿estará ahí Jorge?

—Pasare yo el primero —anuncio Julián, dirigiéndose a la abertura. Repto a través de ella y pronto se encontró en un espacio mas amplio, desembocando luego en un lugar por donde casi se

podía andar de pie. Camino un poco en la oscuridad, siguiendo los impacientes ladridos de Tim. Pero un minuto o dos más tarde se detuvo.

—Es imposible seguirte en la oscuridad, Tim —llamo—. Tendremos que regresar en busca de linternas. No puedo ver nada a medio metro de distancia.

Dick penetraba entonces por el agujero. Julián le grito que retrocediera.

—Esta demasiado oscuro —le explicó—. Necesitamos luces. Si, por alguna razón, Jorge se ha metido por este pasadizo, debe de haber sufrido algún accidente. Será mejor que traigamos también una cuerda y un poco de coñac.

Ana se echo a llorar. Le impresionaba la idea de que su prima se hallase mal herida en el oscuro pasadizo. Julián la rodeo con un brazo, en un intento por consolarla, tan pronto como estuvo de nuevo al aire libre. La ayudo a trepar por las quebraduras de la cantera. Dick los seguía.

—No te entristezcas, Ana. La encontraremos sana y salva. Ni siquiera puedo imaginar el motivo de que Tim y ella se vinieran de la isla y se dirigieran a la cantera en lugar de quedarse en la playa.

—¡Mira! Ahí está Martín —exclamó de pronto Dick, con voz sorprendida.

En efecto, allí estaba, en lo alto de la cantera. Y pareció tan asombrado al verlos como ellos al verlo a el.

—¡Te has levantado temprano! —grito Dick—. ¡Que barbaridad! ¿Vas a cultivar un huerto o algo por el estilo? ¿Para que llevas esas azadas?

Martín los miraba avergonzado y parecía no saber que decir. De pronto, Julián se le acerco y lo asió con fuerza por los hombros.

—Escucha, Martín. Están ocurriendo cosas muy extrañas. ¿Que haces aquí? ¿Y para que necesitas esas azadas? ¿Has visto a Jorge? ¿Sabes dónde está? Vamos, dímelo.

Martín se estremeció, librándose de la presión de Julián. Lo miraba visiblemente sorprendido.

—¿Jorge? ¡No! ¿Que le ha sucedido a el?

—Jorge no es «el», es «ella» —dijo Ana llorando aun—. Ha desaparecido. Creíamos que podía haber ido a la isla a buscar a su

perro. Y Tim apareció de pronto en «Villa Kirrin» y nos trajo hasta aquí.

—Pensamos que a Jorge ha debido sucederle algo, por aquí cerca —dijo Julián—. Quiero saber si la has visto o sabes algo de donde pueda estar.

—No, Julián. Te juro que no sé nada —contestó Martín.

—Bueno, dime que haces aquí tan de mañana con estas azadas —insistió Julián—. ¿A quién esperas? ¿A tu padre?

—Si —confesó Martín.

—Y ¿que ibas a hacer? —pregunto Dick—. ¿Explorar el agujero?

—Si —respondió Martín, sombrío y asustado—. No hay ningún mal en ello, ¿verdad?

—¡Todo esto es muy extraño! —exclamó Julián, observándole y hablando con perentoria lentitud—. Pero debo decirte algo. Seremos nosotros los que vayamos a explorarlo. ¡No tú y tu padre! Si hay algo raro en este hueco, lo encontraremos. No os permitiremos ni a ti ni a tu padre entrar siquiera en el agujero. De manera que ve a su encuentro y díselo así.

Martín no se movió. Palideció y miro a Julián con tristeza. Ana se acercó a el, todavía con lagrimas en el rostro, y le puso la mano en el brazo.

—Martín, ¿qué pasa? ¿Y por que nos miras así? ¿Cuál es el misterio?

Entonces, ante la sorpresa y el espanto de todos, Martín giro sobre sus talones, al tiempo que se oía un ruido demasiado parecido a un sollozo. Se quedo de espaldas a ellos, temblándole los hombros.

—¡Dios mío!, ¿que te pasa ahora? —exclamó Julián, exasperado —. Martín, reacciona. Confía en nosotros y dinos que es lo que te ocurre.

—¡Todo, todo! —respondió Martín con voz entrecortada. Luego se volvió a ellos—. No sabéis lo que es no tener madre ni padre, ni nadie que se cuide de ti y te quiera.

—Pero tu tienes padre —asaltó Dick.

—No lo tengo. Ese hombre es solo mi tutor, no mi padre, pero me hace decir que lo es siempre que hacemos un trabajo juntos.

—¿Un trabajo? ¿Que clase de trabajo? —interrogó Julián.

—Pues… de muchas clases, pero todos sucios —respondió Martín—. Husmear cosas de las personas honradas y exigir dinero a cambio de la promesa de no publicarlas, traficar con objetos robados y ayudar a gentes como los hombres que van detrás del secreto de vuestro tío…

—¡Vaya! —exclamó Dick—. Ahora lo entendemos. Siempre creí que el señor Curton y tú os mostrabais interesados en un grado sospechoso por la isla de Kirrin. Bueno. ¿Cuál es vuestro actual negocio?

—Mi tutor me matará por contaros todo esto —siguió Martín—. Pero debo hacerlo. Han planeado volar la isla. Confieso que este es el peor asunto en que me ha metido jamás. Se que vuestro tío esta allá y quizás este también Jorge como decís. ¡No puedo seguir hablando!

Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Era terrible ver a un muchacho llorando así y los tres sufrían por el. Además, estaban horrorizados al oír que la isla iba a ser volada.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Julián.

—Pues veras… El señor Curton tiene, como ya sabéis, un aparato transmisor y receptor —explicó Martín—. Así, los individuos de la isla, los que van tras el secreto de vuestro tío, pueden fácilmente ponerse en contacto con el. Se proponen obtener el secreto si pueden, y si no, lo volaran todo, para que nadie pueda disfrutarlo tampoco. Pero no pueden marcharse en bote, porque no conocen el camino a través de las rocas…

—Bien, entonces, ¿cómo saldrán ellos de allí? —preguntó Julián.

—Estamos seguros de que el agujero que Tim hallo el otro día conduce, por debajo del lecho del mar, hasta la isla de Kirrin —explicó Martín—. Si, ya se que suena demasiado fantástico para ser verdad. Pero el señor Curton posee un viejo mapa, el cual muestra con toda claridad que tal pasadizo existió en la antigüedad. Si todavía se conserva, los compinches de mi tutor escaparan a través de el, después de dejarlo todo preparado para que la isla estalle. ¿Comprendéis?

—Si —respondió Julián conteniendo la respiración—. Lo comprendo. Ahora lo veo todo claro, demasiado quizá. Tim ha encontrado el camino a partir de la isla, utilizando ese pasadizo del

que nos has hablado. Por eso nos ha conducido hasta aquí, para guiarnos a la isla y rescatar a tío Quintín y Jorge.

Se hizo un profundo silencio. Martín tenía la vista fija en el suelo. Dick y Julián proyectaban un plan. Ana sollozaba. Todo le parecía increíble. De pronto, Julián puso su mano en el hombro de Martín.

—Martín, has hecho bien en decírnoslo. Debemos impedir que lleven a efecto ese disparate. Pero tú tienes que ayudarnos. Necesitamos estas azadas. Supongo que también tendrás algunas linternas. Nosotros no tenemos y no podemos perder tiempo en volver a buscarlas. ¿Vendrás con nosotros y nos ayudaras? ¿Nos dejaras las palas y las linternas?

—¿Confiaríais en mí —murmuro Martín—, si voy con vosotros y os ayudo? Si vamos ahora, mi tutor no podrá seguirnos, puesto que no tiene linterna. Podemos llegar hasta la isla y traer a Jorge y a vuestro tío sanos y salvos.

—¡Bien por ti! —exclamó Dick—. Bueno, vamos entonces. Hemos estado hablando demasiado tiempo. ¡Adelante, Julián! Dale una azada y una linterna, Martín.

—Ana, es mejor que no vengas con nosotros —ordenó Julián a su hermana—. Debes volver a casa y comunicarle a tía Fanny lo que ocurre. ¿Lo harás?

—Si. En realidad, prefiero no ir —se conformó Ana— volveré en seguida a casa con tía Fanny. ¡Id con cuidado, Julián!

Descendió hasta la entrada del agujero y permaneció observando como los tres chicos penetraban y desaparecían por el. Tim, que había estado esperando con impaciencia durante la charla, ladrando de cuando en cuando manifestó su contento al ver que, por fin, empezaban a moverse. Pasó adelante por el túnel. Sus ojos pardos relucían con reflejos verdosos cada vez que se volvía para, comprobar si le iban siguiendo.

Ana empezó a subir por las escarpadas laderas de la cantera. En cierto momento, creyó oír una tos. Se paró y se agazapó tras un arbusto. Miró a través de las hojas y descubrió al señor Curton. Escuchó que gritaba:

—Martín, ¿donde diablos estas?

Se veía que buscaba a Martín para iniciar la exploración del

túnel. Ana apenas se atrevía a respirar. El señor Curton llamó una y otra vez. Luego, con un gesto de impaciencia, empezó a descender por un lado de la cantera.

De pronto resbaló. Se agarró a un arbusto que había junto a él, pero este se rompió bajo su peso. Rodó por el suelo, muy cerca de Ana. La miro atónito por un momento, pero en el acto se dio cuenta de que empezaba a rodar más y más rápido hacia la parte honda de la cantera. Ana le oyó lanzar un fuerte gemido, cuando finalmente se detuvo.

Lo observo asustada. El señor Curton, sentado en el suelo, se acariciaba una de sus piernas y gemía. Miro hacia arriba para localizar a la niña.

—¡Ana! —llamó—. Creo que me he roto una pierna. ¿Puedes ir a buscar ayuda? ¿Que estas haciendo aquí tan temprano? ¿Has visto a Martín?

Ana no contestó. Si se había roto una pierna no podría seguir a los otros. Y ella podría irse en seguida. Subió con cuidado, temiendo rodar y caer junto al horrible señor Curton.

—¡Ana! ¿Has visto a Martín? Búscalo y trae ayuda para mi, ¿quieres? —chilló el herido. Luego volvió a gemir.

Ana alcanzo la cima de la cantera y miró hacia abajo. Hizo bocina con las manos y grito muy fuerte:

—Es usted un hombre muy malvado. No sé si encontraré ayuda para usted. No lo sé.

Y habiendo desahogado su pecho, la muchacha salió disparada en dirección a la casa, atravesando el pantano.

«Tengo que contárselo todo a tía Fanny. Ella decidirá lo que se debe hacer. Espero que los otros estén bien. ¿Que harán si estalla la isla? Estoy muy contenta de haber dicho al señor Curton que es un hombre muy malo».

Y corrió jadeante. ¡Tía Fanny sabría lo que era preciso hacer!

Capítulo 20

La cosa esta que arde

Entre tanto, los tres chicos y Tim efectuaban un extraño recorrido por los subterráneos. Tim los conducía sin titubear, deteniéndose de vez en cuando para que ellos pudieran alcanzarle.

Al principio, el túnel tenía el techo muy bajo y los muchachos debían caminar agachados, lo cual resultaba muy fatigoso. Pero, al poco tiempo, comenzó a elevarse y Julián, iluminando en torno con la linterna, descubrió que las paredes y el suelo, en lugar de ser de barro, eran de roca. Trato de orientarse.

—Hemos venido derechos al acantilado —dijo a Dick—. Excepto unas cuantas vueltas y recovecos, el pasadizo se ha inclinado bastante hacia abajo en los últimos cien metros. Creo que debemos hallarnos a mucha profundidad bajo el suelo.

Hasta que no llegó a sus oídos el curioso bramido que había asustado a Jorge en las cuevas, no se dieron cuenta de que estaban bajo el lecho rocoso del mar. Iban andando bajo el agua hacia la isla de Kirrin. ¡Que extraño! ¡Que cosa tan increíble!

—Parece una pesadilla —dijo Julián—. No estoy seguro de que me guste demasiado. Adelante, Tim, te seguimos. ¡Eh! ¿Que es esto?

Frenaron en seco. Julián enfoco su linterna hacia delante. Un montón de rocas derrumbadas obstruían el camino. Tim forcejeo levemente y se coloco al otro lado por una pequeña abertura; pero los chicos no lograron pasar. Era demasiado estrecho.

—¡Menos mal que traemos las azadas, Martín! —dijo Dick alegremente—. Dame una.

Con bastante esfuerzo, lograron al fin abrirse paso entre las

piedras.

—¡Gracias a Dios! ¡Suerte que disponemos de estas herramientas! —exclamó Julián.

Siguieron adelante y de nuevo tuvieron que usar las azadas para atravesar otro montón de rocas. Tim ladraba impaciente cuando le hacían esperar. Se sentía ansioso de volver al lado de Jorge.

Muy pronto llegaron a un lugar donde el túnel se ramificaba en dos. Pero Tim siguió por el ramal de la derecha sin vacilar y, cuando a su vez este se dividió en tres, de nuevo eligió sin titubear ni un momento.

—¡Maravilloso! ¿Verdad? —dijo Julián—. Todo lo hace por instinto. Ha recorrido este camino una vez y ya no se olvidara jamás. Estaríamos ya perdidos por completo aquí abajo si hubiésemos venido solos.

Martín no podía disfrutar del todo con aquella aventura. Sin embargo, se esforzaba en seguir a los otros. Dick supuso que lo abrumaba el pensamiento de lo que le esperaba cuando todo esto hubiese terminado. ¡Pobre Martín! Lo único que él deseaba era pintar y, en vez de eso, había sido arrastrado a una serie de terribles negocios, a cual peor, y usado como tapadera por su perverso tutor.

—Oye, Julián, ¿crees que nos habremos acercado ya a la isla? —pregunto Dick al fin—. Me estoy cansando de este túnel.

—Si. Por lo menos, así lo espero —respondió Julián—. Creo que sería mejor que a partir de ahora prosigamos en el mayor silencio, por si tropezamos de repente con el enemigo.

Sin más comentarios, avanzaron sigilosos y, de pronto, vislumbraron una débil luz ante ellos. Julián levanto la mano para dar a entender que se parasen.

Aunque lo ignoraban, estaban acercándose a la caverna que el padre de Jorge había elegido para guardar sus libros y papeles y donde su hija le había encontrado la noche anterior. Tim también se paró y escuchaba con atención. ¡No quería meterse de cabeza en el peligro!

Del interior surgió el sonido de una conversación. Los niños intentaron distinguir de quien procedían.

—Son Jorge y tío Quintín —dijo Julián por ultimo.

Y como si el perro se hubiera asegurado a su vez de que

efectivamente se trataba de sus amos, salió disparado hacia delante y penetró en la cueva iluminada, entre alegres ladridos.

—¡Tim! —Al escuchar la voz de Jorge, les dio un vuelco el corazón. Ella prosiguió— ¿donde has estado?

—¡Guau! —ladró Tim, tratando de explicarse—. ¡Guau!

En ese momento, Julián y Dick entraron corriendo en la cueva, seguidos de Martín. Tío Quintín y Jorge los contemplaron estupefactos.

—¡Julián! ¡Dick! Y Martín también. ¿Como habéis llegado hasta aquí? —gritó la chica, mientras Tim saltaba y se revolcaba como un loco a su alrededor.

—Te explicaré —respondió Julián—. Fue Tim quien nos trajo.

Y les relató la historia de cómo Tim había llegado a «Villa Kirrin» de madrugada y saltado a su cama y todo lo que había pasado después. Al terminar, tío Quintín y Jorge les contaron lo que les había sucedido a ellos.

—¿Donde están los dos hombres? —preguntó Julián.

—En alguna parte de la isla —dijo Jorge—. Los seguí hace un rato hasta que llegaron a la pequeña habitación de piedra. Creo que se quedaran allí hasta las diez y media para hacer las señales, a fin de que en casa crean que todo marcha bien.

—Bueno, ¿cuales son vuestros planes? —dijo Julián—. ¿Volveréis con nosotros por el túnel submarino? O, si no, ¿que podemos hacer?

—Me parece peligroso —intervino Martín con rapidez—. Mi tutor debe andar ya muy cerca de nosotros y está en contacto con los otros hombres. Si llega a imaginarse donde estoy y tuviera la menor sospecha de lo que pretendemos, llamaría a dos o tres mas y tendríamos que enfrentarnos con ellos en el pasadizo.

Sus palabras sumieron a sus compañeros en un mar de conjeturas. Ignoraban que el señor Curton estaba en aquellos momentos sentado, con una pierna rota, en el fondo de la cantera. El tío Quintín considero la situación.

—Esos hombres me han dado siete horas para decidir si les entrego o no mi secreto —dijo—. El plazo acaba a las diez y media. Entonces los bandidos acudirán de nuevo. Creo que entre todos podremos capturarlos, especialmente contando con Tim.

—Si, es una buena idea —asintió Julián—. Nos esconderemos hasta que vengan y Tim saltara sobre ellos antes de que sospechen lo mas mínimo.

Todavía pronunciaba las últimas palabras cuando… ¡se apago la luz! Y una voz hablo en la oscuridad:

—¡Quietos! Un solo movimiento y disparo.

Jorge se quedo boquiabierto. ¿Que pasaba? ¿Habían regresado los hombres de improviso? ¡Oh! ¿Por que Tim no les había prevenido? Ella le había estado acariciando las orejas. Acaso se había distraído con sus caricias y no había oído nada.

Agarró el collar de Tim, temiendo que quisiera saltar sobre su enemigo en la oscuridad y que este le matase. La voz habló de nuevo.

—¿Se ha decidido o no a confiarnos su secreto?

—No —contestó el tío Quintín en voz baja y tensa.

—¿Prefiere entonces que toda la isla, todo su trabajo, y usted mismo y los demás vuelen por los aires?

—¡Si! Puede usted hacer lo que quiera —chilló de pronto Jorge —. Ustedes volaran con nosotros. Nunca podrán escapar en bote. Se estrellarían contra las rocas.

El hombre rió.

—No se preocupen por nosotros —anuncio—. Ahora, váyanse al fondo de la caverna. Les estoy apuntando con mi revolver.

Todos se agazaparon en el fondo. Tim gruñó, pero Jorge lo retuvo y lo hizo callar. No sabía si los hombres se habían dado cuenta de que Tim estaba libre.

Pasos cautelosos resonaron a través de la cueva en la oscuridad. Jorge escuchó aguzando el oído. ¡Dos pares de pasos! De manera que los hombres estaban atravesando la caverna… Ella sabía hacia donde se encaminaban. Pensaban huir por el pasadizo submarino y abandonar la isla, que estallaría tras ellos.

Tan pronto como dejaron de percibirse los pasos, Jorge encendió su linterna.

—¡Papa! Esos hombres están escapando ahora por el subterráneo. Debemos huir nosotros también, pero no por ese camino. Mi bote esta en la playa. Vayamos rápidamente allí y escapemos antes de que se produzca la explosión.

—Si, vamos —respondió su padre—. Sin embargo, si pudiera acercarme a mi torre, podría desbaratar su malvado plan. Habrán colocado allí los explosivos, lo sé. Si lograra subir a la galería, podría destruir todos sus proyectos.

—¡Oh! ¡Hazlo de prisa entonces, papá! —grito Jorge, llena de pánico—. Salva mi isla, si puedes.

Atravesaron todos la cueva en dirección al pasadizo que conducía hasta el tramo de escalones que llevaba a la pequeña habitación de piedra. Una nueva y amarga desilusión les esperaba. ¡La piedra no podía abrirse desde dentro! Los hombres habían alterado el mecanismo de modo que ahora solo podía manejarse desde el exterior.

En vano el tío Quintín movió la palanca arriba y abajo y de un lado a otro. No paso nada. La piedra no se movió.

—Solo puede abrirse por fuera —dijo desesperado—. Estamos atrapados.

Se sentaron en los escalones en ruinas. Se sentían helados, hambrientos y tristes. ¿Que podían hacer ahora? ¿Volver a la cueva y seguir el pasadizo submarino?

—Sería muy peligroso —dijo el tío Quintín—. Temo que, si se produce la explosión, el lecho del mar, que forma su techo, pueda resquebrajarse, inundándolo. Y sería espantoso que eso sucediera estando nosotros dentro.

—¡Dios mío! No. No podemos dejarnos atrapar así —dijo Jorge estremeciéndose—. ¡Moriremos todos!

—Esperad. Se me ocurre una idea. Quizá consiga hacer saltar esta roca —dijo su padre al cabo de un rato—. Tengo material suficiente aquí. Lo malo es que estamos escasos de tiempo.

—¡Escuchad! —exclamó Julián de pronto—. Oigo algo al otro lado de la pared. Callad.

Guardaron silencio. Tim gimió y escarbo bajo la roca, pero esta no se movió.

—Son voces —dijo Dick—. Muchas voces. ¿Quien puede ser?

—¡Callaos! —interrumpió Julián con fiereza—. Debemos averiguar quienes son.

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! —dijo Jorge bruscamente—. Son los pescadores que han venido en sus barcas. ¡Por eso los hombres no

esperaron hasta las diez y media! ¡Por eso se han ido tan de prisa! ¡Han visto venir las barcas de los pescadores!

—¡Ana los ha traído! —grito Dick—. Debió de marcharse corriendo a casa, contárselo todo a tía Fanny y dar la noticia a los pescadores. Y estos han venido a rescatarnos. ¡ANA! ¡ANA! ¡ESTAMOS AQUÍ!

Tim empezó a ladrar desaforadamente. Los demás le animaron a continuar, pues el ladrido de Tim era más potente que sus gritos.

—¡GUAU! ¡GUAU! ¡GUAU!

Ana oyó el ladrido y gritó a su vez, tan pronto como llegó al cuarto de piedra:

—¿Dónde estáis? ¿Dónde estáis?

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Mueve la roca! —chillo Julián, gritando tan fuerte que los demás que estaban junto a el dieron un violento brinco.

—Apártese, señorita. Ya veo que piedra es —dijo una voz profunda.

Palpó el contorno de la piedra, seguro de que acertaría porque era más inteligente que los demás.

De pronto, toco en el lugar exacto y encontró una pequeña clavija de hierro. La empujó hacia el fondo y la palanca desapareció, apartando la roca hacia un lado.

Todos se precipitaron hacia afuera. ¡Unos sobre otros! Los seis pescadores, que permanecían en el cuartito, los contemplaron atónitos. También estaban allí tía Fanny y Ana. Tía Fanny corrió junto a su marido tan pronto como este apareció, pero, ante su sorpresa, este la empujo rudamente.

Corrió hacia el exterior y se precipitó en dirección a la torre. ¿Tendría tiempo de salvar a la isla y a todos los que se encontraban en ella? ¡Oh! ¡De prisa, de prisa!

Capítulo 21

El fin de la aventura

—¿Adónde ha ido? —preguntó tía Fanny, verdaderamente ofendida.

Nadie contestó. Julián, Jorge y Martín vigilaban con ansiedad la torre. ¡Si al menos el tío Quintín apareciera en lo alto! ¡Ah! Allí estaba.

Sostenía con sus manos una gran piedra. Y, a la vista de todo el mundo, rompió con ella el cristal que rodeaba la torre: ¡Crac! ¡Crac! ¡Crac!

Los alambres fijados entre los cristales se partieron y desconectaron cuando los vidrios que los sostenían saltaron en fragmentos. Ahora los explosivos no podrían actuar. El tío Quintín se asomó a la destrozada galería y gritó con exaltada alegría:

—¡Todo va bien! ¡Llegue a tiempo! He destruido lo que podía hacer volar la isla. ¡Estamos a salvo!

Jorge notó de pronto que sus rodillas temblaban. Tuvo que sentarse en el suelo. Tim se acerco y le lamió la cara cariñosamente. Luego se echó a su lado.

—¿Por que rompió el cristal de la torre? —preguntó un voluminoso pescador—. No entiendo nada de nada.

El tío Quintín bajo de la torre y se reunió con ellos.

—Diez minutos mas y hubiéramos llegado tarde —explicó—. ¡Gracias a Dios! Llegasteis a tiempo, Ana.

—Corrí a casa, hable con tía Fanny y pedimos a los pescadores que nos trajeran tan pronto como tuvieran preparadas sus barcas —explicó Ana—. No conocíamos otro camino para rescataros. ¿Donde

están los bandidos?

—Tratando de huir por el túnel submarino —respondió Julián—. ¡Ah! Es verdad. Tú no sabes nada de esto, Ana.

Y se lo explicó todo, mientras los pescadores le escuchaban con la boca abierta.

—Mirad —dijo tío Quintín, cuando Julián hubo terminado—. Puesto que los botes están aquí, los hombres podrían llevarse todos mis trastos. He terminado mi trabajo. Ya no necesitare más la isla.

—¡Que bien! Entonces queda libre para nosotros —exclamó Jorge, alborozada—. Y podremos disfrutar lo que queda de vacaciones. Te ayudaremos a transportar lo que quieras, papá.

—Creo que deberíamos volver lo mas rápido posible para capturar a los hombres cuando lleguen al otro extremo del túnel, señor —propuso uno de los pescadores.

—Si, soy de la misma opinión —dijo tía Fanny.

—¡Cielos! Me había olvidado de que el señor Curton se quedo allí, con una pierna rota —dijo Ana, recordándolo de pronto.

Los demás la miraron con sorpresa. Era la primera vez que oían que el señor Curton estaba en la cantera. Ana lo explicó todo. «Y le dije que era un canalla», remacho, terminando triunfalmente su relato.

—¡Estupendo! —respondió tío Quintín, riendo—. Quizá será mejor dejar el traslado de mis cosas para otra ocasión.

—No hay necesidad. Dos de nosotros pueden encargarse de ello —respondió el voluminoso pescador—. La señorita Jorge ha dejado su barca en la ensenada y usted también tiene allí la suya, señor. Cabrán todos en ellas. Tom y yo llevaremos sus cosas a tierra firme mas tarde y, si es necesario, haremos otros viajes.

—Bien —dijo el padre de Jorge, complacido—. Háganlo así entonces. Encontraran mis cosas abajo, en las cuevas. No tienen mas que seguir por ese túnel de detrás de la piedra.

Descendieron a la ensenada. Hacía un día maravilloso y el mar estaba en calma, excepto los consabidos rompientes alrededor de la isla. Muy pronto los botes estuvieron navegando hacia tierra.

—¡La aventura terminó! —exclamó Ana—. ¡Que raro! Mientras estaba sucediendo, no me pareció una aventura. Pero ahora comprendo que lo es.

—Otra para añadir a nuestra larga lista —comentó Julián—. Anímate, Martín. No estés tan triste. Ocurra lo que ocurra, nosotros te protegeremos. Tú nos ayudaste, y por tanto, a partir de ahora, has entrado a formar parte de nuestra pandilla. Nosotros nos preocuparemos de que no te pase nada malo, ¿verdad, tío Quintín? Nunca habríamos logrado atravesar los montones de rocas derrumbadas sin Martín y sus azadas.

—¡Gracias, muchas gracias! —exclamó Martín—. Si podéis separarme de mi tutor y evitar que lo vuelva a ver en toda mi vida, me considerare feliz.

—Me temo que el señor Curton será puesto a la sombra por mucho tiempo, de manera que no podrá molestar a sus amigos en años —respondió burlón el tío Quintín— por lo tanto, creo que no debes preocuparte por él.

Tan pronto como las barcas llegaron a la orilla, Julián, Jorge, Dick, Tim y el tío Quintín se encaminaron a la cantera con objeto de comprobar si el señor Curton seguía allí y esperar la salida de sus cómplices por la boca del túnel.

El señor Curton estaba efectivamente allí, gimiendo y pidiendo socorro de vez en cuando. Nadie le había oído, excepto Ana. El tío Quintín le habló con severidad:

—Conocemos su papel en este asunto, Curton. Será entregado a la policía. No tardará en llegar.

Tim husmeo alrededor del señor Curton y luego se aparó con el hocico levantado, como diciendo: «¡Que hombre mas desagradable!»

Los demás se sentaron alrededor del agujero, dispuestos a esperar con paciencia, pero no apareció nadie. Paso una hora y luego dos más, y nadie salía por aquella boca.

—Me alegro de que Martín y Ana no hayan venido —comentó el tío Quintín—. ¡Lastima que no se nos haya ocurrido traer unos cuantos bocadillos!

En aquel momento llego la policía. Bajaron por las rocas, a lo largo de la ladera. El medico forense venía con ellos. Examinó la pierna del señor Curton y luego, con la ayuda de los policías, subió al hombre con dificultad hasta el borde superior de la cantera.

—Julián, ve a casa y tráenos bocadillos —ordeno el tío Quintín

—. Al parecer, tendremos para rato. La espera se hace larga.

Julián marcho corriendo y pronto regreso con grandes paquetes de bocadillos de jamón y termos de café caliente. Los dos policías que se habían quedado con ellos aseguraron que ellos solos podrían encargarse de la guardia y que el señor Quintín podía regresar a su casa si lo deseaba.

—De ninguna manera —replicó él—. Quiero ver el rostro de esos dos tipos cuando salgan del túnel. Será uno de los momentos mas agradables de mi vida. La isla no ha sido volada, mi secreto permanece intacto, mi libro esta a salvo y mi obra ha terminado. Siento la necesidad de proclamar todo esto a la cara de esos dos individuos, de esos dos «queridos amigos».

—¡Oye, papá! —exclamó de repente Jorge—. Estoy pensando que a lo mejor se han extraviado en los subterráneos. Julián nos contó que había muchos pasadizos diferentes y que Tim los condujo por el verdadero, guiado por su instinto, pero que de seguro se habrían perdido sin la compañía del perro.

La cara de su padre se ensombreció al pensar que los hombres se hubiesen perdido en el laberinto. ¡Había deseado tanto ver sus caras desengañadas al llegar a la cantera!

—Podíamos enviar a Tim en su busca —propuso Julián—. Solo el será capaz de encontrarlos y guiarlos hasta la salida. ¿Verdad que si, Tim?

—¡Guau! —contestó Tim en señal de afirmación.

—¡Estupendo! Es una gran idea. No le harán daño si se hallan perdidos y comprenden que solo con su ayuda pueden alcanzar el buen camino para salir al exterior. Adelante, Tim, búscalos, encuéntralos y tráelos aquí.

—¡Guau! —volvió a ladrar el perro, dispuesto a demostrar su habilidad. Y desapareció bajo el dosel que formaba la roca.

Aguardaron, en tanto despachaban los bocadillos y bebían el café. Al cabo de un rato, oyeron de nuevo los ladridos de Tim, surgiendo de las profundidades.

Se percibió un ruido semejante a un jadeo. Luego, alguien que parecía escarbar y, por ultimo, apareció por debajo de la roca un hombre. Al levantarse, divisó al silencioso grupo que le esperaba. Quedo petrificado.

—Buenos días, Johnson —dijo el tío Quintín con voz amable—. ¿Que tal está?

Johnson palideció. Abatido, se sentó en una roca cercana.

—Usted gana —balbuceó.

—¡Y tanto! —contestó Quintín—. Pero además gano con limpieza. Vuestro pequeño y diabólico plan ha fracasado. Mi secreto sigue a salvo y dentro de un año será entregado al mundo entero para bien de la humanidad.

Otro ruido dentro de la roca anunció al segundo hombre. Se irguió y, como su compañero, se quedo boquiabierto ante el grupo numeroso que rodeaba la salida, esperándole tranquilamente:

—¡Buenos días, Peters! —le saludó el tío Quintín—. Me alegro de volverle a ver. ¿Como le fue su paseo subterráneo? Nosotros hemos preferido hacer la travesía marítima.

Peters miró a Johnson y se dejo caer sobre la roca.

—¿Que ha ocurrido? —pregunto a Johnson.

—¡Todo se ha ido al diablo! —contestó este.

En aquel momento hizo su aparición Tim. Moviendo su rabo, orgulloso del deber cumplido, se acercó a Jorge.

—¡Apuesto a que se alegraron cuando tropezaron con el perro! —exclamó Julián.

Johnson le miró.

—Si, nos perdimos por esos endemoniados túneles. Curton prometió venir a nuestro encuentro, pero aun lo estamos esperando.

—Será mejor que no lo esperen más. Probablemente a estas horas esta ya en la enfermería de la prisión. Tiene una pierna rota —explicó el tío Quintín—. Bien, agente, ya puede cumplir con su deber.

Ambos hombres fueron detenidos. No opusieron la menor resistencia. Todos los presentes se dirigieron a través del pantanoso terreno hasta el coche de la policía. Los agentes hicieron montar en el a los dos bandidos y, acto seguido, salieron en dirección a la cárcel. Los restantes partieron hacia «Villa Kirrin» deseosos de celebrar su éxito.

—Todavía tengo hambre —dijo Jorge al llegar—. Juana, ¿no tienes nada bueno para una pobre hambrienta?

—¡Pues…, no hay demasiado! —exclamó la cocinera—. Solo

algo de jamón, huevos y setas.

—¡Oh! —se entusiasmó Ana—. Te daremos la medalla prometida, aquella condecoración de la E. M. C. I. B.

—¿Qué es eso? —pregunto Juana.

Ana no podía recordarlo, pero añadió:

—¡Es una estrella preciosa!

—¡Ni que yo fuera un árbol de Navidad! —refunfuñó alegre Juana—. Vale mas que vengas a ayudarme a poner la mesa.

Fue un magnifico almuerzo que reunió a los siete en torno a la alegre mesa. Es decir, a los ocho, porque, desde luego, no podían olvidar a Tim.

Martín, al verse libre de su tutor, se había convertido en un muchacho distinto por completo. Los niños hicieron planes sobre su futuro: «Podrás quedarte con el guardacostas, que te quiere mucho. Siempre dice que le sirves de gran ayuda y que eres un buen muchacho. Y podrás venir a jugar con nosotros a la isla. Y tío Quintín mirara de matricularte en la Escuela de Bellas Artes. Dice que mereces un premio por ayudar a salvar su precioso secreto».

Martín se hinchaba de satisfacción. Parecía como si le hubieran quitado un gran peso de encima.

—Nunca se me ha proporcionado una ocasión como esta —manifestó—. Lo haré bien. No fracasare.

—¡Mama! ¿Podemos ir a la isla de Kirrin mañana para ver como desmontan la torre? —pidió Jorge—. Di que si, ¡por favor!, ¿podríamos pasar allí toda una semana? Será divertido volver a dormir en aquel cuarto de piedra, como hicimos otras veces.

—Bien, por mi no hay inconveniente —contestó su madre, sonriendo ante la ansiedad de Jorge—. Me gustará tener a tu padre para mi sola durante unos cuantos días. Y poderlo alimentar como necesita después de esta temporada de trabajos y calamidades.

—¡Oh!, esto me recuerda algo, Fanny —dijo su marido de repente—. La última noche probé un potaje que me habías dejado y confieso que no me gusto, ¡estaba malísimo!

—Pero… Quintín, querido, ¡si te dije que lo tiraras! Recuerdo muy bien que te lo advertí —contestó su mujer, desesperada—. Tenía que estar completamente estropeado. En fin, no se puede negar que eres un sabio distraído —añadió con un suspiro.

Finalmente, terminaron el almuerzo y salieron al jardín. Desde allí contemplaron la bahía y la isla de Kirrin. Aparecía encantadora, iluminada por el sol de mediodía.

—¡Hemos vivido una serie de aventuras juntos! —exclamó Julián—. Muchas más que la mayoría de los niños. Fueron muy emocionantes, ¿verdad?

Si que lo fueron. Pero ahora hemos de despedirnos de estos cinco amiguitos y también de la isla de Kirrin. ¡Adiós, Julián, Dick, Jorge, Ana y Tim!

Pero tan solo el agudo oído del perro oye nuestro adiós y contesta:

¡Guau! ADIOS.